

CESAR
JORDÁN

AL OTRO
LADO DEL
AIRE





Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Rector

M. en S.P. María Estela Delgado Maya
Secretaria de Docencia

Dr. en C.I. Carlos Eduardo Barrera Díaz
Secretario de Investigación
y Estudios Avanzados

Dr. en C.S. Luis Raúl Ortiz Ramírez
Secretario de Rectoría

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

M. en C. Jannet Valero Vilchis
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Administración

M. en E.U.R. Héctor Campos Alanís
Secretario de Planeación
y Desarrollo Institucional

M. en L.A. María del Pilar Ampudia García
Secretaria de Cooperación Internacional

Dra. en C.S. y Pol. Gabriela Fuentes Reyes
Abogada General

Lic. en Com. Gastón Pedraza Muñoz
Director General de Comunicación Universitaria

M. en R.I. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A.P. Guadalupe Santamaría González
Directora General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla
Contralor



Al otro lado
del aire

14° PREMIO INTERNACIONAL DE NARRATIVA
"IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO", 2016-2017
(Mención honorífica)

JURADO

Héctor Orestes Aguilar, México
Anamari Gomís, México
Juan Arnau, España

COMITÉ ORGANIZADOR

Edgar Miranda Ortiz
Gabriela E. Lara Torres
Alicia Gutiérrez Romo

PQ
7298.42
.0734
A5
2017

Jordán Chavez, Cesar Martín, 1990-
Al otro lado del aire / Cesar Martín Jordán Chávez.--[1ª ed.-- Toluca,
Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México,
2017.]
[209 p. ; 23 cm.] --(Colección Premio Internacional de Narrativa
"Ignacio Manuel Altamirano").

ISBN: 978-607-422-835-9

1. Novela mexicana -- Siglo XXI.

Cesar Jordán

AL
OTRO LADO
DEL AIRE



Universidad Autónoma del Estado de México

"2017, Año del Centenario de la Promulgación de la
Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos"

PRESENTACIÓN

Primera edición, agosto 2017

Al otro lado del aire

Cesar Jordán

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional. Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Jordán, Cesar (2017), *Al otro lado del aire*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-422-835-9

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Juan Rulfo describió al pensador liberal Ignacio Manuel Altamirano (Tixtla, Guerrero, México, 1834-San Remo, Italia, 1893) como “la figura literaria de mayor relieve en su época, tanto por su obra personal como por su incansable labor en la ciencia y la cultura, así como por la influencia que ejerció en estimular a los escritores de varias generaciones”.¹

Altamirano cursó sus estudios preparatorios en el Instituto Literario de Toluca para luego estudiar Derecho en el Colegio de San Juan de Letrán. Liberal jacobino, defendió sus ideas políticas con sus escritos, pero también con las armas. Alguna vez dejó asentado que a él le hubiera gustado dedicarse exclusivamente a la literatura, pero su época y las circunstancias políticas de la naciente república mexicana lo llevaron a luchar política y militarmente en favor de la libertad, la república, la soberanía nacional y la educación pública.

Para la Universidad Autónoma del Estado de México es motivo de orgullo y de contento auspiciar el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, 2016-2017, pues este certamen, que va en su decimocuarta edición, tiene por objeto honrar a este héroe nacional e ilustre egresado de nuestra alma máter y, paralelamente, promover la creatividad

¹ Juan Rulfo, “Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)”, en Julio Moguel (coord.), *Altamirano. Vida. Tiempo. Obra*. México, Cámara de Diputados/Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública/Juan Pablos Editor, 2014, pp. 21-22.

literaria de los narradores de habla hispana, al tiempo de estimular el goce estético y el pensamiento crítico en los lectores.

La presente novela, *Al otro lado del aire*, del escritor toluqueño Cesar Jordán, obtuvo una mención honorífica del jurado del concurso que conformaron los escritores mexicanos Héctor Orestes Aguilar y Anamari Gomís, así como por el narrador español Juan Arnau.

Deseamos que las voces narrativas de esta obra polifónica abra nuevos diálogos con críticos, estudiosos y lectores en general de todas las latitudes donde se habla español, y que su autor confirme el valor de su producción en ese coloquio infinito que sustenta la República de las Letras.

DR. EN ED. ALFREDO BARRERA BACA
Rector

*A Jesús Jordán y Estela Chávez,
por la vida, por el amor,
y por sus historias.*

INTRODUCCIÓN

*Me tienes en tus manos
y me lees lo mismo que un libro.*

JAIME SABINES

Mira bien, en tus manos traes el alma de mi madre. ¿Qué vas a hacer con ella?

Antes de comenzar, es preciso decirte que este no es un simple relato de terror, locura o muerte: esta es la historia del ser humano que alguna vez fue mi madre y como tal debe ser tratada. Si decides seguir, permíteme guiarte a través de sus recuerdos fragmentados.

La vida real se compone de sucesos y memorias que se mezclan con el paso del tiempo y que van creando diferentes versiones de un mismo ser humano. La vida de mi madre no es la excepción, debido a esto, para conocerla a ella, necesitas conocernos también a nosotros: los que la matamos.

Yo, Ehécatl Salvador, fui embrujado antes de siquiera saber de mi existencia; llegué a este mundo maldecido. Me condenaron a descubrir y a narrar la historia de mi madre para poder nacer, y eso hice, tal y como la fui descubriendo. Para seguir mi camino y saber lo que me fue contado, lo que desenterré y lo que vino de él (el que me encontró también a mí): comienza este libro por el principio y no pares hasta que lo termines; no te extravíes y sigue derecho a través de cada uno de los capítulos que componen esta historia; así sabrás la verdad.

O si lo prefieres, puedes escuchar sólo las voces de nosotros, los que no importamos; la de ella, que devoró a la muerte; la de los que viven al otro lado del aire, o la de él: el hombre

que la mató dos veces. En este caso tienes que seguir el siguiente orden; pero recuerda, nadie tiene la razón absoluta. ¿A quién le vas a creer?:

Primera muerte de Águeda Nodal: I; II; III; IV; V; VI; VII; VIII; IX; X; XI; XII; XIII; XIV; XV; XVI; XVII; XVIII.

Gabriela Salvador, madre vacía: 1, 2, 3, 4, 5; “Mi hogar entre tu vientre”; “6/Y wita VIII”; “Entre tus brazos”; “Fosa común”.

Ehécatl Salvador, hijo de nadie: “Y wita IV”; “Alfeñiques y diablitos”; “6/Y wita VIII”; “Y wita v”; “Mi hogar entre tu vientre”; “Entre tus brazos”; “Fosa común”; “Cuaxiya”; “Ocho de Mayo”; “Uno”; “Veintiuno”; “Cauyuvatí”.

Felipe Atilano: “Uno”; “Cuatro”; “Cinco”; “Siete”; “Nueve”; “Doce”; “Catorce”; “Dieciocho”; “Veinte”; “Dieciséis”; “Diecisiete”; “Al otro lado del aire”; “Al otro lado del aire II”; “Al otro lado del aire III”; “Ocho”; “Dos”; “Tres”; “Seis”; “Diez”; “Once”; “Trece”; “Quince”; “Diecinueve”; “Veintidós”; “Y wita VII”; “Veintitrés”; “Veintiuno”; “Cauyuvatí”.

Al otro lado del aire: “Y wita VI”; “Y wita II”; “Y wita I”; “Y wita III”; “Y wita”.

Qué hacer, al final, depende por completo de ti. Puedes cerrar este libro y olvidarte de la mujer que me llevó en su vientre, o puedes quedarte y conocer por qué nunca nací. Da vuelta a la página, empieza con esta historia, y no apagues la luz, que le da miedo la oscuridad.

*Águila sin alas. Serpiente de estrellas. Aquí nos tocó.
Qué le vamos a hacer. En la región más transparente del aire.*

CARLOS FUENTES

Uno

El hombre entrecerró los párpados para protegerse del sol. Era una mañana caliente de agosto; el aire seco apenas le llegaba a los pulmones pues se estorbaba con el polvo y con las costras de la garganta al metérsele al cuerpo. Tenía la boca partida y hacía un ruido con la nariz, como el que hacen las choras, al respirar. El sudor se metía por las grietas de su rostro moreno, formando pequeños arroyos de sal y de mugre que parecían no tener fin. No llevaba sombrero, pero de nada le habría servido, como tampoco le había servido la sombra del nanche bajo el que se sentó a descansar; el aire le aplastaba las costillas, como si Dios en su infinito desprecio lo estuviera cerrando en su puño para ya no dejarlo ir. Sacó el bule del morral y queriendo calmarse la sed con un trago, se lo puso sobre los labios, pero el calor, o su mala suerte, habían acabado con el último vestigio de lo que contuvo alguna vez. Guardó de nuevo el bule, le mentó la madre al sol y con un crujido de corvas y hojarasca se levantó. Con el morral en el hombro y con pasos cansados volvió al camino que lo llevaba a la cafetalera, la que queda rumbo al Mamey; se fue chiflando una canción que le vino a la mente después de tantos años sin acordarse: *“¡Ay indita que vendes tus flores, no le vendas a nadie tu amor!”*.

No era tan viejo aún para trabajar, pero ya nadie lo contrataba. Lo regresaron como tantas otras veces de otros tantos trabajos. El hombre volvió por el mismo camino por el que había llegado. Llevaba la ropa carcomida, pegada a los pellejos que aún le quedaban, por el sudor. Se fue sorbiendo con gran trabajo los aromas de los plátanos, nanches, mangos y su propio agrio humor; las aletas de la nariz se le abrían con cada

paso, como para poder sacarle un poco de aire a esa peste de calor y tierra reventada. El sol de media mañana brillaba entre las hojas de palma calentando las piedras y los caminos para que nadie se atreviera a dormir; el hombre avanzaba lento, mojado de espalda y de pies, los huaraches le quemaban como comales, los ojos le ardían del sudor y los pulmones eran dos brasas a punto de incendiar.

Apenas movía los pies, se sentía acabado, solo, triste. Caminaba pensando que ya no llegaría a su hogar, que se iba a quedar tirado en el camino y que nadie lo vendría a enterrar. Se veía a sí mismo tirado en la tierra, muerto, echándose a perder hasta que la piel se le marchitara y los huesos se le hicieran de polvo y la hierba creciera sobre él; solo, sin nadie que lo viniera a recoger; sin una cruz para que su alma no se quedara penando; sin un amigo coyote que lo viniera a juntar, porque así de flaco como estaba, ni los animales se lo vendrían a tragar.

Llegó a la casa ya seco, abriendo la boca como pescado para rasparle a la vida un poquito de aire y de paso un nuevo pulmón. Se dirigió al pozo, tomó la cubeta con mecate que siempre dejaba a un lado y la echó, pero sacó sólo tierra cuarteada; aventó el balde y se fue dando tumbos a la casa. Entró buscando un trago de lo que fuera, aunque estuviera caliente o echado a perder; él sólo quería calmarse la sed. Revolvió en la basura, se asomó bajo el catre que le servía lo mismo de cama que de comedor y entre la caja en que guardaba los pocos trastes que había conseguido. No encontró nada, la última botella se había acabado la noche anterior.

El hombre ya no podía respirar, con cada jadeo sentía cómo se le quemaba la vida y en cada pujido sentía el pecho quebrarse, las costillas le ardían y el vientre era una masa hinchada a punto de reventar. Ya no daba más de sí, salió de la

casa esperando poder regresar al camino y encontrarse con alguien para que lo ayudara con un trago o con un doctor, aunque para el caso ya daba lo mismo. Mecatán le quedaba muy lejos y ya no tenía fuerzas para regresar al cafetal; se tiró bajo un huamúchil en ramas, buscando el abrigo de su pequeña sombra.

El sol estaba en su más alto punto, calentando el aire, hirviéndolo para cocinarse sus hombres porque ya no había mexicas que lo hicieran por él; los rayos le daban directo en la cara, pero el hombre podía verlos porque los ojos ya no tenían agua que se pudiera secar. El sol y el hombre, el hombre sol, que venía a quemar el aire para que nadie pudiera respirar. El hombre de carne y pellejo alzó la mano como queriendo agarrarlo, para apretarlo bien fuerte hasta sacarle todo el calor. Sus manos de hueso se abrían y cerraban crujiendo mientras se le escapaban el aire y los ojos y el hígado y la vida y la sangre y el alma y los recuerdos; los recuerdos que lo venían a matar.

Dos

Tuvimos que irnos del pueblo porque a mi apá le habían contado cosas de la ciudad: que allá se ganaban los pesos, que todo era más barato y que ahí sí se podía ser un Don. Mi apá nos sentó a todos en escalerita y nos dio la noticia, primero la Engracia por ser la mayor, después iba yo por ser el segundo y al último a la Cenaida por ser la bebé. Yo no quería irme porque estábamos en la mera semana de las fiestas patronales y ya había quedado con la Mireya Ramírez de irnos a dar unas vueltas. Eran los días en que el sol se le apretaba a uno a las costillas y hacía que a las muchachas les ardiera la sangre y anduvieran más cariñosas. Apenas tenía trece años pero ya sabía que el sol y el cuerpo eran buenos amigos. Hay que saber escoger la hora para hablarles a las muchachas, despuesito de las tres cuando el sol está mero arriba y salen en shores y minifaldas de la escuela; pero antes de las seis, porque esa es la hora en que bajan los peones del cerro y esos agarran las mejores. 'Onque eso a mí no me importaba en ese entonces, porque yo tenía a mi Mireya, que aunque decían que era bien coneja, me hacía feliz.

Por eso yo no me quería ir, quería quedarme otra semana para irme a dar la vuelta con mi gorda y comprarle un tejuino y unos duritos para cenar, pero yo nunca le había jugado al contreras con mi apá, ni le había respondido una sola vez; ni siquiera cuando nos sacó del pueblo sin poderme despedir. Nomás pude ver de último la casita de adobe colorado y la puerta de palma de los Atilano; traté de ver por la ventanita sin tortear de la casa algo que me recordara a mis abuelos cuando estuviera lejos, algo para aferrarme a mi pueblo de calles empedradas y banquetas más altas que el cielo, algo que

me volviera a traer este olor de nanchis fermentados y verdes, cada vez que me sintiera triste, pero ya la corrida había agarrado velocidad y nomás puras rayas de colores miré (*ya ni la chinga apá, usté' porque ya está bien correteado, pero yo no; qué le cuesta esperarse a que pase el diez, total, si nos vamos a ir, nos vamos a ir, pero yo ya había quedado con la Mireya de irnos a perder al monte atrasito de un matorral. Ya ni la chinga apá*). Pero yo nunca le jugué al contreras con mi apá, ni cuando nos sacó de Mecatán, ni cuando se metió con mis hermanas, ni cuando me dejó en el olvido, ni cuando mató a mi mamá.

I

Me dicen que venga y cuente la historia de cuando me mataron, que les diga qué sentí y a dónde me fui; pero yo no quiero hablar de eso m'ijo, porque ellos dicen que yo nomás soy una muerte y que nomás valgo por eso; que no quieren enterarse de quién fui, ni de cómo viví, ni de cómo me llamaba; que ellos nomás están aquí para saber cómo morí. Pero yo no les voy a contar a esos que nomás viven del dolor de una m'ijo, mejor te cuento a ti mi historia, a ti que sí sabes escuchar. Tú vas a saber de todas las cosas que yo hice; bueno, por lo menos de las que me acuerdo, porque acá abajo se le olvidan a una las cosas y cuando los otros le cuentan las tuyas a veces una piensa que también le pasaron y luego ya ni se sabe si una fue así siempre, o es la vida de otro la que piensa que es de una. Pero yo voy a tratar de contarte mis cosas, mis historias, mis amores; de la primera vez que me mataron y también de la segunda vez que me fueron a echar de esa tierra cuarteada a la que una nomás llega a llorar. Hágase para acá m'ijo, no tiemble y no apague la luz, que a mí también me da miedo la oscuridad.

Tres

Con una chingada, ya te dije que de aquí nos van a llevar a la ciudadá, ¿que no escuchastes?

Es que ya tenemos cuatro días aquí viejo, la gente nos mira feo, apestamos a sudor y la niña ya tiene bien hinchado el pie.

Que se aguante, de aquí no nos vamos hasta que venga aquél por nosotros.

¿Y si no viene viejo? Por lo menos dame para enjuagar a los niños en aquellos baños.

¡Que ya te dije que no y no estés chingando!, si llega aquél y ustedes no están se va a ir, y entonces sí ¿qué vamos a hacer? Nada, aquí nos quedamos hasta que venga. ¡Y ya cállate a la chingada o te dejo renga a ti también!

Esa fue la última conversación medio decente que tuvieron los viejos, de ahí pa'delante a puras mentadas de madre y chingadazos se hablaron. Habíamos llegado cuatro días antes a la ciudadá de Toluca; salimos de Mecatán a Tepí de raite con un compadre de mi apá, en Tepí agarramos la corrida que nos llevó a Guadalajara y en Guadalajara nos subimos en el directo que llegaba hasta la Ciudadá de México; pero mi apá nos bajó en Toluca porque dijo que ahí iba a llegar un vale por nosotros para llevarnos a la ciudadá; que nomás terminaba unos negocios y ya después, directo al mero centro del Distrito Federal. Mi apá ya se había gastado el dinero que le había dado

mi abuelo pa'l viaje; cuando bajamos en Toluca ya nomás le quedaban cien pesos y el itacate que había preparado mi amá antes de salir. Yo creo que fue por eso que no le dio a mi amá para los baños, porque el cochino dinero ya se había acabado. Fue por eso y no por la puta que se llevó a revolcar, eso ya nomás fue casualidá.

Guadalajara era una ciudadá bonita, brillante y calentita como Mecatán, nomás al llegar a la terminal uno podía llevarse las narices con ese olor a nuevo que tenían los sitios recién estrenados; se le veían sus luces, su cielo azul clarito y unas palmeras grandotas a las que no se les miraban los cocos de tan altas que llegaban a crecer. Andar en Guadalajara era como andar en una fiesta 'onde toda la gente se miraba feliz; los niños pelones sin mocos, las mamás con sus bocas rojas como guamúchil y unas muchachas mucho más bonitas que mi gorda que había dejado en el rancho. Tenían sus piernas largas y grandotas y sus caderas se movían como las olas cuando el mar quiere bailar. Guadalajara era todo lo contrario a la ciudadá en la que terminamos.

Toluca es una ciudadá helada y oscura; desde que me bajé del camión me llegó un tufo como de frijoles echados a perder. Me tuve que poner tres suéteres pa' taparme porque allá el frío le entra a uno hasta los huesos; mi apá se untó verde luego luego, para que no le diera su dolor de pies y las niñas traían sus narices rojas del hielo que tenían que respirar. En Toluca no hay palmeras, nomás vendedores de chingaderas y gente morena como zapotes que se le aprietan a uno, te roban tu aire, la persona que eres y entonces uno se hace como ellos y también se ponen a gritar *¡Llévele damita, caballero, su veneno de abeja para el dolor de pies! ¡Se va a llevar la promoción, al dos por uno, para las reumas, para la diabetes, para lo feo! ¡Paaaasele! mire que aquí le tengo lo que buscaba lo que quería la*

playera el pantalón para la niña para la suegra. Un pesito, pesito, pesito, un pesito, pesito, pesito, pesito, un pesito; y ya no sabe uno donde termina su voz y empieza la de ellos, dónde quedan las piernas de uno y dónde las de mis apás. En Toluca todo es diferente, la gente, el cielo, el aire, la mugre. Hasta uno se hace diferente, se le olvida a uno lo que es, sus historias, todo se pierde entre el frío y el olor a suciedad. Al final uno tiene que hacerse de una nueva cara nomás para no morir de pendejo.

Cuatro

Le decían la quinceañera pero estaba más vieja que tu apá y yo juntos.

¿Tanto?

Si no es que más.

¿Y por qué le decían así?

Porque así la veía el Tacho. Un día le preguntaron que si no le daba asco besar a una viejilla toda acabada y les contestó que cuál viejilla, si él andaba con una de quince años.

¿Y por qué la veía así?

Sabe, todos decían que la vieja era bruja, que le había dado quién sabe qué para que así la viera; y yo creo que sí, porque dicen que era terco que traía una quinceañera y nadie lo movía de ahí.

¿Y qué le pasó al Tacho?

Sabrá Dios, dicen que un día ya no los vieron y que cuando fueron a buscarlos hallaron la casa vacía, pero llena de animales descuartizados (Ten, muévele a esa cazuela. No, a esa no, la del arroz. ¡Hey!, esa). Sí, pues según dicen que tuvieron que salirse por la peste, y porque escucharon unas carcajadas, como si se estuvieran burlando de ellos.

¿Y luego?

Nada, ya no se animaron a entrar de vuelta, así le dejaron.

¿Y dónde vivía la bruja?

Por el paso zacate.

¿Hasta allá?

Hasta allá

¿Y fue hace mucho?

Más o menos, yo tenía como tu edad cuando pasó. Ya apágale y háblale a tu papá, ándale, hay que comer que ya se hizo tarde.

Hey amá.

II

A mí me gustaban mucho las muñecas pero nunca tuvimos dinero para comprar una, por eso mi mamá me las hacía de palo de escoba y cáñamo amarrado, les ponía sus vestiditos de jerga y sus caritas de lápiz labial. Siempre me gustaron, aunque las otras chiquillas se burlaban, todas las veces que me las veían me las quebraban pero mi mamá siempre me hacía una nueva, y nunca me quedé sin muñeca para jugar, m'ijo.

Siempre fuimos pobres; mi bisabuelo fue pobre, mi abuelo fue pobre y mi mamá y yo también. Lo único que supe de mi papá es que se fue para el otro lado después de que embarazó a mi madre, que nunca quiso saber de mí, que hasta le había dicho que abortara, pero mi mamá siempre le dijo que no, m'ijo. Eso es todo lo que yo llegué a saber de él y nunca me animé a preguntarle más.

Cinco cabrones diferentes le conocí a mi madre antes de que me corriera de la casa; el primero fue un cabo que venía del 42 y nomás iba a estar un rato por aquí, el último fue el que me conquistó. Le decían el Michoacano m'ijo, y puras cosas bonitas me decía el cabrón: que parecía yo un manguito recién cortado, que me veía re chula cuando me tenía debajo, que mis nalguitas parecían un corazoncito, que me iba a enseñar a ser mujer y quien sabe qué más. Al principio yo no quería escucharlo m'ijo, pero acababa de cumplir los quince años y era la época del mero calor en Mecatán.

Mecatán es un pueblo apretado, todo el tiempo nos estamos rozando unos con otros: en el casino a la mera hora del bai-

le, en las vueltas al cuadro cuando salen los chamacos a buscar pareja, en los toros cuando empiezan las bandas a tocar. Todo el tiempo estamos unos con otros como si fuéramos de la misma carne, como si fuéramos zancudos buscándonos para comer.

¿En el frío? No m'ijo, es en las épocas de calor cuando más nos andamos juntos, el aire nos aprieta, apenas si nos deja mover, necesitamos que haya más de uno para ir a cualquier lugar, abrimos las bocas entre dos para que nos entre un poco de aire, para jalar parejo m'ijo. Luego el calorón está en su mero punto, poniéndolo todo a hervir y una nomás busca con quién taparse, hombre o mujer, para que se te ponga encima y no te pegue directo el sol, pero luego a una le toca estar arriba m'ijo, porque hay que ser parejos. Y así nos andamos de quemada en quemada, buscando quién nos ahuyente el sol y a veces una no encuentra quien quiera refrescarla, quien quiera llenarle el pozo con su agua fresca, con su agüita tibia que quita la sed y entonces una tiene que pensar ya en los casamientos, para tener a su hombre a un lado cuando empiecen los días del sol.

Por eso fue que me le entregué al Osvaldo m'ijo, porque estábamos en pleno mayo y ya no me pude controlar; oía los gritos que pegaba mi mamá en las noches y me daba una comezón canija que mi mano sola ya no podía curar. Me la pasaba despierta escuchando los pujidos, los gritos, las cosas que se decían y los chingadazos, y yo también a veces los acompañaba, pero ellos no me oían porque ellos nomás estaban para ellos m'ijo, para sus carnes en cueros sudadas. Por eso tampoco sentían el río que me salía de las piernas, el río que los inundaba de mí, que los ahogaba de mi cuerpo, que los hacía ser de mí. Por eso no le pude decir nada al Osvaldo cuando se metió al cuarto a enseñarme que la noche no se hizo para dormir.

OCHO DE MAYO

El Ocho de Mayo es último día de las fiestas grandes de Mecatán, en noviembre hay otras pero las buenas son éstas, viene toda la muchachada al jaripeo; menos los hermanos pájaros, esos nomás saben de golpes de pecho y de sus faldones. Puro dos caras, si antes eran los primeros en venirse a bailar. Ahí está la hija de Castrejón que pasó por medio pueblo y ahora ya no sale de su templo y anda diciendo que todos nos vamos a condenar. Puras pendejadas traen.

Nosotros no nos las perdemos, ¿'edá tú?, cada año andamos por allá. Unos nos miran feo porque venimos de acá, pero también los de Mecatán bajan a Jalco cuando son las fiestas y nosotros no les decimos nada, total, viejas hay en todos lados y siempre hay un montón para bailar, ¿'edá tú? Nomás vamos los cuatro que nos ve aquí, nunca llevamos a las morras porque ya traemos jale con unas Bulerin, al rato las vamos a mirar en la coleadera. Hoy va a tocar la Aguacate y luego le sigue la Cohuich, y ya después ora sí, ¡ayayay! derechito pa'l mamey, ¿'edá tú?

Yo ya hace mucho que no voy a los toros, me canso muy rápido. A veces mis hijos me dicen que vaya con ellos pero ya no me siento con fuerzas para andar entre la bola. Además ya no tengo con quién bailar y con el ruido de las bandas ni se puede platicar a gusto, mejor me quedo aquí, ¿a qué voy? Ya no es como antes que una esperaba que le diera permiso su apá pa' bailar, ora las muchachas andan solas y se van con el primer cabrón que les pela el diente. Por eso hay tanta panzona y más en estas fechas se descaran bien feo. Mire, ay va la que le dicen la Rápida, ya ve la barrigota que trae y con el bote en la

mano. Yo por eso ya no bajo, ya no es como antes, mejor me quedo aquí a verlos pasar.

Tómese un bote vale, ándele, este se lo picho yo y ya luego usted saca el otro seis. ¡Ándele vale, pura coronita! Es más, 'orita me traigo a las tetés pa' que ande bien agusto vale, verá qué chulada de mujeres hay en Mecatán. O si no quiere una cheve, allá en la nissansita traigo unas colitas que ¡a su madre, cómo lo dejan loco vale! Ora que si quiere nos podemos quedar a platicar, si ya lo vi que nomás me voltea a ver pa'bajo. Véngase, súbase, 'orita nos vamos pa'l mamey.

¡Ay amigo!, yo si voy amigo, es que hay montón de botes amigo. Yo me meto entre la gente, ¿'edá estrellita que me ando entre la gente?, ¿'edá? Me les meto amigo y me pongo a rejuntar los botes pa' venderlos. Me dan de a seis pesos el kilo y a veces hasta cuatro kilos junto, ¿'edá estrellita?, ¿'edá que sí? Creerá usted amigo que una vez me junté como diez kilos. ¡Sí, nomás de andar aquí juntando!, pero los chamacos me los robaron, no me dejaron ni uno. Por eso ya nomás junto de poquitos amigo, y me los escondo aquí entre las ropas y entre el sombrero y entre las botas para que no me los vayan a robar, ¿'edá estrellita?, ¿'edá que sí? ¡Ay amigo!

Esas no son cosas de Jehová, se van a condenar. ¡Escribas y fariseos, por eso están como están y ya déjeme en paz que ya vamos a rezar!

A ese de allá le dicen el Mili, es familia de los Redondeados pero nunca lo quisieron porque está loquito. Ese otro que está junto a la banda, el grandote de los huaraches, a ese le dicen el Picos, a ese lo tiró un caballo en las fiestas de Huaynamota y

se dio en la cabeza, quedó mal, ya nomás sabe contar su historia, pero eso sí, es rebueno pa' pedir dinero. A esa bola de allá les dicen las tetés, pura perra jota, son como seis y todas traen la chingadera colgando, sabrá Dios cómo le hacen pa' que no se les vea. N'ombre, le puedo seguir toda la noche y no acabo, hay gente de todo tipo aquí en el pueblo pero la verdá es que está bien bonito, puros días de fiesta; de fiestas y toros y bailes que hacen que una se olvide del calor y del zancudal. ¡Oiga, ya empezó el son del cora, véngase ándele, vamos a bailar!

Vine a buscar a mi madre y sólo a ti te encontré.

Y WITA I

Aquí vivimos apretados m'ijo, la tierra aprieta, pero no como el aire caliente la aprieta a una, porque ahí todavía se puede respirar y aquí abajo una ya ni eso puede hacer. A veces me aburro m'ijo, y les cuento mis historias a los otros y a veces me escuchan, pero luego ya no me gusta porque nomás las andan repitiendo y dicen que son tuyas, que a ellos les pasaron esas cosas, que ellos son yo. A veces, lo dicen tantas veces, que llego a creer que dicen la verdad. Por eso mejor me calló, me quedo callada tanto tiempo que en veces hasta pienso que ya me morí otra vez. Pero una no se puede morir tres veces m'ijo, me lo dijo una vez el cura, me dijo que morir tres veces es dejar de ser una; que si morimos tres veces dejamos de estar aquí y que ya no sabemos si somos, o si tenemos, o si podemos ser. Que morir tres veces es morir de verdad, que se muere otra vez y entonces se queda una sin cuentos, ni nombre, ni tierra apretada, ni niños para asustar. Dijo el cura que morir tres veces es llegar a su dios, pero a mí ni ganas me dan de conocer a tan importante señor.

Cinco

Era una mañana caliente. El sol apenas se vislumbraba entre las ramas de los árboles, pero dejaba sentir su presencia por todo el pueblo, calentando el poco aire que alcanzaba a bajar de los cerros, haciendo que la gente se peleara por respirar. Así eran los días del mes de mayo en Mecatán; días de fiestas largas y calores insoportables; días en los que el tejuino se acababa a media tarde y la cerveza era inagotable al anocheecer. Era un mes duro para ganarse el pan, la poca gente que soportaba el clima llevaba más de seis litros de agua al cerro, sólo para no morir de sed. El resto del pueblo quedaba abajo, los viejos y los vendedores se cubrían a la sombra de los árboles crecidos en su plaza cuadrada con quiosco en medio; los que tenían dinero preferían irse a la playa en camionetas repletas de chamacos pelones y mujeres de shorts y piernas gruesas; pero la gran mayoría, el enjambre requemado de carnes llenas y bocas vacías que habitaba Mecatán, cumplía con la cuota diaria de sacrificios solares en el agua diáfana y fresca del manantial que recibe su nombre por nacer bajo un árbol de mamey. El lugar que le da vida a la tierra, el verdadero centro del pueblo que queda en la orilla del valle, al otro lado del aire en que les ha tocado vivir.

Si su opinión de niño de doce años sirviera de algo, entonces estaría ahí, en el mamey, jugando con el resto de la bola, sus vales: los hijos de Pelón, el de las bodegas; los de don Darío, los brujos; las niñas de Tijuana de con los Nodales y con Celeste, la que venía de Vallarta y se quedaba sólo en días de fiesta. Quería estar con ellos, jugando tiradas en el mamey de arriba; bajar después entre las piedras a aventarse clavados en el charco grande y dejarse resbalar en la cascada; para subir

de nuevo, al final, a comerse un duro con ceviche y tomarse una soda sprite. Era un buen día para estar en el mamey ese Ocho de Mayo; y sin embargo tenía que estar aquí, con su tío, en el paso zacate, ayudándole a lavar la camioneta vieja de redilas que usaba para vender *se vende un corazón usado, porque ya no lo quiero componer... Tú tienes que vivir conmigo y dile adiós a tus querencias... Delante de mí, detente lo más que puedas, no sea que por eso, perdamos las amistades...*

Ya deja de moverle ahí chamaco y termina de lavar la caja que no tenemos todo el día.

Deja la radio y sube de nuevo a la parte trasera de la camioneta para seguir enjuagando. El paso zacate no es su lugar preferido, aunque no le molesta del todo. Es una extensión larga de agua más ancha que un arroyo, pero no tan profunda como un río; el nivel del agua que alcanza la carretera apenas basta para cubrirla; la mayoría de los Mecatecos lavan ahí sus carros, pues sólo hay que hacerse a un lado del camino para poder llenar una cubeta sin esfuerzo. Es un lugar bastante concurrido, excepto hoy, en que no hay nadie porque es el Ocho de Mayo, día de la fiesta grande de Mecatán (*ya ni la chinga tío, y nosotros aquí, no sea cabrón*).

Termina con lo que le encargaron y baja de la camioneta con intención de adentrarse al paso zacate, pero sólo hasta que se le mojen las rodillas. Deja que el agua fresca se lleve el calor mientras camina; arriba, los árboles frutales que rodean el lugar comienzan a entrelazar sus ramas, creando una agradable sensación de frescor. Recoge un par de piedras en el camino con las que va creando formas en el agua. Piensa que no estu-

vo mal, después de todo, venir aquí. El silencio en ocasiones, aún para un niño de esa edad, es un compañero agradable. Metros adelante, una escena nueva para él, llama su atención y corre con los pies charqueando en el agua para acercarse. Es testigo del nacimiento de un par de libélulas, al tiempo en que otro enjambre, que apenas mueve las alas con miedo de volar, lo rodea. Observa con atención cada detalle; los ojos que cambian de color con la dirección del sol, la transparencia floral de las alas, y los colores, los miles de colores: libélulas verdes con pinceladas angostas de un azul eléctrico, libélulas negras moteadas de morado y rojo, unas como cascadas de barro y miel que fluyen en el aire y otras como pequeños cabellos de fuego que cambian de color cuando les pega el sol. El paso zacate es el hogar de las libélulas, aquí vienen a nacer y luego se van, como las mariposas; piensa, mientras sonrío.

Niño. Niño. Ven.

No siente cuando las piernas comienzan a moverse, no puede dejar de ver a las libélulas volar, ellas lo envuelven en un abrazo de alas y negrura y lo guían; él sólo las sigue, sin darse cuenta, sin desviar la vista, sin recordar las historias que la gente cuenta por ahí.

Seis

Mi apá decía que en la Ciudad de México había edificios que llegaban hasta las nubes, que se podía subir a la torre mayor y desde ahí ver hasta San Blas. Que el metro andaba por debajo de la tierra y que uno tenía que meterse al fondo a esperarlo junto a un montón de gente de todos los colores y sabores. También había que andar rápido porque ahí la gente siempre tenía prisa, pero que no se perdía uno de nada porque en todos lados había cosas pa' mirar. Habían castillos y zoológicos, parques llenos de juegos mecánicos, edificios viejos que estaban ahí desde la revolución, edificios más viejos todavía y hasta las pirámides que habían construido los aztecas. Eso nos vino contando mi apá todo el camino, de los mariachis que eran como las bandas pero sin tuba y con guitarras, de los sitios verdes que allá llamaban taxis y de su gente en especial.

Eso era lo que nos decía mi apá, puras cosas bonitas que se le olvidaron con el tiempo, palabras que se le fueron quedando en las cubas que se echaba diario después de trabajar. En la cantina se quedaban las historias de pirámides y castillos; allá se le secaban los cuentos junto a los pantalones orinados, por eso cuando llegaba a la casa ya no traía más que las mentadas de madre con las que no se podía embriagar; entonces uno ya no sabía de cuentos ni mariachis y nomás se quedaba con la verdadera Toluca, donde los castillos se convirtieron en mercados y los zoológicos en un manojito de perros pulgosos que se peleaban con uno por comer. Toluca, la fría, la de la gente prieta que no sabe ni dar las gracias. Toluca, que dicen que es ciudad pero uno puede llegar caminando a cualquier parte.

Ahí nos metió mi apá porque aquel cabrón que nos iba a llevar al Distrito Federal nunca llegó. Ahí nos quedamos a

morirnos de hambre y frío; a morirnos de vergüenza cuando nos cachaban robándonos las natas los viernes en el mercado Juárez; a morirnos de “pendejos” y “no valen pa' nada” de la boca de mi apá; a morirnos por el peso que ganaba de macuarrero y que nunca llegó completo a la casa, por el peso que se perdía entre los besos de las putas y los cigarros delicados. Ahí nos fuimos a morir las niñas y yo en el cuarto apesto a pedos y lágrimas de mi amá. En el cuarto en el que nos apretábamos de a cinco sin poder dormir. Ahí nos moríamos diario por los gritos y los chingadazos, por los pujidos de mi amá cuando se le montaba el briago de mi apá, porque les valía madre que estuviéramos ahí; nomás se sentían cerquita y luego luego, se montaban. Como perros en brama parecían los dos, no se hablaban nada, no se querían nada, pero eran re buenos pá coger.

1

Me gustaba vivir en Toluca porque no había mucha gente, una andaba suelta, nadie se te repegaba. Allá nadie tenía prisa, todos andaban con sus pasos calmos, cada quien con sus propios problemas, ni te volteaban a ver. Por eso yo me andaba tranquila sabiendo que nadie me ponía atención. Me gustaba harto el Cosmovitral, dicen que antes fue un mercado pero yo ya lo conocí con sus vitrales de un señor Flores nosequé. Ahí me llevaban mis papás todos los domingos a verlo por afuera, a verle sus rayos de luces de colores los días en que se animaba a salir el sol.

Ora dicen éstos que Toluca ya está muy cambiada m'ijo, que ya hay mucho ratero suelto porque quitaron el mercado Juárez y ya no tienen dónde meterse, que ahora hay hartos camiones, que cambiaron las plazas y tumbaron los árboles, que se llevaron a don Porfirio y sabe qué tantas chingaderas más. Pero yo conocí otra ciudad m'ijo, una mejor; era mi Toluca, mía y de las cien personas que vivíamos en el Centro: de don León el de las tortillerías y de sus tres hijos con los que jugaba; de doña Chana que ponía sus tamales en la catedral; y de los Casiques, que vendían zapatos en el Andador Constitución. Esa era mi Toluca m'ijo, limpia, pequeña, fría, guardada por su volcán; mi Toluca en que me enamoré del Etanislao.

Ya mero iba a cumplir quince años la primera vez que lo vi. Era un muchacho moreno de pelos valientes, como decía mi primo el Edgar, quesque porque ninguno se echaba para atrás; era muy alto, pero se encorbaba m'ijo, como si le diera vergüenza ver a la gente desde arriba, como si quisiera siempre mirarlos a los ojos para que lo vieran de verdad. Estaba panzón, más panzón que usted. Le sobraba carne por todos lados, de frente, de abajo, de arriba, por donde uno lo viera le

podía ver carne de más, y aun así a mí me encantó, m'ijo. Me llamaron la atención su piel prieta, sus bigotes peinaditos y su cabello revuelto; pero lo que más me gustó de él fueron sus manos: callosas, peludas y grandotas, tan grandes que podían tapar las dos mías juntas. Era todo un hombre el Etanislao. Hay gente que nace para una y una nace nomás para cierta gente y yo había nacido para él m'ijo, lo sentía. Por eso las cosas tenían que ser así, yo iba a tener a su hijo y él me iba a tener a mí, así ya estaba escrito, así tenía que ser, si no hubiera sido por aquel cabrón.

Y WITA II

Se la pasa uno huyendo de la muerte, y ¿para qué?, si desde que nacemos ya la traemos encima, se monta en el lomo de uno y ya no se baja hasta que nos mira en la tierra durmiendo otra vez. Todo el día de todos los días la andamos paseando, a veces la llevamos en camioneta y otras veces a pata. Una la puede ver dando vueltas en la plaza o en la casa echándose aire con el abanico, anda por todos lados, una muerte que es muchas muertes y que nomás es una sola, que se parte en varios pedazos y a cada uno le toca su parte.

Por eso uno sufre cuando se muere, porque el pedazo de muerte que le toca no alcanza para matarlo bien, nomás medio lo ahoga con sus manos huesudas que parecen quebrarse, pero siempre se queda una con su dolor. Le jala a uno la vida despacio, dedo por dedo le saca el tuétano, tragándose a uno para quitarse el hambre; 'onque la canija nunca se llena porque tiene miles de bocas que alimentar, por eso siempre estamos todos muriendo, a cada rato, en el pozo caliente de su boca de hueso en que todos venimos a caer; pero la muerte nunca se llena y a veces ya no le alcanzan los vivos y por eso nos regresa del sueño para chuparnos otra vez, una tras otra nos regresamos a este camino de tierra salada del que ya no vamos a salir.

Pero esas nomás son las muertes del cuerpo, las de los ojos que dejan de ver y de la boca que deja de hablar, la muerte de la semilla y la flor que dejan de regarse. Esta muerte tracona nomás nos mata de a mentís para seguirnos comiendo, para tragarnos y devorarnos una y mil veces, entreteniéndonos en la vida hasta que venga la niña por nosotros.

Aquella que nomás es una sola, una boca sin fondo, negra como la noche misma de los nahuales, negra como la cara del

espejo que humea, esa que sólo es boca y negrura y olvido y perdición. Esa, la verdadera, la niña de los despojos, que llora por sus hijos que se viene a tragar, la niña descarnada que reptaba en la noche mientras nos busca. La que nos llama por nuestros nombres, por todos los que nos han puesto, para que vayamos a caer a su boca que no tiene hambre, su boca que todo se lleva cuando viene la oscuridad.

Esa es la muerte que duele, la que se lleva eso que el cura le llama el alma. La que te volteaba de atrás pa'delante y se lleva todo lo que una ha sido desde la primera vez que nació; y entonces ya nadie se acuerda de uno, ni a nadie quiere una recordar; porque ya estamos solos, solos en su garganta de piedra, en su sueño de noche del que ya no vamos a despertar. Pero mientras llega la niña, uno se esconde en la muerte, guardándose entre nacimientos, creyendo que así la otra no va a venirlo a buscar.

Una ya no sabe ni de qué habla m'ijo, porque a veces una piensa que es otro y hasta siente que le cuelgan los huevos y que puede ponerse de pie. Aquí nos confundimos todos, pensamos que somos de todos, que una es éste y aquél porque todos traemos las mismas caras. Hasta parece uno pendejo aquí abajo nomás por la cara que trae, por eso una a veces piensa que es el cura y que va a venir el cristos, pero luego otras veces le rezamos a don huehuetéotl para que venga a surcirnos la piel. Somos uno solo aquí abajo m'ijo: soy niña y soy vieja, y también tengo verga y corazón. A veces siento que camino y otras que hasta puedo volar, a veces salgo de la tierra con mi nariz de tuza y huelo las flores y la tierra mojada cuando deja de llover. Aquí de este lado somos de todo, culebras y ranas, pájaros y cocodrilos, gusanos, gallinas, ciempiés, árboles, semillas, raíces, escombros, piedras, hombres, mujeres y dios. Dioses viejos de piedra de los que andan de taparrabo y ese

que le llaman el cristo y esa que le llaman la mujer. Jalamos aquí todas parejo y todos nos sabemos de todas, tanto que al final ya no sé ni quién soy.

De este lado de abajo estamos todos m'ijo: el cura que dice que nomás podemos morir tres veces; el señor Nimay que dice que la muerte no existe, que este es el otro lado del aire pero que hay cien lados más; la Lupe que dice que nomás tenemos una muerte y que si estamos aquí es porque fuimos malos cuando estábamos vivos (aunque a esa yo no le creo m'ijo porque a mí me mataron dos veces) y está el viejo Ollín que dice que un día va a venir por nosotros la niña y nos vamos a morir de verdad. Y luego estamos todos los demás m'ijo, los que no decimos nada, los que nomás venimos a escuchar, los que nada creemos, los que nos apretamos todos juntos m'ijo y tenemos mil manos y mil pies y mil cabezas. Aquí venimos todos a contarnos de nada, a mirarnos las caras, las patas sudadas y las manos de árbol y el riñón; pero entre tantos que somos y hemos sido m'ijo, entre tantos que he visto bajar y subir y morirse otra vez, entre todos estos, nunca he visto al cabrón que me mató, y ¡ay del diablo del cura el día en que me lo vaya a encontrar!

Siete

Ya, deja eso niño.

Al momento, como siguiendo una orden, las libélulas se dispersan a su alrededor, se da cuenta entonces que está en un lugar que no conoce. Abajo, el agua le moja los muslos; arriba, el sol apenas se mira entre el ramaje grueso. Las guías de ciertos árboles caen largas y ligeras por entre la maleza; algunas se meten al río, besando las pocas piedras que se asoman tímidas al exterior. Todo a su alrededor es de un color verde intenso y oscuro: el agua, las piedras, las hojas, el aire; todo menos la niña que lo sigue llamando desde la otra orilla.

Ándale niño, ven.

Cruza por las piedras mientras siente correr entre el agua ciertas cosas que le besan los pies. A paso lento se acerca a la otra orilla, sigue distraído. Toma impulso de una liana que cuelga bajo un tamarindo y trepa, como puede, hacia la tierra.

Te estoy hable y hable, niño.

Pu's ya vine. ¿Pa' qué soy bueno?

Para coger.

¡¿Pa' qué?!

De súbito su pulso se acelera, la sangre se agolpa en la cara, es una sensación incómoda y extraña. Tiene miedo y no por lo que dice la niña, sino por la forma en que lo mira. Siente sus ojos pasar por todo su cuerpo, unos ojos que parecen tener dedos que se meten por todos lados. La niña lo ve de la misma forma en la que el Pollo Redondeado observa a su papá cuando sube a comprar el pan. Baja el rostro para evitar su mirada, pero aún puede sentir esas manos de dedos fríos y descarnados hurgar bajo su piel.

Para coger, ¿ya has estado con alguien?

No sabe qué contestar, alza la cara y por un momento cree ver algo más bajo el cuerpo de la niña, algo que se mueve; sin embargo resulta no ser más que un juego de sombras y luces.

¿Cómo dijistes?

Que si has probado mujer, niño. ¿Sabes coger?

Pu's... pu's...

¡Pareces pendejo, niño, te pregunté que si sabes coger!

¡No, no sé!

¿Qué no eres hombre?

¡No!, ¡bueno sí!, pero soy niño.

Que niño ni que la chingada, si ya estás más que listo para tener mujer, ¡mira, qué grande estás!

Da un brinco hacia atrás, está asustado, la niña lo tiene tomado por un lugar que a su edad sólo debe ser para orinar. Comienza a acariciarlo, se acerca, él la observa con la boca abierta y la frente llena de sudor. La mano bajo su ombligo ejerce más presión, ambos cuerpos chocan y el niño puede sentir, más que oler, un aroma a leche echada a perder que le llega a la nariz de golpe. Quiere correr, salir, aventarse al agua, gritar o llorar; pero no hace nada. El aire se cierra, se hace difícil respirar. El sol ya no es más que un recuerdo, el día, antes verde ahora es gris, y hace frío, mucho frío, en todos lados, menos ahí, en la cosa entre las piernas.

La cosa entre las piernas palpita de felicidad entre la mano incansable de la niña; pero es que la cosa no tiene que aguantar el olor a sobaco de la niña, ni tiene que ver los piojos que le bajan por el pelo mugroso, ni la boca oscura y viscosa que parece querer sacarle los pulmones. La cosa entre las piernas sólo tiene que sentir la fría mano de la niña bajando y subiendo con desesperación por su piel, una y otra vez, hasta que un líquido caliente sale disparado de su cuerpo hacia ella.

Te dije que ya eras un hombre niño, mira nomás.

Observa a la niña llevarse la mano manchada hacia la boca y lamer. Nunca ha sentido tanta repulsión por alguien, como hoy.

Qué rico estás.

Quiere llorar, correr, limpiarse y llorar otra vez.

¿Qué me hicistes?

Nada que no quisieras.

Yo no quería.

Tú no, pero tu chingadera sí.

No sabe qué responder, la cosa entre las piernas palpita. Se miran a los ojos por un momento, ojos cafés los de él y negros los de ella, pozos profundos de los que nadie se puede salvar.

Ándale cabrón, vámonos que ya acabé, ¿'onde andas?

Escucha el grito de su tío y eso lo hace reaccionar, antes de irse observa de nuevo a la niña con su vestido blanco que no le llega a las rodillas, mira bien sus piernas flacas sin pelos, sus pequeños pechos, sus labios cuarteados, su nariz larga, los pozos negros y profundos que tiene por ojos, los piojos que le bajan en manada por la frente y el punto blanco que le resbala por la boca. La ve completa, asquerosa y sucia. La cosa entre las piernas palpita otra vez.

¿Vas a estar aquí mañana?

¿Te gustó, niño?

Hey, mucho.

Aquí voy andar

¿Vengo?

Hey.

III

Yo ya sabía a qué iba la primera vez que se metió al cuarto y aun así traté de detenerlo. Por respeto a mi mamá, m'ijo.

Venga niña, hágase pa'cá.

Pérese que mi mamá nos va a oír.

A esa no la despierta ni el diablo.

¿Seguro?

Que sí.

'Am pues.

Lo dejé que se metiera en la cama m'ijo, yo no traía más ropa que un brasier viejo y unos calzones agujereados; el Osvaldo no traía nada puesto cuando se metió entre las cobijas y pude sentir directo su piel con la mía. Traía otro calor, no el de Mecatán, sino otro diferente m'ijo, uno que hacía que los brazos se me hicieran chinitos chinitos, y los pelitos de la nuca se me pusieran como agujas de coser; como si tuviera frío de lo caliente que estaba; de sus manos calientes, de sus besos calientes y de su cosa caliente y dura que no dejaba de apuntarme.

Quítese esto niña, para verle bien esas nalguitas.

Al principio me dio pena que me viera encuerada m'ijo, pero ya después se me pasó. El Osvaldo decía que le gustaban mis nalguitas de corazoncito y quién sabe qué cosas más, porque dejé de escucharlo luego que puso su mano entre mis piernas. Después de eso yo ya no tenía oídos para nada, ni para escuchar al Osvaldo, ni para escuchar si se levantaba mi mamá.

Ya estás encharcada niña.

El río ora si lo ahogaba m'ijo, era mejor su mano que la mía para quitarme la comezón; yo no sabía que estaba pujando hasta que el Osvaldo me puso una mano en la boca para callarme y nomás lo dejé hacer.

¡Ora sí niña, ay viene lo mero bueno!

Se me montó encima m'ijo, me aplastó con su cuerpo peludo; se me subió para taparme del sol aunque ya era la medianoche. Sentí cómo se rompió algo dentro mío, m'ijo. Algo se quebró allá abajo y yo supe, no sé cómo, pero supe, que ya nada iba a ser igual; que yo no iba a poder nunca pegar eso roto y que tampoco iba a querer hacerlo; que la cosa caliente que me entraba en las piernas me iba a curar de todos mis males: del dinero que no teníamos, de las niñas que se bur-

laban y de mi papá que nos había abandonado. Esa cosa que entraba y salía iba a ser pura alegría m'ijo, puro jolgorio; supe que siempre iba a necesitar un hombre encima, con su olor a queso cuajado, sus labios llenos de baba, sus sobacos sudados, sus piernas peludas, pero sobre todo, su cosa caliente m'ijo, su cosa que no dejaba de entrar.

¡Agrgs, Agrs, Aaagrs!

Era lo único que decía el Osvaldo m'ijo, se parecía al Mili cuando lo encontrabas en el cuadro y le querías hablar. Pero nomás en eso de la boca era tarugo, con su cuerpo era otra cosa. Su cuerpo me hablaba de otras maneras, de arriba, de abajo, de frente, agarrándome aquí y mordiéndome allá. Le perdí la cuenta a todas las veces que me volteó m'ijo, cada curva, cada nudo de piernas y manos que hacíamos, cada vuelta que no me dejaba saber cuál me gustaba más. Estuvimos así más de una hora; una hora en que yo sentí que me morí una y otra vez, que el río se hizo laguna y que nos habíamos ahogado, mi mamá, el Osvaldo, yo y todos en Mecatán.

Sentía las piernas como atole de coco m'ijo, no me aguantaban y el Osvaldo me tenía que cargar pero ni así me dejaba de ensartar.

Ya mero niña, ya mero, ¡agárrese que ay viene!, ¡ya viene, viene! ¡Ahhhhhhhh!

Ese grito tuvo que haber despertado a medio pueblo m'ijo, y hasta medio San Blas. Ese grito me llegó adentro de lo que el cura dice que es el alma, pero me llegó más adentro

lo que me disparó el Osvaldo, su balazo calentito y fresco, su agüita tibia que me quitó la sed de allá abajo. El Osvaldo gritó y creo que yo también grité, cuando sentí su corriente de agua salada entrando hacia mí.

Nos quedamos acostados un rato, me abrazó por atrás y ya no me dijo nada m'ijo. Se le habían acabado las palabras bonitas, aunque yo ya no quería eso de él. Yo nomás quería la cosa que traía entre las piernas pero el Osvaldo ya no podía otra vez. Se salió del cuarto como a la media hora y me dejó ahí, callada, escuchando a las choras, preguntándome, cómo chingados le había hecho para que mi mamá no se despertara con semejante alboroto.

Ocho

Con el silencio viene lo negro y lo negro trae lo malo. Eso fue lo que le oí decir a don Darío el día en que me llevaron a curar. Ya tenía buen rato encamado con unas calenturas bien fuertes que no me dejaban ni dormir; y con ese calor, más el de Mecatán, sentía que los huesos me hervían y que el cuerpo se me iba a reventar.

Pasaba toda la mañana y todo el día sudando, con los ojos pelones y la cara apretada; pero lo más feo venía en las noches, cuando el pueblo estaba callado y ni las choras, ni los grillos querían hablar. Lo más feo era cuando soñaba, porque entonces me veía en medio del agua, encuerado, sin nada a los lados más que árboles y casas, y más árboles y más casas; yo caminaba para salir de ahí pero no se podía. Andaba y andaba hasta que los pies se me cuarteaban y me tenía que sentar a descansar. Nomás me quedaba un rato así porque empezaban las piedras a caer del cielo a descalabrarme; la cabeza la sentía gigante y me punzaba, desde afuera por las piedras y desde adentro por los huesos hinchados. ¡Yo gritaba que no, que no me pegaran! pero seguían cayendo y ya no me daban nomás en la cabeza, sino en todo el cuerpo, hasta que me llenaban el pecho, las manos y las piernas de sangre y pus. Pero lo más feo de los sueños era la risa, la carcajada que salía de todas partes: de los árboles, de las casas, del cielo y de debajo de la tierra. Una risa que se me metía entre los huesos y la piel. Todas las noches eran iguales, a veces estaba en el paso, a veces en el mamey, otras veces era en la loma, o en Jalco, o en el centro de Tepí. Siempre era un lado diferente, pero las piedras y las risas no cambiaban pa'nada, esas seguían ahí.

Por eso fue que me llevaron con don Darío. Nunca supe cuánto tiempo estuve así; nadie me contó y yo ni quise preguntar, no fuera ser que cuando me lo dijeran se me fuera a venir la maldá otra vez. La casa de don Darío era muy grande aunque el cuarto en que limpiaba estaba chiquito. Tenía olor a hierbas, verde y a carbón. El señor caminaba despacio porque padecía la enfermedad de la gota que le enchuecaba las piernas. Se peinaba hacia atrás el pelo negro con jalea, traía un perfume fuerte y siempre usaba guayaberas. También tenía la mirada de las personas que saben mucho de las cosas que importan de la vida. Todos los años que he vivido no he vuelto a encontrarme con alguien como él.

Ese día llegué con mi calentura de la mañana, con mi dolor de tripas y escalofríos en el mero calor de Mecatán. Cuando entré por primera vez al famoso cuarto de las limpias, encontré a don Darío preparando un brasero. Lo saludé y nomás movió la cabeza y cerró los ojos, que apenas si se le miraban bajo los lentes. Como no me hizo mucho caso me puse a dar una vuelta en el cuarto. Tenía muchas cosas raras, botellitas de colores chistosos, dibujos malhechos y un reguero de cuadernos y libros por todos lados; había muchas hierbas diferentes pero yo nomás conocía la tila y el romero, 'onque el olor me recordaba unas cosas de las que no me podía acordar. Se estaba bien ahí, desde que entré el olor del carbón me hizo sentirme a gusto, me controló los retortijones de tripas que traía.

Don Darío me preguntó si me acordaba de algo y yo le dije que no, me dijo que así era mejor; creo que mi amá ya le había contado por qué estaba yo ahí. Apagó la luz del cuarto y nomás se veía el brasero con su carbón ardiendo en la oscuridad. De principio no sentí miedo porque ahí estaba don Darío, oía su voz que rezaba el Padre Nuestro y sentía la piedra

lumbre envuelta en trapo que me bajaba desde la cabeza hasta los pies. Me sentía bien, cerré los ojos y dejé que el olor del carbón me ayudara a no sentirme mal.

Cuando terminó el rezo, aventó la piedra lumbre al brasero y fue ahí que empezó. Muchas veces llegué a pensar que no pasó nada, que yo estaba chamaco y calenturiento y que fue eso nada más. Que don Darío estuvo conmigo todo el tiempo, que su brasero y sus hierbas nunca cambiaron de lugar, que nomás fue un mal sueño; pero ¿sabes? Todo fue verdá, me cae que fue verdá.

La piedra cayó en la lumbre y luego vino el silencio. Yo ya había escuchado a Mecatán callado antes pero siempre estaba el ruido de la noche: el de las choras y los grillos; el de la gente que respira, y el de los perros y de los animales como tú. Siempre hay ruido en un pueblo callado, por eso ese silencio era diferente. Ese pinche silencio te chupaba las orejas y nomás oías tu corazón latir. Pasé un buen rato así, sin poder ver ni respirar; esperando, no sabía bien qué, que ya no tardaba en llegar; ahí fue cuando sentí miedo de verdá. Me entró primero por abajo, como una aguja de agua fría en la punta de la espina que me fue subiendo por la espalda hasta que me llegó al mero pecho; y ahí me tienes peleando con mi miedo y el sudor, cuando escuché la voz.

¡Ese cabrón es mío, es mío porque me mató!

Padre nuestro...

¡No hay padres aquí abajo, brujo!

que estás en el cielo...

¡Qué cielo ni que la chingada, brujo! ¡Deja que me lo quede, porque es mío, brujo, me mató!

perdona nuestras ofensas...

¡Jajaja!, ¡te curo brujo, te curo!, ¡jajaja!

no nos dejes caer en la tentación...

¡Tu chingada madre y su tentación, brujo! Yo lo enseñé a ser hombre, lo curé brujo, es mío nada más ¡jajaja!

amén.

El cuartito se volvió lumbre, era un cuarto en llamas cuando don Darío dejó de rezar; las luces eran rojas y el aire caliente y en las paredes se empezaron a formar unas caras, feas como la chingada, que me miraban con sus ojos negros (negros y profundos) y todas se reían de mí. Las risas salían de todos lados de ese cuarto sin hierbas que ya no olía a verde, ni a carbón. Las caras cambiaban de lugar y yo pude verlas a todas y sentirlas también. Me agarraban con sus bocas rojas, me quemaban con sus dientes de lumbre, todas las caras y todas sus risas que sentía dentro de mí.

Grité pero no me escuchó nadie, ni siquiera don Darío porque ya no estaba. Me quedé solo con las caras acercándose a mí, con sus agujeros sin ojos y sus cuernos de sangre y su carne engusanada y sus garras negras con las que me querían desgarrar. Yo sentía la espalda helada helada, y las piernas duras. Tenía miedo pero no podía cerrar los ojos, ni ponerme a llorar y las caras, que ya tenían medio cuerpo afuera me em-

pezaron a llamar; y yo las vi todas así de clarito como te veo a ti 'ora: había unas que parecían tecolotes, otras con picos de cuervos y cuerpos de rana, había coyotes y perros y niñas de vestidos blancos y el más feo de todos que se veía igualito a mi apá.

Ya sabía que iba a ser de mí cuando me agarraran, pero ni así pude llorar. Al final, cuando ya sentía su aliento quemado de azufre adentro de mi boca, por fin pude cerrar los ojos para no mirar cuando me devoraran.

Amén. Amén. Amén.

Y como si nada hubiera pasado, el cuartito volvió a como estaba. Abrí los ojos y había luz otra vez. Don Darío me preguntó qué vi pero yo no le dije nada, ni a mi amá, ni a mi apá, ni a nadie. Me tragué lo que pasó ese día por miedo a que fueran a pensar que estaba loco y me mandaran a encerrar. Nunca le conté a nadie para olvidarme de lo que vi; pero no se puede, siempre se acuerda uno. De todo. Por eso uno se embriaga todos los días, porque la borrachera hace que se olviden las caras, los golpes, los gritos. El pisto hace que se olviden a uno sus hermanas lloronas y su amá tiesa cuando su apá le dejó de pegar; se te borran también los nombres y las niñas que se hicieron viejas y la enfermedad que ya no se puede quitar. Se olvida todo cuando se anda briago y hasta se siente uno feliz. Por eso me gusta tomar, para que se vaya lo malo, para olvidar, para no pensar que cuando me llegue la hora, me van a estar esperando la niña y las caras para descalabrarme otra vez.

Nueve

¡Un saludo para el compa FR de parte de todos sus amigos de Mecatán; y aquí tenemos, como no, a nuestro séptimo y último jinete de la noche, Juan Aguilar, de la mera capital Cora: Tepic, Nayarit, México; que viene montado en el pajarito de Chuy Bermúdez. Un saludo muy especial también para doña Rosita Bulerín y su señor esposo don Asunción Gutiérrez, que nos vienen acompañando esta noche, sí señor, cómo no!

La mitad del pueblo estaba ahí, todos con sus tejanas blancas, negras y alguna que otra azul. Era raro ver a alguien sin sombrero los días de jaripeo; sin embargo, aquí y allá podían mirarse algunas cabezas peinadas si prestabas atención. Era un espectáculo de camisas brillosas y bordadas, las de ellas con nudo en la cintura y las de ellos bien fajadas en el pantalón, en donde las botas de avestruz, cocodrilo y mantarraya se mezclan con el polvo que levantan los cientos de pies que tocan el suelo, una vez que encierran los toros y la banda comienza a retumbar.

A orillas del ruedo pueden verse grupos de personas platicando y tomando cerveza sin parar. El centro del lugar está reservado para los que bailan; existe en este pueblo entre las hojas un acuerdo sin palabras que todos respetan. Es la fiesta del Ocho de Mayo: ¡la fiesta grande!; y aquí hay gente de todas partes: del Aguacate, del Infierno, de Jalco en su mayoría, de Santiago Ixcuintla y Compostela, de Tepic y Xalisco, de Sinaloa y Michoacán, de Nogales y Tijuana y hasta de Estados Unidos vienen a festejar. ¡Toma, toma, toma torito toma! *Torito de la barranca que quiere comer salitre*. Se baila al son de las

bandas, con pareja, agarrados o sueltos, solo o en bola, con un bote de cerveza en la mano, para variar. Cada quien tiene su ritmo, *la vaquilla era colorada y el becerrito era moro; me puse a considerar que su padre sería un toro*, cada uno baila a su manera pero se acopla a la de los demás. ¡Y todos se mueven al mismo tiempo, y giran, y brincan, y gritan y cantan!; y le inyectan vida al corazón vestido de fiesta que palpita en Mecatán.

Las muchachas con sus botas hasta la rodilla, sus aretes de perico, sus caras bastante maquilladas y su cerveza en la mano caminan por todos lados; miran en secreto, son cómplices de la noche y de las canciones *todos me dicen el Vale, un vale pero con suerte, porque si me salta un gallo no me le rajo a la muerte ¡ayayaaaay, mamá por dios!*, con sus sonrisas coquetas y agueridas listas para amarrar al mejor bailarín. Los hombres con sus camisas de cuadros, sus tejanas y sus cintos piteados, las rondan, con seis de cerveza en la mano como sucedáneos de las flores *Tres vicios tengo y los tengo bien arraigados: de ser borracho, jugador y enamorado*, con el sudor bañando sus rostros y dispuestos a todo para la conquista de las muchachas de ojos verdes que vienen de Vallarta a bailar.

Los niños corretean por todos lados, chocan con las paredes, se suben a las bardas, imitan a la banda que toca desafinada el son del cora, molestan al Chato y al Mili que se pelean por latas de aluminio vacías; y, los más avispados, sacan a bailar a las niñas que, del otro lado, hacen lo mismo. Todo el ruedo es movimiento: ¡borrachera!, ¡alegría!, ¡fiesta!

¡Es Ocho de Mayo! Aquí hay litros de sudor y de cerveza, besos escondidos, caricias abiertas, borrachos miados, toros encerrados, bandas grandes y pequeñas, canciones viejas de pura música y canciones nuevas con letra *¿qué me dicen de Ixtlán, Acaponeta y Ruiz? ¡Tecuala la orgullosa donde viví feliz!*, viejos conocidos, recuerdos de otros años, tierra levantada,

calor apretado, gritos y roncadas. ¡Ayayayay!, ¡alegría embriagada moviendo las caderas sin parar! Esto son las fiestas de Mecatán: el punto más álgido de la vida en este pueblo al otro lado del aire que se resiste a morir.

Sus padres llevan buen tiempo perdidos bailando y sus hermanas deben de andar en la bola con otros muchachos de su edad. El niño está ahí, junto a la puerta de los toros, rodeado de briagos que entran a orinar. El sonido de la banda llena el ambiente, es el turno de la banda aguacate que trae puros músicos de Mecatán. Le llegan por todos lados las mentadas de madre, los gritos y las canciones; aunque apenas escucha, pues entre él y el resto del mundo se extiende una muralla de indiferencia que amortigua el ruido que retumba por las paredes de piedra del toril.

El niño está ahí, es decir, su cuerpo está ahí, con su camisa gris de manta y sus botines de imitación de cocodrilo, junto a las hijas del doctor, muchachas de diecisiete años que se toman una cerveza con Darío Jr. y sus amigos. Ahí está su cuerpo: sorbiendo aire, polvo y miados; mojado de axilas y pies, mirando a toda esa gente que baila y que se ríe y que se toca; mirando a través de ellos; del toril y del cafetal; mirando más allá del mamey, hasta el paso zacate, lugar donde nacen las libélulas y las niñas de vestido blanco te llegan a enamorar.

No piensa más que en ella; en su cara mugrosa, en su cabello lleno de piojos, en su boca con pocos dientes y en sus pechos pequeños que apenas se insinúan bajo el blusón. La gente se mueve a su alrededor, lo arrinconan, cantan, bailan; la banda cambia de canción sin dar tiempo para respirar, primero un son y luego un zapateado; por todos lados hay cerveza y gritos, gargajos, olores, manos agarrándose las caderas y las nalgas, bolas de gentes apretadas bebiendo sin parar. La música sigue, interminable; un corrido seguido de una cumbia

y de vuelta un son. Truena la tuba en el escenario al ritmo de una tambora encabronada y un tololoche chicoteado; abajo, todos moviéndose al ritmo de los palillos chinos y del son de los aguacates; canciones que se reconocen por instinto, sin tener que pensar; y en todo el ruedo, la fiesta sigue, inagotable, palpitando con el ritmo del corazón vestido de fiesta que late cerveza y no sangre bajo las piedras de Mecatán.

Para cuando termina de tocar la banda aguacate y anuncian a la banda principal, el niño ya ha tomado una decisión. Tiene que verla otra vez y no al otro día, sino esa misma noche; tiene que volver a sentir que le agarran la cosa entre las piernas, tiene que olerla de nuevo. Le dijo que estaría en el mismo lugar al día siguiente, por lo que es probable que viva por ahí. El sentido común no es una especialidad a su edad por lo que deshecha cualquier otra idea que no vaya conforme a su plan (y si no la hallo hoy, me quedo hasta el otro día, pu's qué).

Espera a que la Ráfaga comience a tocar de nuevo y cuando ya están a mitad de canción, se dirige a la salida sin levantar la cabeza, pues teme que alguien pueda adivinar sus intenciones *morenita ven a bailar, ven aquí mi dulce amor*. Sale disparado del toril, esquiva a la gente que se arremolina en los puestos de cerveza y hamburguesas y brinca la valla que divide el ruedo de las tierras de los Rogos. Es cerca de media noche y el aire húmedo parece advertir un tormental.

Se encuentra con pocas personas a la salida, algunos rezagados de la fiesta y uno que otro calenturiento que anda por ahí. Salió a muy buena hora, de haber esperado más le habría tocado encontrarse con la caravana de gente que aprovecha la medianoche para escapar hacia el mamey. Él ya los ha visto, una vez se llevaron a su hermana la grande aprovechando la ausencia de sus papás. Cuando su hermana regresó traía el

pelo despeinado y un líquido blanco y pegajoso le manchaba la blusa. No le preguntó aquella vez a dónde había ido y después de lo de la niña, ya no necesitó hacerlo.

Lleva ya una buena distancia cubierta desde el toril, por lo que el sonido de la banda es apenas un susurro perdido entre los plátanos y papayos que cubren la carretera. Calcula que aún le falta una hora para llegar al mamey y otros veinte minutos para subir hacia el paso zacate. Apresura el paso y se mete de lleno al camino rodeado de árboles entrelazados que no lo dejan ver las estrellas *amigo, de dónde vienes, con esa cara de pena*, el viento ha aumentado de velocidad.

A izquierda y derecha se le pierde la vista entre sombras de huertas de mangos y naranjas; ha pasado media hora en la que su única compañía han sido los cantos de las cigarras y de los grillos; arriba puede verse un cúmulo de nubes negras en los pocos tramos en que las hojas de los plátanos dejan pasar la escasa luz lunar. Calcula que va a la altura del Cafetal, es decir, que ya lleva la mitad del camino. Eso lo mantiene contento y por los siguientes cinco minutos deja de sentir miedo pensando que no falta mucho para ver a la niña de blanco otra vez. El camino se tuerce a la izquierda y luego hacia abajo, adentrándose más en el espeso verdor oscuro de las huertas; gira a la derecha tras un par de metros y comienza de nuevo una cuesta que se pierde entre árboles de nanches en flor.

El terreno es engañoso y desigual; sin embargo ya lo ha recorrido antes y no tiene problema en seguirlo; sólo se detiene de vez en cuando para no perder la orientación. El aire es más frío en este lado del cerro, más húmedo. De arriba comienza a llegar un ruido de gotas cayendo, al principio en un tenue susurro para caer después sin piedad sobre las hojas de palma que cubren el camino. No le toma más de tres minutos quedar por completo mojado, los pies le chapotean en los charcos que

se forman sobre la tierra a medida que avanza; la camisa y el pantalón se le pegan al cuerpo y sólo la cabeza se mantiene seca gracias a la tejana que lleva puesta desde que llegó al toril. Sigue avanzando con dificultad, entrecierra los ojos para no perder del todo la visión del camino y seca su nariz llena de mocos con las manos; le falta sólo un rato y nada más.

En Mecatán se cuentan historias de todo tipo, de amores, de engaños, de muertes, de chismes y de religión, pero las que más le gustan son las de terror, esas donde los niños como él nunca salen bien porque se los termina llevando la bruja o la carreta del diablo. También se los roban para llevarlos al cerro y descuartizarlos, o vienen los nahuales cuando la luna está roja, o a veces la maestra muerta del crucero te pide *raite*. Esas son las historias que más le gusta escuchar aunque luego no pueda dormir y tenga que meterse en la cama con sus papás *este niño es maricón vieja, te digo que va a ser maricón*. Esa noche, mientras la lluvia arrecia quebrando ramas y arrancando hojas, se acuerda del niño de con los Ramírez, el que fue con su hermano y amigos al mamey, un día de aguacero como aquél.

El día había estado nublado desde temprano y a eso de las doce una ligera brisa comenzó a caer. Se encontraban nadando en el charco de abajo en el momento en que la lluvia arreció y decidieron regresar. Apenas iban a medio camino cuando uno de los niños, el más pequeño, recordó haber dejado sus carros de juguete a la orilla del agua. Les preguntó si podían regresar y fue su hermano quien respondió que mejor lo miraban arriba, pero que se apurara; el niño le dijo que sí y regresó corriendo por sus juguetes.

La lluvia ya era bastante fuerte cuando encontró los carritos entre las piedras, se los echó en las bolsas y regresó corriendo para alcanzar a los demás. El viento hacía crujir las

ramas y el cielo era una mancha oscura que escupía agua sin amainar. El niño sorteó el árbol de los dos troncos, brincó la piedra del oso y justo cuando iba a cruzar el arroyo que separaba el charco de abajo del camino de la carretera, escuchó el rugido de la creciente bajar. Los demás ya estaban a salvo en la carretera cuando el mamey se tragó al que se quedó atrás.

Encontraron su cuerpo dos semanas después, un tronco caído había detenido su avance; del pecho le brotaba una rama podrida y en las piernas, un puñado de hojas habían echado raíz. Lo reconocieron por un lunar en forma de letra “U” que tenía en la nalga derecha ya que la cabeza nunca apareció. Unos dicen que en las tardes se mira al niño buscar su cabeza en el mamey, otros dicen que si llevas carritos y los dejas en el suelo y esperas lo suficiente, se comienzan a mover; sin embargo en lo que la mayoría está de acuerdo es en que, si cruzas el arroyo en un día de lluvia, puedes escuchar a alguien que solloza y te pregunta

¿has visto a mi mamá?

El muerto del aguacero sólo llegó a cumplir cinco años en vida; si aquel día no hubiera ido al mamey, o si hubiera cruzado más rápido, o si no hubiera olvidado sus juguetes, podría estar bailando ese mismo Ocho de Mayo al ritmo de la Ráfaga mientras le metía mano a una de las Bulerín y se tomaba un bote de Tecate light para festejar. Si no se hubiera muerto aquella vez, el niño mocososo, sucio y mojado que va caminando entre las huertas en búsqueda de una niña lujuriosa de vestido blanco y piojos en la cabeza, no tendría por qué estar sintiendo miedo al escuchar la lluvia ronronear (‘orita

nomás es un gato, pero cuando llegue al mamey va a bajar por mí el león de agua).

Apenas había pasado un año desde mi primer sangrado y ya me sentía toda una mujer que podía traer su hombre. Me lo presentaron unas primas, dijeron que tenía una semana de haber llegado de Puebla a trabajar con un pariente suyo. Lo hicieron nomás de broma m'ijo, para ver qué hacía yo; para reírse de mí, pero les salió mal la jugada porque a mí me gustó el panzón desde que lo vi.

Ese día fuimos a la Alameda; íbamos la Hilda con su novio el Óscar; la Chofi con su novio el Beto; y yo, con mi prieto. Hacíamos una terna bien chistosa m'ijo, la Hilda y el Óscar güeros hasta las uñas de los pies; la Chofi y el Beto que no estaban tan güeros pero también eran claritos y mi prieto y yo, que parecíamos un platito de mole, caminando sin hablar.

Anduvimos medio día echándole de comer a los patos, comiendo algodones de azúcar y dando vueltas en la Alameda. La Chofi ya se había aburrido de no hacer nada y nos preguntó que si queríamos ir al Calvario a dar un paseo. Yo ya sabía a qué iba uno al Calvario m'ijo, porque la Hilda ya me lo había contado, pero no creí que con todos ahí, la Chofi se quisiera meter mano con el Beto. Pensé que nomás iban a ir a platicar m'ijo, o a ver Toluca desde el mirador.

Cuando subimos al cerro cada quien agarró por su lado. La Hilda se fue atrás del teatro con el Carlos y la Chofi se metió entre unos pinos con el Beto que ya iba agarrándole las nalgas. Nomás nos quedamos mi Etanislao y yo m'ijo, solitos, sin saber qué decirnos, sin que yo pudiera mirarlo a los ojos para que no viera que me gustaba. Nomás se escuchaba el aire entre las ramas y uno que otro gritito que venía de atrás.

Llevábamos cinco minutos sin decirnos nada m'ijo, aun- que yo ya había pensado hartas cosas para empezar a platicar;

quería saber cuántos años tenía, cómo se llamaban sus papás, con quién se quedaba aquí en Toluca, si trabajaba y en qué, si yo le había gustado como él a mí, de dónde conocía a mis primas y si ya había subido con ellas alguna vez. En todo eso pensaba yo m'ijo, y ya le iba a preguntar cuando sentí que su mano se venía hacia mí.

No supe reaccionar, no me podía hacer para atrás porque el brazo del banco no me dejaba. Si me hacía para enfrente su mano entraría más y si me dejaba caer me iba a ensuciar el vestido blanco que me acababa de coser mi mamá. El Etanislao tenía su mano metida entre mis piernas, m'ijo, y ni agua va había dicho el cabrón. Sentí sus callos subir por mis muslos y hacer a un lado mi calzón. Ya para cuando quise gritar su boca apestosa y sus labios gordos estaban pegados a los míos y su lengua buscaba mis muelas de atrás. No supe qué hacer y mejor me dejé llevar. Primero me sobó con un dedo m'ijo, por fuerita, mientras con su otra mano me apretaba los pechos por arriba del vestido; luego metió la punta del dedo a mi calor de allá abajo y pude sentir sus huellas y como le palpitaba la piel.

Cerré mis ojos para no verle su cara de depravado mugroso m'ijo, para no verle sus ojos de canela, ni su barba sin rasurar. Cerré los ojos para sentir su dedo hasta el corazón. Me perdí del asiento, del frío de Toluca, de los pájaros que chillaban, de los pinos que no dejaban pasar el sol. Me perdí en la boca del Etanislao, me metí entre sus dientes m'ijo, entre su lengua, me hice de su saliva y de su mano que me agarraba un pezón. Me hice de mi Etanislao m'ijo, solita de él y de su otro dedo que me entró para hacerme gritar. Grité por él, porque sentí que iba a ahogarlo con el agua que me chorreaba de abajo, pensé que se me iba a perder en el río que me nacía m'ijo y que ya no iba a sentir nunca sus besos profundos, ni

su barba que me hacía cosquillas, ni su olor a sobaco que me partía la nariz.

El Etanislao sacó su mano de abajo cuando escuchó las risas de la Hilda y yo como pude me bajé el vestido. Nos dimos un beso rápido y nos paramos de la banca. La Hilda traía el pelo revuelto y el Óscar venía abrochándose el pantalón. A mí no me importaba ninguno de los dos m'ijo, tampoco la Chofi, ni mis papás, ni nadie que ya no fuéramos el Etanislao y yo. Nomás él me importaba m'ijo, su panza, sus dientes, su lengua y su mano que se llevó a la boca cuando pensó que nadie lo miraba. Ese era el hombre con el que me iba casar.

En Toluca no había mucha gente m'ijo, éramos poquitos los que andábamos en el centro y ni en los días de feria llegaban muchos a turistear. Por eso los papás siempre nos dejaban ir solitas a todos lados. Una se sentía segura en la pequeña ciudad en que vivíamos m'ijo. 'Ora dicen éstos que la ciudad ya es diferente, que hay rateros dondequiera, un chingero de mariguanos y que la gente siempre tiene mala cara. Pero a mí me tocaron otros tiempos; me acuerdo que en las mañanas bajaba la niebla del cerro para perdernos, nos envolvía con sus manos blancas y de repente ya estábamos en otro lugar. Desde temprano empezaba el frío m'ijo y luego a medio día se dejaba venir el calor. En las tardes siempre llovía y las noches eran un volado: como podía hacer harto frío, como podía hacer harto calor. Teníamos que salir abrigados todo el tiempo m'ijo, aunque el sol estuviera en su mero punto, porque en cualquier chico rato se metía entre las nubes y empezaba a llover. Esa era la ciudad en la que a mí me tocó vivir, en la que podías caminar de tu casa en Lerdo a tu escuela en Colón sin que nadie te molestara. Luego te podías ir a dar una vuelta al Calvario o a tomar una nieve en la Alameda. Los viernes eran para ir al mercado dieciséis o si querías algo nuevo al mercado

Juárez, en la terminal. Eran los buenos días de la ciudad de Toluca, cuando se respiraba vida m'ijo; vida en vez de tierra como aquí.

En ese entonces prefería más la feria del alfeñique que los días de Navidad. Me gustaban los puestos que se ponían en los portales vendiendo calaveritas de azúcar y chocolate con tu nombre encima; los turrone, los jamoncillos, las cocadas, los dulces de leche, los esqueletos de caramelo que salían de sus tumbitas, los limones con arroz bañados en miel y las garapiñas a las que ponían tantito alcohol porque estábamos de fiesta. Me gustaban los papeles picados que tenían los puestos, las formas y las caras de los muertos en el papel maché, las voces de los vendedores que eran gente nueva de quién sabe dónde y también la de los otros, los de casa, los que hacían que una calaverita de plástico se moviera sola, los que vendían las calaveras que se carcajaban y los globos con caras de muertos en todos los colores que una pudiera ver. La feria del alfeñique era lo que más me gustaba de Toluca y más me gustó ese año en que salí a dar vueltas diario con mi barrigón.

El Etanislao me estaba esperando afuera de la escuela el lunes siguiente del día en que nos besamos. Yo no lo esperaba pero ahí estaba el cabrón con su barba picosa y su panza por fuera del pantalón. Me invitó un angelito con el de los raspados y nos fuimos a sentar en una banca. Estuvimos un buen rato platicando m'ijo, hablando como no lo habíamos hecho el domingo. Me contó que estaba en Toluca desde el viernes en la tarde, que se estaba quedando con su tía Cande, la mamá del Beto y que llegó a trabajar. Era el más grande de seis, tres hombre y tres mujeres. Tenía veintitrés años y ya no le gustaba trabajar en el campo, se iba a estar un rato aquí en Toluca y luego se iba a ir al Distrito Federal a hacer más dinero; también me contó porqué me había metido mano. Resulta

que la Hilda le había dicho que tenía una prima que lo quería conocer y que era una chispita, le dijo que yo iba a estar bien puesta para lo que él quisiera y que no iba a chistar. Mi barrigón, aparte de calenturiento era pendejo y todo se creyó, por eso en cuanto nos quedamos solos se aventó sobre mí. Yo no me enojé cuando me lo contó m'ijo, a mí me había encantado lo del domingo y así se lo di a saber con el beso que le dí. Le metí la lengua hasta la garganta y mi prieto me agarró una nalga para responder. Eso fue todo lo que hicimos porque mucha gente pasaba por ahí. Quedamos de vernos esa noche para ir a dar una vuelta a la feria, yo le iba a decir a mis papás que iba a salir con la Chofis, y él no tenía nada qué decir.

Comenzamos a vernos diario, en las tardes el panzón me recogía saliendo de la escuela y nos íbamos al Calvario. Subíamos hasta la cruz y atrás de ella nos metíamos mano en todo lo que tuviéramos carne. Una hora nos quedábamos ahí, luego el Etanislao me encaminaba a casa y me dejaba en la esquina de Rayón. Mi mamá llegaba media hora después; por eso nunca nos cachó m'ijo. En las noches le pedía permiso de salir con las muchachas y como la ciudad estaba de fiesta, nunca me dijo que no.

Me iba con el Etanislao a dar la vuelta, nunca me cansaba de las calaveras; me gustaba su sabor pero más me gustaban sus caras m'ijo, sus hoyos, sus risas, sus huesos. Me gustaba el día de muertos porque pensaba que cuando me llegara mi hora así me iba a ver, como esas calaquititas de dulce que vendían ahí. Pero ya ves m'ijo, el león no es como lo pintan y aquí lo menos que somos son huesos. De este lado no hay calaveras ni diablitos, nomás pura tierra cuarteada y lágrimas por montón. Aquí abajo no hay chocolate ni azúcar. Nada es lo que parece ser, aquí.

Y WITA III

Así es aquí abajo m'ijo, así es aquí. Aquí en que no vivimos, aquí en que no somos más muertos; aquí en que no creemos. Aquí. Aquí. Aquí jallamos. Aquí te busco. Aquí me muerdes. Aquí te ríes. Aquí te curo. Aquí del brujo. Aquí del cerro. Aquí en el cerro. Aquí, el cerro. Aquí de'ste lado del cerro una ya no sabe llorar, allá se nos quedaron las lágrimas junto a los ojos y los gritos junto a las bocas; todo se nos quedó allá. Aquí entre la niebla uno no se puede ver ni las manos, mucho menos los pies de gallina, ni las alas de gavilán. Aquí entre el agua una ya no quiere bailar, nomás sentir llover, oír el agua quebrada que nos cae de la tierra, el cielo con su boca de trueno y su manto de estrellas que nos tientan el corazón. Aquí se nos olvidó todo: la fruta, el silencio, las risas, las semillas que eran mías y que perdí en el conquián. Aquí no tenemos granos de elotes, ni tejuino con hielo, ni víbora con nopal. Aquí no tenemos nombres ni apellidos, ni colores, ni vergas, ni chichis, ni nada que no sean nuestras muertes y nuestras miradas, *pero si no tenemos ojos ¿cómo nos vemos?* ni nada. ¡Aquí no somos nada, somos puro cerro, pura barranca, puro grillo, puro gorgojo, pura canción! Aquí semos y no semos, ¿cuix oc no ihuiyan canon ximohuayan?, no hay; no hay; no. Aquí nos servimos el agua fría de la montaña, el café del barro, la carne del lodo. ¡Aquí nos tragamos la soledá! Aquí viene la niña, por nosotros, para quitarnos los huesos y las lenguas y los jotes y todo lo que se pueda llevar. Jir la rolamos bituin la naig y las fairflais, jir güi eat pura tierra, puro escai clir an clin, jir nos quisamos los lips de drimers que semos, bicos güi are puro kis, pura laif, pura laif que no vale nazin, bicos jir de laif no vale nada, no vale nada la laif. Aquí en esta tierra quemada, bajo el silencio, cumplimos la penitencia, la del pueblo dejado, la de

la ciudad macilenta, la del beso de fuego que arrasó la nación; aquí nos perdemos en el juego de los murmullos, de las piedras, de las ramas y raíces que nos crecen del corazón; aquí, al otro lado del aire, nunca vamos a morir. Aquí nacimos todos m'ijo, y al final de todo, todos nos vamos a llegar aquí. Here we fly over the fire, over the rain, over the soul, but your soul or mine? We lost our lives, here. ¡Aquí puro pinche piojoso, puro caradeojete, puro cabrón, nomás a chingar vienen, a no dejar dormir! Aquí no lo vas a ver nunca niña, ¡nunca!, porque tú lo obligaste a comer y no lo hizo por voluntad. Aquí nos metemos entre el vestido verde del hombre, entre su boca que busca alimento, entre sus piojos y sus pulgas y su bolsa agrietada y sus nalgas chatas que marcaron el lugar en el que siempre se viene a sentar. Aquí pasamos al señor de las manos y al uno que es dos. Aquí, lejos de Toluca y de todo, aquí, cerca de Mecatán y de nada. Aquí te busco, niño, hombre, mujer. Aquí vas a venir por mí; aquí te voy a encontrar; aquí, bajo el cerro, me vas a esperar. Aquí las risas. Aquí las pasas. Aquí los ríos. Aquí las madres. Aquí la niña. Aquí los perros. Aquí las fiestas. Aquí las putas. Aquí las pagas. Aquí los ruidos. Aquí los pelos. Aquí los pedos. Aquí los saco. Aquí el mezcal. Aquí la yaka. Aquí los nanchis. Aquí la pelas. Aquí la muerdes. Aquí te ríes. Aquí me río. Aquí te chingo. Aquí me chingas. Aquí morimos. Aquí te mueres. Aquí me prestas. Aquí te pongo. Aquí te jodes. Aquí ya me chingué. Y así m'ijo, todos los tiempos, aquí abajo no la dejan a una ni hablar.

Diez

En las noches escuchaba un revolotear de alas que me calaba el cerebro; no podía despertar, ni seguir durmiendo. Me agarraban unas manos frías con dedos negros y largos y una boca, de la que salía un tufo de huevos echados a perder, me apretaba la cabeza. No podía gritarle ni a mi amá, ni a mi apá, ni a las niñas y eso que los tenía ahí a un lado.

No podía girar la cabeza, pero tampoco quería hacerlo porque sabía que si me volteaba iba a verme de frente con la niña del paso. Con la vieja de los dientes negros y la carne agusanada, con su cabeza piojosa y podrida, con su hoyo en la frente lleno de pus verde que le bajaba por la cara hasta meterse en los labios secos. Sabía que era ella la que me chupaba la nuca como para querer dejarme seco. La vieja con sus alas de tecolote y su risa; su risa que salía de todos lados y que ni mi apá, ni mi amá, ni las niñas podían oír.

Así se me iban las noches en Toluca, arrimado en el pedazo de catre que tenía para acurrucarme. Me hacía bolita y me tapaba con las cobijas pa' no escuchar los pujidos de los viejos cogiendo y pa' no soñar a la niña cuando me agarraban las ganas de dormir. Así se me fueron los años en Toluca, cansado de las largas noches en que tenía que aguantarme las ganas de llorar y de gritarle a mi apá que ya no chingara, ¡que nos regresara de nuevo al pueblo, que aquí ya no teníamos ni pa' tragar! Pero yo nunca le había jugado al contreras con mi apá. Nomás lo veía llegar vomitado y mentando madres, agarrándole las nalgas a las niñas cuando las tenía cerca y soltándole chingadazos a mi amá si le decía que no. Así eran todos los días desde que habíamos llegado de Mecatán.

Cuando vivíamos allá en el pueblo sí podía dormir; don Darío me había curado de espanto una vez y ni antes ni después soñé mal. Allá en el rancho todo eran risas y juegos: con mi abuelo y con la bola, con las niñas y con las bandas, con los toros y los toritos, con los castillos y con el palo encebado que ponían en la feria. Allá nomás era esperar las vacaciones pa' ver llegar a los que venían del otro lado con sus troconas nuevas y con sus niñas que hablaban puro inglés. Era esperar los sábados y los domingos pa' ir a Matanchen o a Platanitos y meterse al mar; esperar la noche pa' salir a dar una vuelta en el cuadro y comprar duritos con huichol y limón. Allá nomás era de esperar y reír y esperar y cantar y esperar y bailar y esperar.

Mi apá bajaba contento del cerro, colgaba su bule y le pedía de comer a mi amá. Mi amá le servía sus frijoles con epazote y queso fresco y sus tortillas recién compradas con el Israel. Mi apá masticaba despacio, se pasaba la comida y se echaba un trago del agua fresca que traíamos del mamey. Siempre nos contaba cosas del cerro, a quién lo había mordido una víbora, a quién lo habían picado las chicatanas o a quién lo había miado una pajarilla.

Mi apá era feliz, se le veía en la cara y hasta en la forma de caminar. Nomás unas cuantas veces lo vi enojado y era cuando no pagaba el capataz. Esos eran los días malos porque llegaba mentando madres y a veces la agarraba con mi amá. Nos mandaba al corral a jugar pero hasta allá se podían escuchar los gritos que se soltaban. Pero esos días eran muy pocos y siempre pasaban meses entre ellos. La mayoría del tiempo mi apá era feliz y nosotros también.

La culpa fue de esta pinche ciudad hedionda que todo echó a perder. Aquí mi apá se enseñó a borracho y madreador; nos cambió los nombres por pendejo y putas y se olvidó

de reír. Nomás dos años le bastaron pa' que dejara de ser feliz. Pa' cambiar el bule por el pulque y los frijoles por vómitos y cagadas en el pantalón. Esta pinche ciudá y su falta de dinero hizo que mi apá se volviera loco y que sus hijos lo dejaran de querer. Esta ciudá culera hizo que yo empezara a soñar mal.

Ya no sé si fue la ciudá, o mi apá y sus chingadazos, o mis sueños con la vieja, o de plano era que ya tenía que ser así, pero desde que probé una cerveza le agarré el gusto y ya no la dejé. Ese día yo venía saliendo del trabajo, estábamos construyendo una casa por ahí por Capultitlán, yo nomás acarrea la mezcla pero me pagaban bien, cien pesos diarios por estar de nueve a seis, cien pesos que a mis diecisiete años eran una millonada.

El trabajo me lo consiguió don Chente, el de la tienda que estaba frente al cuartucho que rentábamos; yo me llevaba bien con el don. Me había hablado de una chamba de macuarrero con uno de sus hermanos; le pedí de favor que me metiera para llevarle unos pesos a mi amá porque mi apá le daba pura madre y a veces no teníamos ni pa' tragar. Eso fue un jueves, al siguiente lunes cuando fui por huevo para el almuerzo me dijo que ya había arreglado con su hermano la chamba, que mañana mismo empezaba y me dio la dirección. Llegué desde el martes y al otro sábado me pagaron mis primeros cuatrocientos pesotes.

De la casa en la que trabajábamos a la parada de camiones de Capu nos hacíamos veinte minutos; pero yo me tardaba más porque me daba una vuelta por el centro para ver a las muchachas. Ese día me quedé otro rato a tomarme un raspado, sentado en las bancas que están frente a la presidencia. Estuve ahí como quince minutos porque estaba nublado y parecía que iba a llover. Ya iba de regreso a la parada cuando a la altura de la Sota de Oros una vieja gorda me salió al paso.

Traía una falda corta y unas medias rotas, las lonjas se le des-parramaban por los lados de la blusa roja y las chichis caídas le llegaban casi hasta el ombligo. Me preguntó que si quería pasar el rato y yo le dije que no; me preguntó que si no se me antojaba un caldo y le dije que no otra vez; a la tercera me dijo que si era puto y yo la mandé a la chingada. Ya me iba a seguir derecho cuando me preguntó que si no quería aunque sea entrar a la cantina a atajarme de la lluvia porque ya estaba chispeando. El cielo se miraba ya todo negro y las primeras gotas empezaban a caer. Le dije que sí a la gorda y me metí a la Sota de Oros.

Adentroapestaba como mi apá, yo creo que por eso le agarré cariño al lugar. Luego luego, entrando me llegó el chingadazo de los miados y del vómito. Me senté en una mesa de plástico de las de la Corona, justo a un lado de la entrada. La gorda se sentó también y me pidió que le pichara una cerveza. Yo le dije que no las primeras cuatro veces, pero en la quinta me enfadó y le di para que se la comprara. Regresó con una caguama y unos vasos manchados, sirvió dos y me hizo salud, yo nomás por ser amable alcé el mío y le di un trago.

Dicen que lo borracho se trae ya desde que naces. Mi apá en Mecatán no tomaba, pero en Toluca desde el primer curado se volvió loco. Mi abuelo, papá de mi apá, se compraba diario su cuartito con doña Geno; mi otro abuelo se murió en una cruda y creo que también a su apá lo mató el alcohol. Puros pinches briagos teníamos en la familia, por eso no me cayó de sorpresa cuando le agarré el gusto a la chingadera.

Nos acabamos esa caguama entre la gorda y yo, luego le di para que fuera por otra y regresó con dos más y con un cabrón medio briago. Nos chingamos las chelas entre los tres y después se nos juntó otra vieja. Era una flaca con la cara chupada que nomás tomaba pulque, le piché un curado de guayaba y

mandé a la gorda por tres caguamas más, una pa' cada quien. Ya de ahí no supe bien qué chingados pasó, recuerdo que le seguí dando feria a la gorda, pero ya ni me acuerdo si tomé.

Perdí la cuenta de las caguamas y de los pulques que llegaron después. De un de repente sentí como si estuviera soñando, como si el vaso que agarraba era de puro humo y a veces lo tenía enfrente y a veces atrás. La gorda se reía de mí mientras el otro cabrón metía la mano entre las verijas de la chupada; yo los veía como de atrás de un vidrio que no podía agarrar. Creo que me paré al baño a vomitar pero no me acuerdo si llegué. En la rocola sonaban canciones de banda porque ya sabían que venía de Nayarit. La gorda bailó conmigo y la chupada se me repegó de atrás, después me senté en la taza y me quedé cagando todo el día, luego me paré y me puse a cantar con el cabrón borracho junto a la mesa en que volví a vomitar.

Me sacaron de la Sota cuando intenté madrearme a un cabrón y me fueron a aventar sobre la calle. Ahí me quedé dos días riéndome de mí. La gorda me levantó y me llevó atrás de la cantina a meternos en una milpa; yo no traía calzones, la gorda se levantó la falda y se montó encima de mí; sentí algo caliente y baboso resbalarme por la chingadera y a la gorda hacerse pa' delante y pa'tras. Yo le agarraba las cuatro chichis y las veinte lonjas y ella nomás decía que sí. Sentí cuando mi chingadera vomitó y creo que yo también vomité. Me caí de nalgas con la chingadera de fuera y los pantalones caídos, la gorda me sacó los últimos billetes y me dejó ahí, tirado entre surcos de tierra mojada. Yo me eché a dormir. A dormir para que el mundo dejara de girar.

IV

Un mes me duró el gusto m'ijo. Un mes enterito que lo tuve para mí solita todas las noches después de las doce. El Osvaldo se metía al cuarto y se subía a la cama sin decirme nada. Yo ya lo esperaba con la cola al aire lista para que se metiera adentro de mí. Treinta noches retumbó la cama. Treinta noches en que mi mamá no despertó.

Así pasamos el mes de mayo. Íbamos a la misa del novenario y en llegandito el Osvaldo se metía con mi mamá a su cuarto y ahí se ponían a coger. Salía a las doce y me tocaba a mí; ya luego como a las tres se regresaba al cuarto con mi mamá. En las mañanas almorzábamos los tres y el Osvaldo se portaba como siempre: me hablaba a puros gritos y regañadas m'ijo, pero cuando mi mamá no nos veía me agarraba una nalga o una chichi y nos reíamos quedito. Cuando terminábamos de comer agarraba sus chivas y se iba al cerro a trabajar, regresaba como a las seis, se bañaba y empezábamos de vuelta.

Nomás un mes me duró el gusto y se acabó por mi culpa m'ijo, yo provoqué al Osvaldo ese día, pero es que la calentura no se me había quitado en la madrugada y yo lo necesitaba adentro de mí. Nos habían invitado a una quinceañera de con los Mesa. La fiesta fue en el casino; sirvieron birria y frijoles puercos, de tomar dieron cerveza y vino, trajeron a La Moreña y a otra banda de Mecatán. Fue el sábado veinticuatro de junio, el mero día de San Juan, último día en que vi al Osvaldo y a mi mamá.

Fuimos a misa primero, la Yuri se veía rebonita con su vestido morado de olanes y sus guantes con chaquira y dobladillo. Los chambelanes llevaban traje negro con corbata morada y pañuelo del mismo color, todos con su cara lavada y con el pelo bien rasurado m'ijo. Hora y media duró la misa porque el Padre ya estaba viejo y tardaba mucho en hablar. A las cuatro y media salimos de la iglesia pero como la fiesta iba ser hasta las siete nos regresamos un rato a la casa a descansar. Ahí fue cuando sentí la primera calentura m'ijo.

Yo me había ido para mi cuarto a quitarme los zapatos cuando vi al Osvaldo agarrarle una nalga a mi mamá; mi mamá se volteó, le agarró la chingadera y se metieron a su cuarto. Yo me hice pendeja m'ijo, como que no vi nada y me metí al mío. A los cinco minutos ya se escuchaban unos pujidos queditos; me salí del cuarto para escuchar mejor. Me pegué a su puerta con cuidado porque la madera ya estaba bien vieja y tronaba a cada rato. Se escuchaba reclarito m'ijo, cómo mi mamá le decía al Osvaldo que le diera más fuerte y el Osvaldo nomás gruñía, como gruñía cuando se lo decía yo. Luego luego sentí cómo se me mojaba el calzón, pero no por los gritos de mi mamá sino por los gruñidos del Osvaldo. Me metí la mano entre las piernas y me soñé como si yo fuera la que gritaba mientras el Osvaldo atrás de mí me daba de nalgadas, hasta que por pendeja me pegué de más en la puerta y la chingadera tronó. Me saqué la mano y me eché a correr a mi cuarto, ya no salí de ahí hasta las siete, hora en que me hablaron para irnos y nunca supe si mi mamá o el Osvaldo habían escuchado la puerta tronar.

Llegamos al casino a las siete m'ijo. Lo habían adornado con globos morados y blancos en la puerta y un arco de flores con la foto de la Yuriara que recibía a la gente en la mera entrada. Nos sentamos junto a don Lipe y su esposa. El Osvaldo

fue por unos botes y mi mamá se puso a platicar con la esposa de don Lipe de quién sabe qué. Nos sirvieron como a la media hora de que llegamos, un plato llenito de frijoles puercos y luego otro de birria de chivo y tortillas de con don Israel.

El Osvaldo se paraba a cada rato por botes para todos los que estaban en la mesa. Me encantaba que se levantara m'ijo, porque podía verlo completito. Sus brazos peludos, su espalda y sus nalgotas que se le apretaban con el pantalón. Me lo imaginaba encueradito encima de mí, abriéndome las piernas para quitarme la comezón. Cada vez que se paraba yo bajaba la mano tantito para acariciarme las piernas despacito sin que se dieran cuenta.

La Moreña llegó a las diez y abrieron el baile con una cumbia. El Osvaldo sacó a bailar a mi mamá y yo sentí un retortijón de coraje en las tripas porque no me sacó a mí. Bailaron tres canciones juntas y luego se vinieron a sentar. El Osvaldo ya venía sudando y me llegó su olor a queso cuajado, el mismo de cuando me montaba por atrás y me besaba el cuello. A cada rato se paraban a bailar y yo nomás veía cómo el Osvaldo apretaba sus brazos en las caderas de mi mamá sin poder hacer nada m'ijo. De consuelo me metí la mano entre las piernas aprovechando que nadie me hacía caso y cada vez que veía al Osvaldo me la metía un poquito más.

Después de otra hora de estar así ya no aguanté m'ijo, en una de las veces que se vino a sentar el Osvaldo le pedí que me sacara a bailar. Él ya venía medio tomado y no me miró feo, ni me dijo nada y mi mamá, que también andaba igual, nos dio permiso. Agarré al Osvaldo de la mano y me lo llevé al otro lado del casino a bailar. En cuanto me abrazó me le pegué todita m'ijo, con una pierna le toqué la chingadera y con una mano le sobé el cuello. El Osvaldo me empujó pero yo me le pegué más, después de la tercera vez se dio cuenta que yo no

lo iba a soltar y se pegó también. Para mi suerte la banda se aventó varias cumbias seguidas m'ijo y en cada una yo le sobaba la chingadera al Osvaldo con mis piernas. Cada vez nos pegábamos más y la mano del Osvaldo también bajaba más, en una vuelta hasta sentí que me rozó una nalga.

Cuando terminó la canción yo ya traía un río entre las piernas y el Osvaldo me miraba de la misma forma en que me miraba por las noches. Miré a mi mamá sentada al fondo con varios botes vacíos en la mesa y le agarré la mano al Osvaldo para sacarlo de ahí. El nomás se dejó hacer. La culpa de todo la tuve yo, por pinche calenturienta.

Me tenía con la cara pegada en un muro cuando nos cachó mi mamá. Salimos del casino y cruzamos el cuadro como para ir a la colonia nueva m'ijo. Nos metimos en la callecita que sale a casa de los naranjos y ahí mismo, frente a la casa de la Raquel, el Osvaldo me subió el vestido. Nunca supe si mi mamá nos siguió desde que salimos o nomás fue casualidad que nos encontró m'ijo, pero apenas tenía unos minutos con la chingadera del Osvaldo metida cuando sentí el primer chingadazo.

Nomás sentí cómo mi cabeza retumbó contra el muro y cómo me fui para atrás. El Osvaldo no me agarró y me caí con las nalgas al aire sobre las piedras de la calle. Alguien me alzó de las greñas y ahí vi que era mi mamá. Traía un pedrón en las manos y si no llega a ser porque estaba tomada, me hubiera muerto desde antes m'ijo; pero me jerró el chingadazo y me dio nomás en el ojo. Cuando a una le quiebran un ojo se siente y se escucha como cuando rompes un huevo, nomás que en vez de clara y yema sale sangre y pus.

No me dolió tanto el chingadazo como escuchar a mi mamá llamarme hija de puta, porque yo la amaba m'ijo. La amaba porque nomás éramos ella y yo solitas en el mundo cuando nos abandonó mi papá; porque ella me hacía mis mu-

ñecas de trapo y me llevaba a veces a Tepic a la loma y nos pasábamos todo el día juntas, chupando bolis o comiendo duritos de los más baratos que podíamos comprar. Era mi mamá la que siempre me abrazaba cuando llegaba llorando a la casa porque las niñas se burlaban de mis vestidos rotos y de mis zapatos viejos. Mi mamá que tuvo que buscar hombres que le hicieran el gasto para medio arreglar la casita que nos dejó mi abuelo cuando se murió. Yo quería a mi mamá m'ijo, la quería de verdad, pero la comezón me hizo olvidar que el Osvaldo era su hombre y que yo no debía meterme con él. Por eso, más que el ojo quebrado, me dolió que me dijera hija de puta ¡porque mi mamá no lo era, ahí la puta era yo por meterme con su marido!

Caí sobre las piedras. Me corría sangre en todos lados, en la cabeza, en la cara, en el vestido; mi mamá me dio de patadas, pero la mayoría ni me atinaron. Miré a donde estaba el Osvaldo m'ijo, para que me ayudara a detenerla, pero el cabrón no hizo nada, nomás se sonrió. Como pude me levanté del suelo y traté de echarme a correr, pero me volví a caer. Mi mamá se acercó de nuevo para volverme a patear. Y ahí estaba yo m'ijo, sintiendo sus golpes en todo el cuerpo, arrastrando el vestido que me cosió para la fiesta, rompiendo la tela que tardó tres meses en pagar, escuchando a la persona que más quería en la vida decir que yo era una puta, una pinche ofrecida, que no era su hija, que era hija del diablo, que ojalá me hubiera muerto, que nunca debí haber nacido y más cosas que no escuché bien.

Una de las patadas me atinó en la boca y por pura suerte no me tragué los dientes que me tumbó; otra me abrió un cachete y otra me la dejó ir en medio de las piernas. Una señora salió de la casa del Guayabo por tanta gritadera y creo que mi mamá la reconoció porque dejó de pegarme. Aproveché cuan-

do se volteó y como pude me paré y salí corriendo rumbo al cerro. Llevaba las piernas rengas, un ojo vacío, una boca sin dientes que escocía y la carne abierta que no dejaba de sangrar; y aun así m'ijo, aun con el cuerpo destrozado, lo único que me dolía era el corazón.

Aquí abajo dicen éstos que el corazón nomás te duele cuando te van a dar los infartos, pero eso no es cierto: el corazón también duele cuando te metes con el hombre de tu madre por culpa del calor.

Nunca los volví a ver, ni a ella ni al Osvaldo. Seguí corriendo y me metí entre unas plataneras. Corrí sin rumbo m'ijo, pegándome contra todo, sin ver; sin oír; sin sentir. Corrí sin saber del tiempo y creo que hubiera seguido corriendo toda la vida si no es por la pinche barranca en la que me caí.

En el cerro hay sombras que caminan entre los árboles m'ijo, grandes, de más de diez metros. Tienen caras largas y cuerpo de tabla, manos nudosas y ojos blancos como de luz de estrella. A veces es una y a veces son cuatro; caminan y hablan en murmullos, se dicen cosas en secreto que nadie entiende. Unas veces pasan debajo de los plátanos y otras veces por encima m'ijo. Aquí abajo dice el señor Nimay que son las sombras del frío que juegan entre ellas para no congelarse, pero don Chicome dice que no; que son las almas de las montañas. Dice que los cerros antes eran gigantes que un día se quedaron dormidos y echaron raíces. De las caras les nacieron las piedras y de las panzas los nanches, y así se quedaron echados encima de la tierra para que nosotros no pudiéramos nunca salir. Dice el Indio que de noche los cerros sueñan y que cuando lo hacen mandan a jugar sus sombras para no despertar. Que no todos los podemos ver porque los sueños negros de los cerros son nomás de los que ya nunca van a soñar, como yo m'ijo; que nomás los vemos los que vamos a terminar aquí,

de este lado, bajo sus nalgas gigantes hechas de tierra. Que por eso los cerros nos dejan ver sus sueños jugando para que no sintamos feo de que nosotros ya no lo vamos a hacer. Que cuando el indio muere, el gigante sueña.

Yo no sé cuál de los dos diga la verdad m'ijo, pero yo vi las sombras que caminaban sin mirarme, escuché cómo se gritaban en quedito y sentí cómo el cerro respiraba bajo mis pies. No sé cuántas noches duré, ni cuántos días, o si pasaron días porque nunca vi el amanecer. Todo el tiempo fue negrura y sombras y frío; un frío que no era el de Mecatán m'ijo. Porque en Mecatán hasta cuando hace frío se siente el aire caliente y en esas noches el viento se me clavaba como agujas en el cuerpo y no era porque iba encuerada; era un frío de otra cosa, un frío de volcán.

Así anduve m'ijo, por no sé cuánto tiempo, en lo negro, sin estrellas, sin animales, sin ruidos. Nomás el cerro, las sombras, el frío y yo. Yo que me había cogido al marido de mi madre, yo que era una calenturienta, yo, sin ojo y sin dientes, sin ropa, sin nada que no fuera yo misma m'ijo. Nomás yo solita. Yo, porque las sombras no eran para mí. Nomás éramos yo y el cerro. El cerro que no dejaba que me diera hambre, que no dejaba que me diera sueño, que no me dejaba morir.

Ya pensaba que así iba a ser para siempre m'ijo, que aquí era donde venían a dar las chamacas de nalgas calientes que se metían con hombres casados, que este era el castigo del dios de las misas, el castigo del cerro que nomás te hacía caminar. Ya pensaba que así me iba a no morir cuando me di de frente con una puerta m'ijo. Una puerta de una casa hecha de adobe, clavada a la fuerza en mi cerro. Solita igual que yo. Esperando igual que yo; y con un Ojo de Dios en medio que no me dejaba de mirar. Me miraba mi único ojo. Me miraba a mí con sus cinco ojitos. La puerta de la casa se abrió y salió una vieja,

Cesar Jordán

se me quedó viendo y sentí como si me siguieran viendo los cinco ojos del Ojo de Dios. Así nos quedamos los tres, hasta que salió el sol de atrás de la casa y la vieja me invitó a pasar. Me pasé, cerré la puerta y no me despedí de mi cerro porque sabía que me iba a estar esperando, cuando regresara otra vez.

SEGUNDA PARTE

CUAXIYA

El sol cae de lleno en las mañanas desde la cima de la sierra aplastando con su peso el campo, la milpa, la siembra, el árbol y la vida. A todos lados llega y por todos lados entra. Con sus manos rojas viene a calentar el aire, a tortearlo sobre el comal de piedra lumbre que es Mecatán. Después del sol llega la vida, la noche fresca que deja salir al verdadero pueblo del umbral caliente del mediodía. Después del sol está la noche, con la noche viene la fiesta y con la fiesta se revela el verdadero corazón de Mecatán: el lugar entre ríos que vio a mi madre nacer.

Este sol que tiene manos y pies y que se arrastra por entre las nubes de la ciudad. Este sol que es igual a ti que escribes y a mí que leo. Hermano de este frío de Toluca y de este noviembre que la vieja adoraba. Este sol que eres tú mismo vestido de rojo, con tu cabello color lumbre y tu piel ceniza. Tú mismo que sigues a los perros y les picas las costillas hasta que los haces desfallecer. Tú que te acuestas en el centro, sobre las piedras calientes, hasta que te hierven las tripas y te las comes como si fueran obispo y te das un festín. Tú mismo. Sol, hombre moreno, rojo, brillante, que te devoras dentro tuyo y te deshechas a ti mismo una y otra vez.

Deja que la gente venga a absorber sus aromas de tierra cuarteada, de la masa fermentada a la que llaman tejuino, de los nanchis y los mangos y todas sus frutas de estación. Déjalos respirar sus olores, su hambre de sexo; hambre del macho y la hembra que son uno mismo, que se buscan las piernas para comerse los pies. Déjalos que se vean como son realmente y no bajo sus ojos aguados por el sudor. Déjalos caminar sobre sus calles empedradas, sobre sus banquetas altas. Que se bajen de sus camionetas para tocar el suelo con sus pies

descalzos, que caminen el cerro, que conozcan las sombras, que no le tengan miedo a la vieja que se lleva a los niños. Que retumben las bandas en el círculo de piedra maciza en el que sueltan los toros, en la plaza del pueblo a la que llaman el cuadro y en el casino que no es un casino de verdad, sino un patio de tierra pisada y techo de estrellas que deja que el agua refresque cuando se viene el calor.

Deja que miren, que vean cómo eres por dentro. Déjalos ver que también tienes entrañas y tripas igual que nosotros, que vean que si te tocó ser sol fue sólo porque el uno que es dos así lo predijo y no porque tú lo quisieras. Déjalos que te vean como te vieron los Mexas, pero háblales tú sol, háblales para que entiendan y no te sacrifiquen su sangre sino su sexo, que no te traigan su corazón en nicho de piedra, ni sus lágrimas en bule de jade. Háblales sol y diles que no quieres su muerte, sino sus vidas, que comes sudor y no carne, que pides sombras quemadas y no pieles pasadas bajo el pedernal.

Háblales con tu voz de hombre ciudadano, con tu lengua que cura el frío del clima que cambia cada veinte minutos. Háblales de tus tiempos de niebla, de tu sangre que baja del cerro tupido de casas y rateros que no saben trabajar. Háblales vitral del cosmos sin flores, José Vicente Villada perdido en el parque de los matlatzincas, Tolotzin destruido y levantado en el bicentenario de la prostitución. Háblales sol menguado cubierto de tejas, sol reverberante que tumbas el agua del cielo para que pueda llover. Sol del chorizo y la podredumbre, del alma pintada vendiendo libretos en los camiones, de los perros que le lloran a los poetas y a su amanecer. ¡Háblales sol del carajo, que llegaste a ser hombre cogiéndote al día sin que la noche lo pudiera impedir!

Déjalos que te miren sol, déjalos que sepan; pero sobre todo, déjalos respirar; y no esa cosa pegajosa que traes en tus

manos cuando le das vuelta al aire. Que no respiren esa peste de tiempos pasados; que te respiren a ti y que me respiren a mí, que respiren a mi madre que no me dejaste conocer, que respiren al hombre que llegó hasta Toluca para matarla otra vez. ¡Que respire este pueblo de fiesta que no guarda luto, este pueblo que verá las estrellas morir! ¡Déjalos sol que vives al otro lado del aire, déjalos que aprendan a vivir!

Y WITA IV

Me olvidaste mi niño, ahí, en tu tierra a la que nunca llegaste, me olvidaste. Yo te traje en mi vientre tres meses mi niño, tres meses en que sentí cómo crecías y cómo te movías buscando qué comer. Dicen que cuando encontraron mi cuerpo estabas tú todavía conmigo. Que te arrancaron de mí y te metieron en un frasco de vidrio y te echaron alcohol para que no te pudrieras. No pude verte mi niño. No pude ver tus ojitos, ni tus manitas; no te pude abrazar para que no chillaras, ni te pude chiquear para que me sonrieras. Nada de eso pude hacer mi niño; ni siquiera te aventaron aquí conmigo para poderte cuidar. Allá, de ese lado, te olvidaron mi niño, allá te dejaron lejos de mí.

Aunque me duele en el alma, que una vez dice el cura que tuve, la verdad es que ya no quiero encontrarte, ni verte, porque aquí abajo todo es oscuro y mugroso y apretado. Aquí ya no hay risas, ni juegos, ni los colores con que quería pintar tu carita, ni las canciones que había inventado para que te durmieras. Aquí abajo no huele a muerto mi niño, huele a otra cosa, a eso que huele cuando ya nadie se acuerda de uno, cuando la noche se viene a podrir. Aquí nada huele como tu aroma mi niño, como a rosas y a guayabitas recién cortadas, como a talco para las rozaduras y a tierra cuando deja de llover.

Allá quédate mi niño, del otro lado del aire, donde juegues a que tienes papá y que yo no soy la que no te parió. Allá, donde se ríen los muertos cuando los dejan salir por su pedazo de pan, no aquí mi niño, aunque se me desgarre el alma, que aunque digan que ya no tengo, lo dicen porque ninguno de ellos siente este perro dolor.

Once

Llegué como pude a la casa, de lo briago que iba no me acuerdo ni como me subí al camión, ni si le pagué. Las caras de las gentes se me confundían, las calles me daban vueltas y en la panza traía un revolver, como si las tripas se me quisieran salir. Entré a la vecindá tambaleándome y le fui a patear la puerta de madera a mi amá hasta que abrió. Me miró llegar borracho, como llegaba mi apá todos los días. Sucio, miado, con la boca vomitada y los pantalones manchados de chingaderas. Me miró igualito a su esposo, con la misma cara de pendejo que traía el viejo cuando la miraba ahí, parada, con sus ojos llenos de agua y sus manos apretadas como si fuera a rezar.

No quise mirarla a los ojos pa' no verla llorando, me le aventé a las pies y con la boca hinchada por la mugre y el alcohol, le pedí perdón. Que me perdonara mi amá por llegar briago, por no llevarle dinero, por salirle igual que su viejo, por haberme vomitado, por no ser un buen hijo, por no llevarles de comer, por espantarme con los ruidos de las noches, por llorar como niño ahí entre sus patas. Le pedí perdón a mi amá hasta por lo que no había hecho. Me levantó del suelo y me llevó a la cama, le pedí perdón de vuelta y luego me tumbé a dormir hasta el otro día.

Ven niño te curo ¡jajaja! te curo brujo te curo agárrame la chingadera niña agárrale aquí hazme caso que pa' eso te di la vida hija de la chingada te curo brujo te curo ¡jajaja! en nombre sea del padre ¿te gusta niño? ¿te gusta que te agarré aquí? te va a cargar la chingada pinche vieja ya deja de estar chingando o te voy a partir la madre pinche chamaco bueno para nada igual de pendejo que tu madre no sirven ni pa' coger putas hijas de su

*chingada madre te curo niño te curo ¡jjajaja! te voy a agarrar ca-
brón te voy a agarrar y líbralo de todo mal no hay mal brujo este
es mío brujo mío nada más amén ¡jjajaja!*

3

Yo ya sabía que estaba embarazada sin haber ido al doctor. Una se siente diferente. La panza me dolía pero con un dolor bonito m'ijo, con un dolor que no era de calambre, ni de retortijón; era un dolor de vida.

Un mes llevaba el Etanislao conmigo. La feria ya se había acabado pero me las seguía arreglando para salir en las noches a dar la vuelta con mi panzón: esperaba a que mis papás se durmieran y bajaba a la calle por la ventana. El prieto me esperaba en la esquina de Hidalgo y Villada para irnos al cerro. Nos metíamos entre los callejones para entrar al Calvario y de ahí subíamos a unas cuevas que el barrigón había encontrado. Ya teníamos la nuestra, en las otras nunca entramos porque nomás nos interesaba la de la piedra con forma de mesa; nunca me dio miedo m'ijo, porque mi hombre siempre llevaba su machete para que nadie se fuera a querer propasar. En nuestra cueva nos quitábamos las ropas y encima de ellas nos hacíamos lo que ustedes le dicen el amor.

El prieto era medio pendejo para hacerlo m'ijo, unas veces me apretaba demasiado fuerte y me lastimaba y otras terminaba nomás al empezar. Se ponía como loco cuando eso pasaba; gritaba y maltrataba y una vez hasta me aventó cuando le hablé; después de eso ya ni le decía nada para que no se fuera a contrariar más, total, luego se calmaba y lo intentábamos de nuevo. Y aun así, a pesar de lo malo m'ijo, fueron las mejores noches de mi vida. Una hora nos quedábamos uno encima del otro y luego mi prieto me llevaba hasta mi casa, me ayudaba a subir y yo me quedaba un rato en la ventana viendo cómo se perdía en la oscuridad.

Así se nos fue otro mes m'ijo, queriéndonos casi todos los días; un mes en que a mí ya no me salió nada de nada. El

día en que debí haber sangrado y no lo hice, dejé plantado al barrigón, también al otro día y el resto de esa semana. Como ya no nos mirábamos en las tardes m'ijo, tuve que mandarle recado a mi barrigón con la Hilda para que me esperara afuera de la escuela el siguiente lunes. Toda la mañana me la pasé pensando qué decirle, qué íbamos a hacer y si me iba a seguir queriendo después de saberlo. A la hora de la salida iba pálida y con las piernas temblando. El prieto ya me estaba esperando en la tercera banca del Paseo Colón.

No me dijo nada m'ijo, nomás se me quedó viendo. Un buen rato estuvo así, me miraba sin decir nada. Yo tampoco le dije nada m'ijo, se me borró todo lo que había pensado en la mañana. Así nos quedamos, nomás viéndonos las caras prietas, sin saber de la gente que pasaba, ni de los que saludaban, ni de los que no.

Y ora tú, qué chingados traes pues, que no me dices nada.

Nada.

No te hagas pendeja, dime ¿qué chingados traes? ¿Ya traes otro cabrón verdad?

No me digas así, Lao. No tengo a nadie, sólo a ti.

¡No me vayas a salir con una chingadera hija de la chingada, porque no te la vas a acabar!

¡Que no!, lo que pasa es que me quieren reprobar en una clase y pues me da miedo de qué va a pasar si se enteran mis papás. Por eso tampoco te bajé a ver.

Más te vale, porque donde me salgas con algo, no respondo.

No, Lao, te juro que no. Ven, ándale ya ¿perdóname sí?

Y lo besé para que se calmara pero también lo besé por mí, porque mi cabrón estaba celoso y si eso no era amor m'ijo, nada lo sería. No le dije nada más ese día, ni durante todo el otro mes. El panzón era medio pendejo y nunca se sospechó. Ya pensaría qué decirle cuando se me empezara a ver, esa noche nos fuimos a las cuevas de vuelta.

Doce

Los nanchis tienen un olor cuando están verdes y otro cuando ya se pueden comer. Las papayas se tienen que cortar con cuidado porque la goma te deja manchadas las manos y luego ya no se puede quitar. Los mangos rojos son los más dulces y están llenitos con agua *como esa vez que nos fuimos con el Tuchi al cerro y estaba bien recio el sol, ¿'edá?* Hey, me comí como diez esa vez pero ni así se me quitó la sed. (Nunca se le quita la sed. Siempre viene por más y por más). La Rosa, me gusta la Rosa *¿más que la niña?* No, no más, pero es que la Rosa se ve rebonita, con sus ojos larguitos y verdes y sus pestañotas. Hasta se ha de picar cuando cierra los ojos (claro que oíste eso, son pasos, el agua no chapotea así sola, alguien viene atrás de ti). Ya viste, no hay nadie, mira, nomás es el agua, ves, hasta sabe a agua (por aquí es por dónde se murió don Heladio, lo encontraron colgando de ese árbol de ahí). Pero me gusta más Azul Celeste, con sus ojos verdes; pero ella ni me voltea a mirar *pu's como quieres si estás bien gordo pu's sí pero y qué, ¿a poco el (ya han de pasar de las doce, ya empiezan las brujas a salir) Juan Ángel está muy flaco?* (las brujas no tienen pies, tienen pezuñas) y cómo con él si se va (y de las bocas les salen colmillos largos y podridos con pus y sangre escurriendo) ¡Me gusta la Rosa! (y cuando se ríen duermen a todos para que nadie las vea porque van a comer) estos plátanos ya se ven maduros (y los niños como tú no se duermen porque les gusta que estén despiertos y griten y lloren porque nadie los puede escuchar) ¡las brujas no existen! *mi amá dijo que sí* pero no existen nomás dice porque le gusta asustarme (y cuando ya no puedes seguir gritando pegan su boca a tu cuello y puedes olerlas y huele a carne

podrida y a charco estancado) ¡no existen las brujas! *sí existen* vamos a caminar al río de la luna te llevaré a un lugar que está allá junto al mar (y en la cara ya no tienen piel tienen agujeros verdes con pus y les salen gusanos y tú no puedes cerrar los ojos porque las brujas quieren que veas) no mejor pienso a la niña la niña está bien bonita ya quiero verla (y antes de que te chupen toda la sangre te agarran con sus pezuñas que tienen porque no tienen pies y te llevan volando a su cueva) ya mero llego ya no voy a pensar en cosas sólo en la niña nomás en la niña (porque en su cueva está lo peor te avientan a un hoyo con agua hirviendo y te cuecen vivo porque van a tragarte) la niña la niña la niña (y el agua te quema las manos y la cara y los huevos y tú no te puedes morir nada más) padre padre nuestro que estás en el cielo (y las brujas te obligan a verlas mientras te deshebran las manos y las piernas y están paradas con sus alas pegadas a su cuerpo y sus cabezas pelonas) venganosotros tu santificado nombre hágase en el cielo *no va así, dilo bien* (y sus garras en lugar de manos y pezuñas en vez de pies) padre nuestro que estás santificando *corre gordo, corre* (y más niños gritan y lloran porque nunca están solas siempre son más) *¡corre más fuerte gordo, vienen allá atrás, ya las oíste!*

¡Jajaja! Ven, niño. Ven.

En la madre, eso sí se escuchó (te dije que venían atrás de ti y te van a comer) por aquí adelante está la última curva y ya nada más me vo...

No se da cuenta de la falta de camino hasta que es muy tarde. No debí venir hoy, piensa al final, mientras su cuerpo cae desbarrancado hacia la negrura de la noche.

Ya había estado en este lado del aire antes m'ijo, en casa de la vieja. Estaban todos éstos, pero con otras caras y se llamaban de otra forma, pero eran estos mismos, yo lo sé. Aunque no los entendía como ahora los entiendo m'ijo, hablaban y hablaban y yo nomás oía puros murmullos, como cuando rezan en los novenarios.

No supe cuánto tiempo pasó desde que llegué a casa de la vieja hasta que me bajó la calentura porque de este lado del aire no se siente pasar el tiempo. Una nomás anda de aquí para allá y cuando saca la nariz de la tierra ya se huelen las flores y luego, cuando una se pone a cantar y despierta ya están las nieves de enero. Por eso es que a veces regresamos antes y a veces después m'ijo, pero siempre semos las mismas aunque no nos recordemos de nosotros allá, hasta que venimos otra vez de vuelta aquí, hasta que despertamos otra vez, o nos morimos otra vez, o nos matan otra vez, o nos escriben otra vez.

ALFEÑIQUES Y DIABLITOS

Vuelvo a la ciudad, a su centro, para encontrarlos; pero no están en ninguna parte. He buscado bajo el aire y sobre la tierra: sus nombres, sus apellidos, sus caras, sus huecos, sus anchos, sus piernas, sus párpados, sus cuentos, sus historias, sus lenguas, sus sueños, sus despertares a media noche para escribirlos y sus días de ignorarme para matarlos. Los busco en mis silencios, en mis horas más despiertas, en mis días más aciagos, en las lágrimas que caen cuando quiero deshacerme de mí. Todo me lleva hacia ustedes, que leen y que escriben, que cuentan, que llegan a un libro y se preguntan ¿por qué está éste escribiéndome así?, y es porque éste es el castigo que a mí me tocó, venir a cerrar sus historias si quiero nacer. Por eso me busco en ustedes con libro en las manos que van en camión, en ustedes del árbol sin sombra porque no lo han plantado, en ti que caminas y no quieres verme, en ti que caminas y pasas de largo; en ti que no piensas, que si no te describo es porque no puedo hacerlo y no porque no quiera. En ti que me ignoras, en ti que estás pensando que en verdad te hablo, a ti, que buscas un hilo en esta, su historia. A ti te hablo; a ti, que piensas que soy petulante por venir a narrarme a medio camino. A ti, que acertaste en que ya lo hizo Carlos. A ti, que no sabes que busco a mi madre. A ti, que no te encerraron en un frasco con formol. A ti, que no sentiste un machete en tu vientre. A ti, que no te cortaron los pies antes de nacer. A ti, que quieres cerrar el libro que traes en tus manos. A ti, que lo quieres terminar. A ti, que vives al otro lado del aire. A ti, que nunca me viste nacer. A ti, que sudas en el sol de un agosto, y en el frío de un agosto, y en las lluvias de agosto, y en el templado agosto, y en los aires de agosto y en todas las estaciones de un solo minuto de esta sagrada ciudad. A ti que te chuparon la

sangre de niño y ahora vienes a decir que por eso te empedas. A ti, que te bailaron la vieja de joven y te fuiste a putear con un hombre; y luego te hiciste pendejo y te buscaste mujer. A ti, que conoces el alma. ¡A ti, que te llamas Nimay! A ti, que te gusta la feria por las calaveras y los diablitos, y los dulces de coco, y los guayabates, y los limones con miel, y los jamoncillos con nueces y almendras con leche; y los dulces del cine, los canelones, el turrón con miel y limón, las galletas de hueso y los chocolates de hueso y el azúcar de hueso y todo de hueso, porque así es como vas a acabar; pero no en ataúd de azúcar pintada y nombre de betún, sino en ataúd de madera si corres con suerte y no te vas a la fosa común. Y el papel picado, arriba, con sus catrinas de un tal José Guadalupe Posada, ondeando de un portal a otro. Y los sombreros y los antifaces para parecernos más a la muerte porque: ¡quítate esa cara de pendejo que ay te voy! Y los músicos mal pagados en la González Arratia. Y los músicos que sí quieren comer en el zócalo de la bellísima ciudad de Toluca de Lerdo donde tuve a bien no nacer, como tú, que naciste en el seguro, o como tú, que naciste en privado, o como tú, que ni siquiera naciste aquí. Tú, que finges andar de poeta. Tú, que te tomas en serio esta historia. ¡Tú, que no tienes perdón! ¡Tú, que mataste a mi madre! ¡Tú, que te voy a encontrar! Tú, que naciste dos veces. Tú, que te moriste una vez. Tú, que aún no te has muerto porque no hemos llegado a esa parte. Tú, que volviste a este escrito que no sabes si vas a acabar. Tú, que volviste de nuevo y ¡mira qué sorpresa!, ya lo acabaste. Tú, la ciudad que se muere cuando llegan las seis. Tú, el pueblo quemado en que vino el venado a nacer. Tú, el recuerdo y el nombre. Tú, el callejón y el silencio. Tú, que balbuceas una historia porque ya no quieres seguir. Tú, que despertaste a mi madre, pero ya no la quieres escuchar. Tú, que finges que existo porque no hay nada mejor que

hacer. Tú, que escuchaste a mi madre llorar de dolor. Tú, que verás a mi padre matarla otra vez. Tú, que te vas porque ya te cansaste. Tú, que te quedas y sigues porque quieres terminar. ¡Tú que te importo un carajo!

Tú, ¿por qué no me dejaste nacer?

Trece

Lo que más me duele es no haber hecho nada por mi amá; ni cuando llegamos, ni cuando trabajé, ni cuando la mató el cabrón de mi apá.

Nomás me bastó llegar briago a casa una vez para agarrarle el gusto. Cada ocho días me empedaba en la sota; ahí me acababa la raya entre cervezas, putas y cigarros delicados. Mi amá ya se sabía la cantaleta: le pedía perdón, le dejaba el poco dinero que me sobraba y le prometía que ya no iba a volver a hacerlo. En corto me valía madres y al otro sábado ya andaba de puerco otra vez. Con mi apá nunca me encontré, su día de llegada era los domingos por la tarde en el mismo estado que yo, nomás llegaba a pendejear a mi amá, a coger y a dormir. A veces nos veíamos entre semana pero yo siempre andaba sobrio y no teníamos problemas.

Nunca le agarré odio al viejo. Fue la pinche ciudá la que lo volvió loco, como me volvió loco a mí. Se le miraba a diario en la cara que no estaba a gusto. En Mecatán siempre andaba sonriente y en Toluca siempre andaba encabronado, por cualquier cosa se le disparaba la loquera: que si las niñas no boleaban bien sus zapatos, que si la camisa tenía arrugas, que si mi amá se había echado un pedo, que si la vecindá olía a orines. Cualquier chingadera bastaba y ya estaba sobre ella acatarrándola a cintarazos. A las niñas casi nunca les pegaba, para ellas tenía otros castigos que nos dolían más que los golpes. Conmigo se hacía el que no me veía, pero siempre terminaba gritando: ¡a ver quién es el jijo de la chingada que se atreve a meterse, nomás quiero que se meta algún cabrón para quitarle lo maricón a punta de vergazos! Y me volteaba a ver; pero yo, como siempre, nunca le jugué al contreras.

Los berridos que pegaba mi amá se debieron haber escuchado dentro de cada cuarto de la chingada vecindá; nosotros escuchábamos a los demás, ¿por qué entonces a nosotros no nos oían llorar? Nadie nunca se asomó siquiera a ver qué carajos nos pasaba. Nos dejaron chingarnos solitos, pero es que la verdá quién se hubiera animado a hacerle algo al hijo de su chingada madre de mi apá.

Por dos años agarramos ritmo, cada ocho días, yo llegaba briago y mi amá tenía que ayudarme a no ahogarme; los domingos a mi apá. En la noche los pujidos que las niñas y yo tratábamos de no escuchar y entre semana una o dos madrizas nada más. Y así hubiera seguido nuestro ritmo siempre, si no fuera por la chingada ciudá que lo echó todo a perder.

VI

Cuando se llega hasta aquí, así como tú llegaste, es por algo. ¡El cerro nos habla niña! La tierra, las sombras, los plátanos, los nanchis, las choras, las garzas y las avispas. El agua que nace debajo de los árboles. Los murmullos que oyes cuando todo está callado. La hojarasca que se quiebra con las patas. Los zopilotes que nos vienen a comer. La sangre que sale de los troncos. El sudor de las raíces. Las arañas y las moscas, los gusanos, la yesca, las tuzas, los aguacates, las pajarillas, las lombrices, la amapola y los hongos; todo aquí tiene su voz y nos habla niña.

Ellos hablan de otros tiempos y otros lugares que no podemos ver con nuestros ojos de siempre; de otras hombres y otros mujeres y de unos animales que sólo en sueños conocemos. Aunque en el sueño nomás sean siluetas, niña, y lo que hablen no lo entendamos.

Allá, en sus casas, donde ni los muertos llegan, guardan los secretos de todo esto niña; de la tierra y de los hombres y los animales y los cerros y los ríos y las semillas y la vida misma. Pero nunca lo podremos ver con estos cuerpos y estas sangres niña. Nunca vamos a verlos, a esos que viven de la tierra y de la lluvia; esos que nos hacen nacer algunas veces y nos vienen a matar algunas otras; esos que nos echan a este mundo a sufrir y a llorar; esos que están pero no están, que respiran, pero no tienen pulmones, que escuchan, pero no tienen orejas y que sienten, pero no tienen sus cuerpos: los que están más allá de los muertos.

¡Porque los muertos van para otro lado niña!; a esos los podemos ver a cada rato: atrás de las paredes, en las carreteras, en los panteones, en las ferias de los alfeñiques. A los muertos a cada rato los vemos, pero a los otros ¡nunca!; nomás en los sueños de algunos y en las sangres de otros. ¡Hay que buscarlos niña!, porque aún no sabemos si somos dignos de ellos o nos vamos a morir nada más. Por eso hay que matarlos niña, para saber desde esta vida esas cosas; porque quién sabe niña, a lo mejor luego de muertas ni vamos a llegar allá. Mejor asegurar niña. Asegurar.

Hay muchas maneras de encontrarlos niña. Todas tenemos diferentes: unas los hallan a través de los animales cada fin de mes; aunque ya casi no hay de esos porque las nuevas gentes de sus tierras ya no saben de nahuales niña, ni quieren saberlo. Otras lo hayan en las plantas sagradas, entre el híkuri y la yesca; pero la tierra se está acabando niña y ya no hay muchas que sirvan. Y luego están los otros que son como yo, que te voy a enseñar la mejor forma de buscarlos niña, la de la sangre.

La sangre cuenta historias, trae el tiempo de todas las gentes que han nacido, una por una hacia atrás hasta llegar a uno de ellos. Pero la sangre se contamina niña: cuando una crece y se hace viejo y se le caen los huevos al suelo ya no sirve; ni cuando uno ya busca un hombre que la case, porque ya viene mezclada la sangre con tierra y el semen con raíces y está echada a perder. Por eso hay que buscarlos más chiquitos niña, cuando aún no saben nada de estos mundos; cuando no han probado otras cosas que no sea la leche que sale de la madre; cuando tienen su sangre fresquecita y sabe como a miel. A esos te los voy a enseñar a preparar niña, porque tú no llegaste aquí por casualidad. ¡Ellos te mandaron!; ¡los que viven al otro lado del aire!; ¡dicen que los vayas a buscar!

¡Ten, come! ¡Ven!

4

Al tercer mes ya estaba bien segura de que iba a tener a mi bebé. Podía verlo parecido a su papá, morenito y con uno de sus ojos más chiquito que el otro; sentía sus manitas cuando me agarraba la cara y su espaldita cuando lo cargaba para que dejara de chillar. Estaba segura que iba a ser niño m'ijo, como su papá. Algo me lo decía, que iba a crecer grandote como mi prieto y que también iba a enamorar a las muchachas nomás con verlas.

Yo no me animaba a decírselo al panzón m'ijo. Tenía miedo de que me dejara, y no por quedarme solita con mi bebé, sino por quedarme sin él; sin sus manos callosas que me agarraban mis nalgas y sus piernas peludas que apretaban las mías cuando estaba encima de mí.

Es chistoso m'ijo, esto de los cuerpos, cuando a una le hacen el amor. ¿Cómo puede una persona estar sobre, dentro y fuera de otra al mismo tiempo? Muchas veces les he preguntado a éstos pero como siempre andan con sus caras de pendejos no me saben contestar. Pero no creas m'ijo, que yo nomás quería al prieto para la cogedera, de verdad lo amé. Por eso no quería decirle de nuestro bebé, porque no sabía si podría vivir toda la vida sin el jorobado que me enamoró.

Fue por el día de la virgen cuando me enteré que el Etanislao ya tenía más hijos y que los había dejado en Puebla m'ijo; me lo dijo la Hilda, mi prima. Yo le había contado de mi bebé porque tenía que decírselo a alguien; porque si no sacaba el sentimiento se me iba a quedar atorado en el pescuezo y eso era peligroso para mi niño. Imagínate que por culpa de su mamá, que no sabía quedarse callada, se muriera. Ni Dios lo hubiera querido. Por eso se lo conté a la Hilda que era la que más confianza me daba.

Nos vimos en la Alameda m'ijo, enfrente de los patos. Ora dicen éstos que ya ni hay patos, pero cuando yo era chamaca hasta un cisne tenían. Me gustaba ir de vez en cuando a darles de comer pedacitos de pan y verlos caminar; me quedaba un ratote viéndolos ir y venir.

Fui yo misma hasta mis quince años, antes de conocer al Etanislao, porque ya después nomás fui de él. Si salía era para verlo y cuando supe que estaba embarazada, si no era día de ver al prieto, me dedicaba a pensar qué ropa le iba a poner a su hijo, qué carrito íbamos a comprarle y cómo lo íbamos a llamar. Por eso le dije a la Hilda que nos viéramos ese día en la Alameda m'ijo, porque la verdad es que a veces me daba miedo de que yo ya no fuera nunca mía; que fuera ya nomás del Etanislao y del bebé; que ya nomás viviera para ellos y que ya no hiciera nada de lo que me hacía ser esta mujer que ves. Por eso la cité ahí, en el único lugar en que Gabriela Salvador era Gabriela Salvador y no Águeda Nodal.

Y WITA V

Te canto tu canción de cuna bebé chiquito que no llegó a nacer. Te beso tu nariz y me haces gestos, como si chuparas un limón, pero también te ríes y yo me río contigo porque sé que no lo haces de mala gana. *Amor chiquito, acabado de nacer, eres mi encanto, eres todo mi querer.* Te ríes, bebé chiquito, y tu risa llena la estancia. Tu carita brilla cuando sonríes pero también cuando lloras, aunque cuando lo haces se me parte el corazón. Te sobo tu pancita para que te calmes mientras te canto *este niño lindo, que nació de noche, quiere que lo lleven a pasear en coche.* Agarro tus piecitos y cuento: un dedito se fue a la playa, este dedito se fue pa' Ixtlán; el otro dedito se fue al mercado y éste de acá llegó a bailar; tú me miras con tus ojitos que no se pueden abrir mucho, como si me entendieras y dejás de chillar. Te abrazo entonces bebé chiquito, pero con cuidado, porque me da miedo que te me vayas a romper.

Te extraño mi niño. Todos los tiempos pienso en ti. ¿Cómo hubieras sido de grande?, ¿cuántos años ya tendrías? Si me hubieras llamado mami, o mamita, o amá, o cualquier otro nombre, estoy segura que me hubiera puesto a chillar. Hubiera chillado pero para adentro mi niño, como lloramos las mujeres; y a ti te hubiera comido a puros besos.

Me faltas mi niño. Me faltan tus risas para ser feliz; tus ojos chiquitos que quisieran verlo todo; tus manitas para agarrarte y enseñarte a caminar. Me faltas aquí adentro, donde dicen éstos que debe ir el corazón. Ya sé que no voy a volver a verte mi niño, ni aunque vuelva a nacer, porque yo estoy del otro lado del aire y tú estás allá, donde dijo la vieja que los muertos llegan a dormir; pero te extraño mucho, y el dolor quema como una lumbre en el mero centro de este animal mezclado que soy.

Aunque nunca pude conocerte te llevé en mi panza y con eso tengo. Porque te sentí adentro mi niño, jugando con mis tripas en tu casita que te pude dar. Te miré en mis sueños cuando dormía; me abrazabas y me preguntabas ¿mamita a qué hora vas a despertar?, pero yo no lo hacía para poder estar contigo un ratito más.

Mírame ahora mi niño, aquí, abajo, encerrada, sin ti. ¿Dime cómo le hago ahora para verte, bebé chiquito, si de este lado del aire ya no se puede dormir?

Te dije m'ijo que una aquí abajo se confunde, porque todos hablan y hablan de todas las cosas que yo nunca quise aprender. Por eso una te cuenta historias con otras voces y piensas que uno está loca, o que no sabe contar; pero es que aquí todos estamos locos m'ijo. Aquí andamos tratando de acordarnos de qué es lo que te estaba diciendo y en dónde me quedé; pero a veces me acuerdo de otras cosas y te las tengo que decir antes de que nos olviden. Aunque a veces te cuento de otros, porque una ya está vieja y no se acuerda si lo que dijo lo dijo porque es de una o lo dijo porque lo escuchó, pero yo sé que tú sí me entiendes m'ijo, porque tú me viniste a despertar. Tú quisistes escucharme m'ijo, vinistes a conocer esas cosas que nomás unos cuántos pueden saber; porque probaste la sangre como lo hizo la vieja y como lo hice yo; porque me mataste dos veces y ahora quieres pedirme perdón; porque te crees don chingón con tus viejas y con tu hijo pero en la obra nomás sabes agachar la cabeza y besarle los huevos al patrón. Porque violaste a mi madre dormida; y violaste a mi hermana la grande; y violaste a mi hermana la chica; y a mí no me violaste porque decías que tú no eras maricón. Porque mataste a mi madre y yo no hice nada porque yo sí lo soy. Porque me salvaste la vida en el río y después quisiste mi sangre para volver a vivir. Porque tu madre te vio

con su macho y te rompió la cabeza y los pies. Porque te enamoraste de un hombre y de un niño y de un hijo y de ti nadie se enamoró. Porque tú: que te me entregaste confiada; y yo: que te embaracé porque sólo quería coger. Porque: ¡ese hijo no es mío!; y ¡si nomás contigo he estado!; y ¡a mí me vale verga lo vas a abortar! Porque tú probaste la sangre sin saber lo que era y por eso no estás aquí. Porque debiste ser la guardiana del otro lado del aire pero no te importó y fuiste por niños para tragar. Porque tú me quitaste a mi hijo y lo echaste en un frasco que un día se rompió. Porque tú lo barriste en silencio y cuando pasó la basura lo echaste al camión. Porque tú has venido a buscarlos y a preguntarle a medio pueblo de Mecatán. Porque tú, que no entiendes que cuento las cosas que han sido y las que tal vez van a ser; porque tú, que estás escribiendo y que también vas leyendo, no sabes llorar; porque tú, que lo estamos contando, que lo vamos diciendo, no sabemos amar. Porque tu hacía como te lo digo lo pones y como lo beo lo corrijes y cuando me preguntas te digo otras cosas y despues otros cuentos y tu hacía lo escribes porque quen va leer esto si ya estoy muy bieja y tu muy muchacho y yo nomas ablo pendejadas y te pregunto por mijo y tu nomas escribes a lo pendejo y le preguntas al otro y yo ya no quero contarte porque tu no traís alma y me estás traisonando porque tu lo conoses al otro al de las dos muertes y no me lo as dicho porqué ¡Es traición a la Patria, señor don Hidalgo y mujer!, ¡quémelo en la hoguera con Torquemada!; y, ¡come on here everybody, we are going to kill this guy!; y, la vida es un riesgo carnal ¡caiga puto!; y, ¡enchanté to meet you, nice to very well de verlo!; y, ¡cuando quieras nos rifamos un tiro, no me le abro a nadie!; y, el amor es el silencio más fino, el más tembloroso, el más insoportable; y, ¡ayayay amparo, que profundidá!; y, ¡chia', sin yolanda maricarmen!; y, kemej

nochi masewalmej yayoksa, nochi tlajtoli yayoksa noijki; y, ¡a mí háblame en español que no te entiendo!, y, ¡es usted tan pendejo que más sabe inglés que su lengua!, y, ¡esa no es mi lengua señor don Raíces Prehispánicas porque yo vengo de Nayarit y mis padres son españoles!; y, ¡México para los mexicanos!, volvió a perder la pinche selección; y, ¡ay nos vemos zopilota, por las nubes andas tú, aún no llegas ni a gaviota y te crees la currucucú!; y, la gaviota que vuela sobre una casa blanca cubierta de pinos; y, ¡entonces el pueblo es pendejo por elegir a un presidente pendejo y ora resulta que nadie votó por él!; y, ¡traíganle esa pinche pata a Su Alteza Serenísima para que los gobierne otra vez!; y, ¿por qué los dejamos ahí?, ¡que venga Ehécatl a arreglar su desmadre!; y, ¡ay mamá no voy a la escuela!, ¡ay mamá me duele la muela!; y, fíjate nomás que panzona anda ahora, y, ¡hago que no oigo!, y, ¡hazte güey!; y, ¡ya cállense todos! que no dejan oír, y ¡ya cállense todos que no dejan hablar!

Y aquí todos, revueltos entre la miseria y el olvido, con tu rostro metido en mi pecho; y tu mano clavada en mi espalda; y tu cola prensada en mis brazos; y tu lengua que sale del suelo para besar el húmedo vientre del aire; y tu retículo izquierdo repleto de flores que no nacen aquí; y tu cuerpo anillado aireando la tierra para que pueda el mar reposar; y tus garras y pies de tlacuache que lleva a sus hijos cargando para enseñarlos a respirar; y allá, arriba, los otros cayendo en las nubes para venirme a comer; y al otro lado del aire, la lluvia que baja del cielo para que puedas vivir; y aquí, de este lado del aire, nos toca estar aplastados. Y qué le vamos a hacer, si aquí nos tocó morir.

Y yo, que te di boca para que lo contaras, pero me despreciaste por escucharlo a él; y tú, que tienes que leerme completa, desde la primera vez; y yo, que quiero contarle porque

no hablaste de mí en tu región transparente. Y tú, que sígueme m'ijo, que ya mero voy a acabar.

Catorce

Fue la ansiedad, más que el miedo, lo que lo hizo perder el camino. Se metió entre los árboles sin importarle nada más que salir de ahí. No supo qué tan lejos se desvió hasta que se encontró de frente con un arroyo desconocido. Dejó de correr en el momento en que escuchó el ruido del agua pero ya no pudo detener su avance, la corriente que bajaba del cerro lo arrastró.

Trata de agarrarse a la orilla pero la velocidad a la que está siendo arrastrado se lo impide. La corriente se lo lleva todo: piedras, troncos, cadáveres, él. Intenta gritar con desesperación pero lo único que logra es tragar más agua; la oscuridad es total y el ruido ensordecedor de la creciente parece cubrirlo todo. Lucha por mantener la cabeza el mayor tiempo posible fuera del agua mientras su cuerpo lastimado golpea contra todo; sabe que va a morir. Su última mirada es para el tronco que se acerca sin detenerse (mañana van a encontrar mi cabeza aquí y ya nunca la voy a ver); chocan con un sonido seco que se pierde en la inmensidad de la noche, gira sobre su propio eje y termina hundiéndose en el agua hasta perder el conocimiento.

Despierta al sentir un par de manos golpeándolo con fuerza, escupe toda el agua que tragó y abre los ojos de más sin dar crédito a lo que ve. Frente a él está la niña, con su vestido blanco mugroso y su cuerpo enjuto arrodillado.

¿Qué me pasó?

Te arrastró la corriente, pendejo.

¿Me morí?

¡Que te vas a estar muriendo. Yo te saqué!

¿Deveras?! ¡Gracias!

¿Qué andabas haciendo acá si vives en Mecatán?

Pu's. Es que vine a verte, pa'...

¿Para que te agarre la chingadera otra vez? Eres cabrón niño, ¡jajaja!

¡No!, bueno sí, pero no. Sí quiero pero también quiero verte a ti.

Ándale pues, vente, vamos para que te seques.

¿Vives por aquí?

Allá, en aquella casa.

VII

La sangre trae la vida pero también la quita; y no esta vida donde nuestros cuerpos se acaban, no; la otra, niña, la de los muertos. Porque cuando una prueba la sangre entonces ya no puede irse con ellos. Le toca a una llegar al otro lugar, donde habitan los otros, los que saben de historias y de sueños y tiempo y de cómo fue que llegamos aquí. Allá estamos con esos, los que no tienen cuerpos, ni nombres, ni bocas. Los que no tienen muertes pero sí nacimientos, porque no son de este mundo, nomás nos vienen a visitar. Allá me voy a llegar yo cuando me toque la hora niña, a aprender los secretos del cerro y de los gigantes dormidos que ya no van a despertar, porque ya me cansé de guardarles sus puertas y estar aquí nomás desde siempre con la cara en la tierra escuchándolos cantar. Por eso trago la sangre niña, para apurarlos a irme con ellos, al otro lado del aire, abajo del mar.

Y wita, niña: donde vive la oscuridad.

Quince

Pero mi apá no tuvo nada que ver: yo fui quien la mató. Yo maté a mi amá y la culpa la tuvo la pinche ciudad. Mi madrecita se fue un viernes y todo porque al pendejo del presidente se le ocurrió hacer una feria para celebrar a los muertos. La empezó un día sábado; por ser una fecha importante, no quería que nadie de los que trabajábamos en gobierno fuéramos a jalar. Para ese entonces yo había agarrado trabajo pintando unas oficinas en el palacio municipal y por ser la chingada feria nos dieron libre el día sábado y nos adelantaron la raya.

Nunca entendí porque Toluca celebra la muerte. En Mecatán también se le reza los días uno y dos a los muertos, se les pone su pan y su fruta y hasta ahí; pero allá no es así. Yo ya no regresé luego de la chamaca, pero me han contado que ahora ya hacen la dichosa feria más grande. Que en la Plaza de los Mártires hay bandas y festivales y que la fiesta dura dos semanas. Creo que ya se les pegó la loquera de su pinche ciudad. A mí ni siquiera me gustaba ir al panteón a dejarle flores a mi abuela y aquéllos hasta calaveras gigantes mandaron a hacer. Que hasta museo del alfeñique ya tienen. Calaveras y alebrijes, tlacuache, con cuerpo de un animal y patas y colas y cabeza de otros diferentes. Puro pinche loco como el cabrón de mi apá.

El día viernes que nos dieron la raya me fui de borracho y ni me acordé de él hasta que llegué a la casa. Lo encontré cenando y traté de hacerme pendejo para que no viera que andaba briago. Le di las buenas noches de lejecitos y ya me iba a tirar a dormir cuando me preguntó mi amá si quería un taco. Pa' mi mala suerte había hecho moronga y cuando abrió la cazuela, el olor a sangre quemada llenó el cuarto. Ahí valió

madre todo, no aguanté las ganas de vomitar y eché las tripas en la tierra; mi apá se dejó ir derechito contra mi amá al verme, gritándole que cómo permitía que su hijo anduviera en ese pinche estado, que ya no había respeto en su casa, que me juntara mis garras y me sacara a la chingada de ahí; mi madre-cita nomás me miraba triste y no decía nada, ni se movía, ni nada. A mí me volvió el váguido otra vez, pero al agacharme me destantié y fui a dar al suelo. Tirado en el piso, como el perro que decía mi apá que era, sentí el primer chingadazo; me lo dio justo en la cabeza con sus botas del trabajo. El segundo me lo atinó en los meros huevos, que para que no me anduviera sintiendo con muchos; de ahí se soltó a patearme por todos lados y yo pensé de verdá que ya no me iba a levantar.

Chingo de veces me he preguntado por qué mi amá se metió a defenderme aquel día, si ni cuando mi apá se encerraba con la Engracia en el baño, hablaba. No lo dejó que me siguiera pegando; a lo mejor resulta que morir es más feo que ser violado, no lo sé.

Nomás estaba esperando que me diera un mal golpe pa' quedarme ahí y ya no despertar, cuando mi amá se le puso enfrente. La agarró de los pelos y le dijo que entonces ella se las iba a pagar. La tiró de un chingadazo en la cara y cayó de frente al piso a un lado de mí. Mi apá agarró la plancha del burro y se aventó encima de ella. Mi amá me miró a los ojos y me sonrió, antes de que mi apá le empezara a pegar. Cada planchazo que le caía en la nuca a mi amá, yo lo sentía también adentro de mí, pero también sentía como si fuera yo el que se los daba. Algo traía mi apá adentro que yo también traía; sabía que no le pegaba nomás a mi amá, que también le estaba pegando a las otras cosas: al no tener dinero y no tener un buen trabajo; al pueblo que habíamos dejado y sobre todo a la pinche ciudad que nos había chingado tanto. Yo sentía el

dolor de mi apá por pegarle a mi amá, y el de mi amá, porque su viejo al que tanto quería, la estaba matando.

Yo nunca le jugué al contreras con mi apá, ni cuando nos sacó de Mecatán, ni cuando se metió con mis hermanas, ni cuando me dejó en el olvido y menos cuando mató a mi mamá. Se levantó del piso, escupió sobre el cuerpo tieso de mi madre, agarró su chamarra y se salió a la calle chiflando *¡ay indita que vendes tus flores, no le vendas a nadie tu amor!*, como si no hubiera hecho nada; como si en el piso del cuarto más barato de una vecindá en medio del cerro, en la ciudad más jodida del país, no estuviera el cuerpo muerto de su mujer; con sus ojitos cafés y su boquita pequeña cerrados pa' siempre; con su cara aplastada en la tierra; con sus orejas colgando, arrancadas de su cabecita, como me la arrancaron a mí de mi vida; asesinada por el pinche viejo que se suponía tenía que cuidarnos.

Y ahí nos quedamos los tres, viendo el cuerpecito de mi madre que ya no respiraba; que ya no iba a levantarse nunca más; que ya no iba nunca a decirnos cuánto nos quería; que ya no nos iba a abrazar, ni a cuidar, ni hacer reír cuando nos sintiéramos mal; que ya no iba a estar esperándonos en la casa cuando llegáramos de trabajar.

¿Pero qué casa, amá, si tú ya no nos vas a recibir? ¿Qué casa si ya no nos vas a cuidar? ¿A quién le voy a dar su beso antes de irme? ¿Quién les va a decir a las niñas que se aguanten, que así nos tocó vivir? Ya no estás amá y te extrañamos desde ahorita y hasta que nos muramos. Ya no estás aquí amá, te me fuiste y no nos llevastes contigo. ¡Tú que decías que ibas a estar siempre! ¡Nos mentistes amá! ¡Te fuiste! ¡¿Y ora qué hacemos sin ti, amá?! ¡¿Qué hago yo amá?! ¡¿Qué hago yo?! ¡

Y mi madre, tirada en un pinche suelo de tierra, mugriento, hediondo, vomitado, ya nunca se levantó. Y la culpa la tuve yo por llegar briago, pero qué querían que hiciera si la

pinche raya nos las adelantaron para que la ciudad tuviera su puta fiesta. ¡¿Qué iba hacer yo, si pa' lo único pa' lo que que soy bueno es pa' tomar?! ¡

El viejo salió de la casa y ya nunca nos volvimos a ver.

VIII

Me enseñó muchas cosas; cosas que yo no quería aprender; cosas que nadie debería saber y mucho menos hacer. Aquí está el cura m'ijo, que nos habla del alma y del dios que es carpintero y de un tal señor jesus cristos del que a lo mejor una vez escuché. El cura también nos habla del diablo m'ijo, con sus cuernos largos y sus patas de chiva (pero aquí todos tenemos los patas así m'ijo, para una eso es normal).

A mí me tocó ver cosas en verdad malas m'ijo; cosas que ni el cura, ni su dios, ni su diablo podrían imaginar. La vieja me decía que era para llegar de este lado m'ijo, para conocernos mejor; pero fíjate m'ijo que aquí nunca hacemos nada de las cosas que la vieja decía. Y ella lo sabe y no dice nada, nomás se anda con su cara de pendeja igual a la de una. La vieja no sabe nada, ni lo supo allá, atrás de ti; y es que a lo mejor es como dice el señor Nimay que es: que este nomás es un lado del aire, pero que hay más. Dice que la vieja quería irse a otro lugar y no a éste, porque este es el castigo de los que nos negamos a ser; y la verdad, a pesar de todo, qué bueno que llegó aquí m'ijo, con nosotros, porque le pudo ir peor. Pudo haber llegado a ese lugar del que habla el señor flaco callado, al que él mero llegó porque le dijeron que allá vivía su padre. Que se lo dijo su madre y él le prometió que iría a verlo. Pero de eso yo no sé nada m'ijo, porque ya hace mucho que se desmoronó como si fuera un montón de piedras.

Dieciséis

¡Engracia, chingada madre, en dónde dejaste al niño!

Pos no se apá, yo no lo estaba cuidando.

¡Pero cómo no cabrona, si se quedó contigo, ¿dónde chingados está?!

Pos no se apá, yo ya no lo vi luego de que se vinieron ustedes, pensé que se lo habían traído pa'ca.

¡Jijo de la chingada!, pero nomás deja que lo encuentre al cabrón, no se las va a acabar. ¡Ora tú, párate pendeja, vamos irlo a buscar!

¿Y a dónde viejo si la niña dice que no estaba en el toril?

Pos ahí por el camino. El cabrón se ha de haber puesto verraco con la bola de ojetes que luego trai.

¿Cómo crees viejo? Si están chamacos. Se ha de haber quedado con una noviecilla por ahí.

Nomás eso faltaba, que el cabrón me salga con una chingadera de que al rato ya empanzonó una vieja. ¡Párate ya carajo! Vamos a traerlo; ¡y tú jija de la chingada!, nomás que encuentre a ese pendejo, ¡me las vas a pagar también! De seguro andabas de güila y por eso no lo cuidaste.

¡Ay apá, cómo cree, si andaba con mis amigas!

Deja que encuentre a tu hermano y nos arreglamos, cabrona. Ay te dejamos a la niña, no te le vayas a despegar.

No apá.

¡Órale pinche vieja!, ámonos ya.

IX

Pero no, de esas cosas no voy a contarte m'ijo, porque no más de acordarme hasta se me arrejuntan las tripas y me suda el cascabel.

No sé cómo aguanté tantos días viéndola hacer lo que hacía; y cómo lo hice yo también, ¿pero qué podía hacer si tenía hambre m'ijo? Yo no me quería morir, no hasta ver a mi mamá y pedirle perdón por lo que había hecho. Y tenía fe que me perdonaría, que me agarría entre sus brazos y me sobaría mi carita; que me iba a poner mi ojo otra vez aunque fuera de trapo, como muñequita. Por eso no me quería morir todavía y tuve que comer de lo que la vieja me dio.

Una ya no se puede controlar después de eso. Por eso a veces doy gracias a lo que sea que nos hizo, que mi bebé no nació.

¿Te imaginas m'ijo?,

¿y si también me lo comía a él?

Diecisiete

Tú, Cabezón, vas a agarrarte pa'l cerro, como si fueras al Infierno y peinas todo ese lado. Te vas con el Panda y con el Guachito.

Ánimo.

Tú Chuya, con el Chago y con el Güero se van por la brecha que baja al mamey.

Simón.

¡Lobo!

¿Quiubo?

Te vas con el Yin y con el Gordo por las huertas del brujo.

'Am pues.

La Cundina y el Chato que se jalen conmigo, nos vamos a ir por el paso zacate, a ver si de chingadera está allá.

¿Y yo compa?

Usté conmigo también pero ya estése sosiego, vamos a encontrar a su chamaco. Acuérdense del chiquillo del Curro, al que encontraron en las cuevas del mamey. Duró una semana allá arriba y su chamaco apenas lleva tres días compa, va a aparecer.

P'os es que el día del jaripeo nadie lo vio compa, lo buscamos toda la chingada noche; y ora ya van tres días y no aparece mi muchacho.

Pu's es que apenas se bajaron las aguas compadre. Ya vio el tormentón que cayó. Su chamaco es abusado compa, ha de andar guardado por ahí. Va a ver cómo hoy lo vamos a hallar. Ándele, véngase conmigo, pero ya cálmese pues.

¡Así niña, así! Acábatela toda orita que está fresca. Ora ya, a ver, hazte a un lado que lo voy a machetear. Ten, los brazos primero; sí niña, así, la carne está suavcita. No niña, con todo y hueso; mira, se quiebran, son como los pollos. ¡Ándale así!, ora a ver, ten, las piernas traen tuétano, ese se chupa. ¡Ni se te ocurra vomitar niña, porque te quedas otro mes sin comer! ¡¿No quieres ver a tu mamá pues?! ¿O te quieres morir de hambre? ¡Pues órale entonces! No, tiene que ser así, crudo y fresco. Quién sabe niña, de alguien. Me da igual niña, éstos no cuentan; éstos no saben del cerro, ni de las sombras, ni de las gentes del otro lado niña; además tienen muchos, qué les va a importar uno menos o uno más. Ándale así, ora fíjate, vamos a quitarle los sesos porque esos se tienen que preparar diferente. No niña, esto nomás es para que te acostumbres al sabor, te falta mucho para aprenderlos a preparar. Con nuestra leche y nuestra sangre, la que llega en la luna; también jugo de hombre, ruda, amargo y vino dulce y más cosas que también te voy a enseñar. ¡Ándale ya, apúrate! Ya nomás faltan los ojos, acábatelos en lo que echo la ropa a quemar.

Dieciocho

¿Ésta es tu casa?

Sí, por qué ¿no te gusta?

No, huele a rancio.

Te chingas.

Y a orines, y a patas.

Pues te aguantas si quieres que te agarre la chingadera otra vez.

‘Tá bien, pues.

Todos son iguales de cabrones, el pájaro los mueve.

¿Quiénes todos? Tienes más novios o qué.

Tenía uno niño, pero ya no está.

Ah. ¿Y este bule qué trae?

Cosas.

¿Qué cosas?

Cosas que no te importan. ¡Acuéstate ahí!

¿Ahí te duermes?

¡Tú acuéstate cabrón!

Pero es que está bien sucio.

¿Vas a querer o no pues? ¡Ándale acuéstate y cierra los ojos!

¿Y pa’ qué quieres que los cierre?

¿Vas a querer que te agarre la chingadera o no?

Sí.

¡Pues órale entonces!, acuéstate y ya deja de andar preguntando como pendejo. ¡Cierra los ojos! No los vayas a abrir.

No, no los abro.

¡Am pues! Vas a ver qué delicioso domingo vamos a pasar.

A mí no me importaban los cerros, ni las sombras, ni los tla-cuaches, ni las pajarillas, ni las lombrices, ni nada de lo que decía la vieja. Yo sólo quería ver a mi mamá otra vez, pero para hacerlo tuve que aprender todas sus mañas. La vieja sabía convertirse m'ijo, como dicen que lo hacen las brujas; aunque la gente habla a lo puro pendejo. Allá no había sombreros picudos, ni gallinas negras; nadie volaba en su escoba, ni se quitaba las patas para ponerse unas de animal. La vieja nomás se hacía joven m'ijo, unos días se me aparecía como una muchacha y otros días como una señora, pero cuando más miedo me daba era en las veces en que se hacía niña, porque no se le veía en ningún lado la maldad. Decía que era mejor ser pequeña porque te podías acercar a la gente y agarrar a los niños sin que nadie chistara, porque todos confían en los niños m'ijo; dicen que los niños no saben del mal. Sólo tenía que llegar con las marías y pedirles cargar a sus hijos; luego, cuando agarraban confianza y se los encargaban para ir a hacer sus cosas, la vieja se los traía para acá. Así de fácil era m'ijo. Así de fácil.

Diecinueve

Se llevó a mi madre y con ella se fue todo lo bueno. Me empezó a valer verga la vida, me ponía briago a diario, llegaba crudo a la chamba y en la tarde, al poco de salir, ya estaba pedo otra vez. No me preocupaba ni por las niñas, ni por el cuarto y ni siquiera por cambiarme la ropa. Donde me agarraba la noche me quedaba a dormir. Así se me fue la vida por tres largos años. Así se me fue la vida junto con mi amá.

Me corrieron de la chamba porque el patrón ya no aguantaba mi olor; de ahí fue que me tiré al mero vicio. De principio traté de agarrar otras chambas pero nadie me quiso dar queso por mis fachas. Me puse a juntar botes y latas en las calles; con lo que salía me compraba mi cuartito de alcohol, me iba al parque del Calvario y ahí me quedaba en una de las cuevas hasta que se me acababa el pisto y tenía que volver a salir a rejuntar. Un día conocí a un vale que también andaba en la briaga como yo. Ese cabrón me enseñó que uno ganaba más dinero pidiendo limosna que juntando botes; ahí fue cuando me enseñé a mañoso y a huevón. Cada tercer día me iba al centro a los portales a estirar la mano pa' ver quién era el pendejo que caía. Me iba a toda madre, en veces hasta trescientos pesos me juntaba. Regresaba pa' la cueva con tres botellas de mezcal y un kilo de galletas, nomás pa' no morirme de hambre, y me quedaba adentro hasta que el alcohol se dejaba de sentir.

Cuatro años más duré en el cerro. Borracho, mugroso y briago; tirado en el suelo de una cueva echándome a perder. Cuatro años más que me la pasé llorando por mi amá. Pero yo no tomaba por ella, porque respetaba su recuerdo; yo tomaba por los sueños, porque los chingados se me volvieron a venir desde la primera noche que no pasé junto a mi amá.

5

¡No seas pendeja, cómo te fuiste a meter con ese cabrón! y luego sin nada, ¿por qué no me pediste? El Óscar tiene un bote lleno de esas madres.

Yo qué voy a saber de eso, en la escuela no lo enseñan.

¡A huevo que se los enseñan! pero de seguro tú nomás te la pasabas toda ida pensando en ese hijo de la chingada.

Ya, no me regañes, mejor ayúdame a pensar cómo le voy a hacer.

¡Ay cabrona, pues es que te metiste en un pedote! y luego ese güey aprovechado. ¡Ya está huevudo, ya sabe de la vida!; no creas que es la primera vez que hace sus chingaderas.

¿Cómo que no es la primera vez?

Pues sí. ¡Ay, no pongas esa cara! ¿No me digas que no te dijo que ya tiene más hijos? ¡Hijo de su puta madre!, donde lo vea me las va a pagar; pero es que tú también niña, cómo le andas abriendo las patas a cualquier pendejo; y luego apenas tienes quince años. ¡Ay no, la que se va a armar!

Ya ni le sigas que tú me lo presentaste. ¿Por qué no me dijiste que ya tenía más hijos? Y además no le abro las piernas a cualquiera. ¿A ver tú con el Óscar qué?

Lo del Óscar conmigo es diferente, ya tenemos veinte años y nos vamos a casar; pero tú, todavía no te sabes ni limpiar

la cola y ya andas de calenturienta; y si te presenté a ese hijo de la chingada fue nomás para hacerte la pasada, si está bien pinche feo, yo qué iba a saber que te lo ibas a coger. ¡Hijo de la chingada aprovechado!, pero espérate que lo vea; ¡y ya deja de llorar que la gente nada más se nos queda viendo!

MI HOGAR ENTRE TU VIENTRE

¡Déjalos que te vean Madre! ¡Que te miren ahora que aún sigues viva! ¡Que vean bien el rostro y las manos que yo nunca conocí! Déjalos que vean y que hablen. Escucha bien a tu Toluca, Madre, porque es la última vez que lo podrás hacer. Lo estarás esperando en la cueva en la que me perdiste. Vas a contarle del niño que llevas en el vientre, de su hijo que no va a llamarse como él. Le dirás que pueden casarse por la iglesia si él lo quiere y que si no lo quiere, no importa, aun así vas a vivir con él; que estás dispuesta en dejar a tus padres y largarte esa misma noche si le parece mejor así; que él es el amor de tu vida para siempre; que tú naciste para él y que él nació sólo para ti; que no te importa su pasado, ni los otros –mis hermanos–, ni las otras –las aquellas–, el resto de las que *¡Pasen ustedes a ver al león, queridísimas y estimadísimas Señoras Sinnombre Nifuturo!* son idénticas a ti; que tú, él y el hijo que llevas en el vientre, serán una familia muy feliz.

Y te rechazará, Madre, como rechazó a mis hermanos. Y tú, Madre, con el llanto en los ojos, vas a rogarle su amor; porque para ti él es más importante que yo; porque lo amas y estás dispuesta a hacer lo que él quiera. ¡Si quieres matamos al niño y hacemos de cuenta que no pasó nada! Pero no te vayas porque no sé qué hacer sin tu amor! ¡Ven, abrázame, montante en mí! Y él, Madre, que ya no le sirves pa' nada, ni pa' hembra, ni pa' mujer, y, ¡además ese pinche hijo no es mío, tú te metistes con otro cabrón, y ya mejor ni le sigas, porque a mí nadie me va a ver la cara de pendejo! Y tú, Madre, que no dices nada, porque el corazón lo tienes atravesado en el buche y nada puedes hablar. Y yo, Madre, aquí, en este hoyo en tu carne escuchándolo todo; oyendo cómo te brinca el corazón; cómo se mueven tus tripas; ¡cómo se siente el dolor! Y yo,

aquí, Madre, que no puedo hacer nada; porque ¡yo sí quiero nacer!, y, ¡déjenme nacer y me regalan!, y, ¡mami, mamita, dile que me deje nacer! Y tú no me escuchas, Madre, porque allá afuera sólo tienes oídos para él. Y aquí, Madre, en el hogar que me hiciste una noche, en el hogar que hice mío para ti, vengo a pedirte perdón, porque tú no quisiste tenerme y yo lo eché todo a perder.

¡Me trozó como se trozan los puercos! ¡Como a un vil animal! ¡¿Qué hice de malo en estos tres meses, Madre?! Sé que no estuvo bien meterme a la fuerza en tu vientre, pero no merecía que me mataran así. ¡Era mi padre y debió haberme cuidado! ¡Debió defenderme para que no me sacaran de ti!; pero no lo hizo y tú tampoco lo hiciste, porque primero te mataron a ti. Sentí cuando lo metió, Madre, y lo hizo tan rápido que no me pude despedir. Me hubiera gustado darte un besito, agarrarte la panza y decirte que todo iba a estar bien; que tú y yo, solitos, íbamos a salir adelante, Madre; que un día yo iba a ser licenciado, o doctor, o sicario para cuidar de ti; que nos íbamos a ir lejos de esta ciudad de tres pesos de donde, mírate ahora, ya no te puedo sacar; pero no pude hacerlo Madre, dejé que te mataran con un machete oxidado y que tu último lugar en la vida fuera una cueva mugrosa de un parque perdido en el centro de la ciudad.

Después de todo, pero después de todo, mamá, tal vez por eso, sí merecí que me trozaran como a un animal.

XII

Regresé al rancho por dos cosas: por los niños y a buscar a mi amá para pedirle perdón. La primera vez me llevó la vieja, nos fuimos de noche. Cruzamos cerros y arroyos y veredas que se metían por barrancas en las que apenas se miraba la luna entre el cerro partido a la mitad. Pasamos junto a las sombras m'ijo, las que vi cuando llegué con la vieja, y ora sí las oía hablar con la voz con la que oigo a éstos, pero no con la misma claridad.

La vieja ni una sola vez se detuvo porque ya se sabía el camino; me pidió que me aprendiera todo lo que veía porque nomás me iba a acompañar otra vez y luego ya me tocaba sola. Por eso me lo grabé todo m'ijo: los cauques que nadaban aunque no había agua, las palmeras gigantes de las que salían unas cosas que parecían más cabezas de hombres que cocos; árboles con frutas que yo no conocía m'ijo, unos con bolitas negras que hasta después de volver a nacer me vine a saber que se llaman capulín; y en por todo el camino cedros y ocotes, huanacastles, tabachines, colomos, nogales, pinos, nanchis, papayos, higueras; mangos petacones, manilas y corrientes; plátanos, aguacates, huamúchiles, marihuanas, tamarindos, arrayanes, naranjos, carambolos; ciruelas ovo y ciruelas rojas; pitayas, mezquites, coyules, bonetes, amapolas, cactus y peyotes, yakas y el sagrado mamey; y todos cargados m'ijo, todos dándole sus hijos a la tierra. Y aunque una sabe que esos árboles no dan sus frutas en la misma temporada, en el cerro eso no importa m'ijo, ahí está todo siempre llenecito de verde; todo es verde m'ijo, se respira que la vida es verde,

*como la boca que nos engulle,
 como el río bajo sus ramas,
 como ella que es como yo.
 Me sumerjo al aire entre las estrellas;
 lo corto con mis manos y se abre como el mar,
 como el cielo que es igual al mar,
 o como el mar mismo que no es otro,
 sino el cielo cuando quiere descansar.
 Un pedazo de vidrio nos defiende de las mariposas;
 pero de los zancudos, ni Dios.
 Asomo la cara al océano de Ehécatl,
 para llenarme con este aroma de nanche pasado,
 de plátano maduro y de papaya por llegar.
 Sigo el camino del aire; verde como la vida;
 sigo el camino para llegarme a encontrar,*

como dice el señor Nimay m'ijo. Y si te cuento esto es porque la vieja me hizo que me lo aprendiera todo y ahora ya no se me olvidan las ranas, los sapos, las choras, las chicatanas, los ciempiés, las cucarachas, las iguanas, los tlacuaches, los azotadores, las pajarillas, los armadillos, las tuzas, los topos, los zorros, los venados de cola blanca, las víboras de cascabel y las coralillo *la mató, era una víbora muy peligrosa, le decían la coralillo*, las salamandras, los alacranes, los ocelotes, las guacamayas, las águilas, los halcones, los pájaros carpinteros, los zopilotes, los gavilanes, los pericos, las garzas, las gaviotas, los zancudos, los caimanes, las tortugas y los cocodrilos; y abajo: el manglar, con sus aguas que se tragan todo y ya nada queda sino el olvido; y arriba: el cielo con su luna de miedo, al que nunca vamos a llegar; y a un lado la vieja, en cueros, con las chichis caídas y los pezones en la tierra para alimentarla con

su carne temblorosa; y yo, en el centro, viéndolo todo, m'ijo, escuchándolo; porque todos los animales y todos los árboles y todas las frutas y toda la tierra hablan m'ijo, entre ellos, con susurros, con secretos, con su propia lengua escondida de mí y de la vieja; del frío de Toluca y del calor de Mecatán; de los hombres y de las mujeres, de los jotos y las machorras, de los retrasados y los locos, de los que nacieron pendejos y de los que nomás se hacen, de las putas y de las nalgas prontas, de los que andan de cabrones y los que andan de mayates, de los que montan los toros y los que los cocinan, de los que tocan el clarinete y a los que les tocan el clarinete, de los que se suben al palo encebado en las fiestas y de las que encebaban el palo en las fiestas, de los que fermentan la masa y de los que se toman el tejuino, de los que compran los botes y luego los tiran y los que juntan los botes y con eso comen un día, de los delegados que se hicieron ricos a costa del pueblo y de los que siempre han vivido en la miseria, de mi abuelo que no fue su padre pero que les dio casa y un nombre y del otro que sí lo fue y no les dio nada, de mi abuela que lo aguantó todo y de su primer esposa que no lo aguantó, del soldado que llegó a hacer familia y de la madre que dejó a su familia por él, de las niñas que ya saben de hombres a los trece años y de los hombres que saben de niñas hasta los setenta y seis, de los que viven en casas de cartón en la aldea y de los que viven en casas con alberca en la nueva ampliación, de los que se van de mojados al norte y de las que se quedan llorando aquí, de los que vienen de allá cada fiesta y de los que no regresan porque no tienen nada para apantallar, de los que presumen sus trocas compradas en dólares verdes; y sus esposas con pelo pintado; y sus casas que mandaron a hacer trabajando de sol a sol para un patrón que *Hey you, fucking greasy wetback, come right back to work!* les habla bonito; y de sus bandas que pudieron pagar-

se; y de sus hijos que hablan inglés; y acá, los que se quedan mirando con la panza vacía y los ojos llorosos porque no vino mi hijo este año; y el mío ni me escribe; y de mí se olvidaron; y ya me dijeron que tiene otra vieja; y a mi apá lo encerraron en tejas; y al mío lo agarró inmigración; y dicen que ya mandaron el cuerpo; y el mío ya llegó; y yo no tengo ni pa' la caja; y ¡mira! ya empezaron las carnes asadas y los chicharrones y las carnitas en cazo y las cebollitas y los nopalitos y la salsa borracha y las tortillas calientes, y *¡ánimo pues vale, cómase un taco que pa' todos hay!* pinches pochos todos son iguales nomás vienen a presumir. *¡Gracias vale, que Dios se lo pague!, ¿no me regala también un bote?*, y de los briagos que pagaron su pisto y de los que vienen nomás a colear, y de los hermanos pájaros con sus paraguas sin lluvia y de los que tienen iglesia en el cuadro y cada domingo no hay que faltar, y de los curas que tienen sus hijos pero hay que decir que son de otros y de los otros que a la primera los dejan con sus abuelos porque ellos no los van a criar, y de las muchachas con sus ojos verdes que son de Vallarta y que te vienen a enamorar y de la que dejaste una noche en su puerta pensando en el beso que nunca se dio, y del resto que sale en la noche a dar vueltas al cuadro y de los que dejan sus puertas abiertas porque aquí nadie se mete a robar; y de los que te saludan como si fueras de años y no como si te acabaran de conocer; y de los que te ayudan cuando tienes problemas y no piden nada nomás porque eres su compa; y de sus mujeres y de sus hombres que suben al cerro todos los días a chingarle; y de las que saben cómo pesa la vida pero que nunca se rajan porque *ni modo vale, ¡ámonos a chamber!* así les tocó vivir; y de los que se quedan abajo: arreglando la casa, cuidando a los niños, preparando la cena, limpiando el corral, vendiendo duritos, haciendo unos tacos, salteando la carne, acarreando cubetas, empacando la fruta,

curando de embrujos, arreando las vacas, horneando los panes, sacando la ropa, desmenuzando el ceviche, manejando la corridona, quitando los piojos, arreglando las calles, presidiendo discursos; calmando borrachos en la cantina para llevarlos después a la cárcel que tienen a un lado; enseñando karate, durmiendo en las bancas; buscando el amor en el cerro y correteándolo por las huertas y atrapándolo atrás de las canchas y haciendo de él un peligro bajo el secreto de sábanas rojas que no se debe contar; y cazando serpientes y quitando avisperos y lavando la ropa en la nueva lavadora que me trajo mi hija del otro lado; y lavando la ropa en la nueva lavadora que me trajo mi viejo ora que se fue de sicario; y corriendo en el campo atrás de un balón; ganando diez-cuatro en el volibol; mirando la tele a todo color; oyendo las bandas en la nissan mientras vamos a Jalco; caminando para bajar las lonjas rumbo al mamey y corriendo para matar el tiempo rumbo al mamey y nadando con la familia para quitarse el calor en el mero corazón del mamey; y pagando los duros bien caros, pero qué le vamos a hacer si nomás ella vende. Y mirando diciembre acabarse; y: ¡adiós, adiós!, hasta el otro año en que nos volvamos a ver; llorando al salir, en silencio, porque tú nunca le jugaste al contreras con tu papá; volteando a mirar a ese pueblo, clavado a la fuerza en un valle que tuvo la dicha de ver a tu madre nacer; y mientras, le dices adiós a sus calles de piedra; a sus banquetas enormes; a su cuadro con quiosco; a su rueda de toros; a su casino sin techo; a sus noches de vueltas; a sus fiestas de vida; a su gente sincera; a sus muchachas bonitas; al corazón que late bajo su suelo y que se extiende por todas sus calles, por todos sus huecos, por todas sus tierras, al otro lado del aire, más allá del mamey.

Y ellos, hablando con su lengua secreta m'ijo, que yo no entendía pero que me sonaba a canción.

Veinte

¿Por qué se subió? *Sepa, pero no vayas a abrir los ojos, acuérdate.* ¡Ay!, ¿qué es eso?, es como una boca, está calentito,

Ella se mueve arriba de mí, si pudiera abrir los ojos la vería jineteándome como a toro; me dice que me mueva aunque yo no sé cómo; me pregunta que si me gusta y le contesto que sí.

así se siente rico, *¡se siente chingón!*, (hay que moverse gordo pendejo), pero no sé cómo, ¿qué tal si la quiebro?, *¡tú muévete como sea!*, ¿así? (¡así no gordo pendejo, ya la hiciste gritar!), ¿pero entonces porque dice que le siga?

Me agarra las manos y me dice que le apriete las chichis, se sienten suavecitas y tienen en la punta un botón; ¡me grita que las agarre más fuerte, que si no soy un hombre! No puedo abrir los ojos; tampoco respirar. Su cuerpo se hace más pesado, quiero decirle que se baje pero no puedo hacerlo, no me sale la voz.

no me importa, sí le sigo (¡espérate gordo pendejo qué vas a hacer!), me dijo que no abriera los ojos, no que no hablara, *¡grita, grita, grita!*

¡No puedo gritar! No la quiero encima, no quiero que esté arriba de mí. Siento su cuerpo más grande y más viejo; huele a podrido.

¡Así niño, así, síguele así, no te hagas pendejo, síguele así!
¡Ay, ay, ay, ay, ay!

¡Si niño, ya mero niño, ya mero voy a acabar!

¡Ay, ay, ay, ay, ay!

Ándale niño así mero, ¡así!

¡Aaaaayyy! ¡Aaaaayyy!

¡Ahí te va el agua Osvaldo, ahí te va nomás para ti! ¡Aaaaaay!

¡Y ayayayay vale, chicotéele el tololochi que es la fiesta de Mecatán!; y yo que me perdí la banda por ir a buscarla y por obra del Diablo la vine a jallar. Por eso me pongo borracho, porque en las noches la sueño. Sueño su risa cuando la miré como era en verdá; sueño sus chichis caídas, su cara sin ojo, su cabeza sin pelo y los gusanos que le salen de un hoyo que tiene en la frente. La veo cada noche encima de mí. Miro mi cuerpo con sangre *tengo hambre, ándale niño, vamos a darle otra vez, pero es que ya van tres veces ya me duele allá abajo, a ver espérate entonces te voy a dar de comer, ¡pero no abras los ojos cabrón o me las vas a pagar!* y quiero salir corriendo, ¡ya no quiero estar aquí! No puedo verle la cara porque todo está oscuro pero sé que está ahí, mirando, esperando a que me dé vuelta pa' aventarse encima de mí; y esta vez no se sube a abusarme, se sube porque me quiere matar.

¿por qué se está riendo?, *a lo mejor no le gustó*, (te dije gordo pendejo que no te movieras), no le ha de haber gustado, hasta lloró, *¿pero cómo va a llorar de allá abajo?*, p'us no sé, las viejas son raras yo qué, *a lo mejor*, ¡pérate que ya se salió!

Ay pinche niño, me saliste cabrón. A ver, otra vez.

¿Pero...oye...te gustó?

Pues sí, ya tenía rato que nada de nada, ¿que a ti no?

¡Sí! pero yo no lloré.

Ni yo.

¿Entonces esa agua?

¡Jajaja!, ay niño, eres bien pendejo me cae. Ándale, vamos a darle otra vez.

Y todas las noches lo mismo: yo tumbado en la cama, sin poder levantarme y ella encima de mí con sus piernas flacas queriéndome acabar. Al principio es bonito, luego ya no se detiene, me agarra como si fuera un muñeco de trapo; con sus manos; con su boca; con todos sus agujeros; hasta con los que no se hicieron para eso. Le quiero decir que no, que me duelen las manos y la chingadera me arde; pero ella no escucha porque nomás está pa' ella y lo único que quiere de mí es que me quede tumbado sin abrir los ojos.

Ya no puedo ya van muchas, ya me cansé.

¡Pues te chingas!, apenas vamos empezando.

Pero es que ya me cansé, además ya tengo hambre.

A ver, quédate aquí, te voy a dar algo.

¿Puedo abrir tantito los ojos, mientras? Ya me dolieron también.

¡No!, ¡no los vayas a abrir!, ¡nunca!

(eres un pendejo gordo, cómo le preguntas eso), es que ya me dolieron, *pero se siente rico*, sí pero ya me cansé, *pero orita en lo que hace la comida descansamos un rato*, bueno eso sí, además ella también se tiene que cansar.

Pero nunca se cansa, en mis sueños, como no se cansó aquella vez; porque sé que fue cierto y que no lo inventé. Sé por qué don Darío me curó de chamaco. Mi amá no fue la primera muerta que me tocó ver, ya la había visto a ella, con su cara podrida abusando de mí.

XIII

El cerro tiene muchas entradas y muchas salidas m'ijo; pero no el cerro que tú conoces sino el nuestro, en el que vivíamos la vieja y yo. Una puede ir y venir cuando quiera, pero si te quieres transformar lo tienes que hacer en nuestro lado del cerro antes de pasarte al otro.

La vieja se convirtió antes que yo. Traíamos un bule con el preparado; me dio nomás un trago que porque era mi primera vez. Yo había escuchado que las primeras veces son las que duelen m'ijo; pero cambiarse la persona duele como la chingada, toditas.

Primero se te quiebran los huesos de la calavera m'ijo. El dolor es parecido a las patadas que me dio mi mamá aquella vez pero mucho más fuertes y en todos los puntos de la cabeza. Adentro de una se escucha el cráneo quebrarse y chuparse para hacerse más chico. La piel se estira m'ijo y es como si te picaran con agujas desde adentro; da una chingada comezón que una no se puede rascar porque los huesos de las manos y de los pies y de todo el cuerpo también se están quebrando; por todos lados se escucha la tracatera m'ijo, como cuando le quiebras a un niño las patas para sacarle el tuétano de adentro, pero cien veces más. Y una no puede ni gritar, porque también de adentro está cambiando y el pescuezo se hace más chico y no deja salir nada; pero lo peor es sentir la sangre que quema. Como una se hace más chica la sangre que sobra se tiene que acabar, por eso se hierva hasta resecarse; y ahí está una m'ijo, humeando de todos lados, con el cuerpo quebrado y sin poder chillar ni gritar; tirada en el suelo hasta que pase todo.

Salimos por el lado del Infierno, la vieja sacó unas ropas de un agujero debajo de un árbol y nos las pusimos. Llegamos a Mecatán amaneciendo. Yo siempre había pensado que las mujeres que hacían lo que hacíamos nosotras, nomás podían salir en la noche, que cuando clareaba ya se estaba seguro y nada malo podía pasar; pero las mañas del cerro son otras m'ijo, que nada tienen que ver con lo que una piensa. Las que nunca cambian son las mañas que una ya trae aprendidas, por eso lo primero que hice llegando fue buscarme a un hombre para retozar.

La vieja me había dejado andar sola un rato en el pueblo, en lo que ella buscaba al que nos íbamos a llevar. Me dijo que nomás no me le repegara mucho a la gente, porque como era mi primera vez aún no estaba lista del todo. Hasta crees que le hice caso m'ijo, si a mí lo que me urgía, más que encontrar a mi madre y pedirle perdón, era encontrarme con alguien que me bajara el calor.

Me fui para la cafetalera, ahí siempre había peones trabajando y alguien debía de haber que se fijara en mí. Como era temprano no encontré a nadie, pero me senté debajo de un árbol a esperar. Cambiarse la persona cansa m'ijo, por eso me quedé dormida ahí mero donde me senté. Me he de haber quedado un buen rato así porque ya estaba el sol en su punto cuando los vi: cuatro muchachos piscando café. Me quedé un rato mirándolos trabajar, con sus cuerpos sudados y sus espaldas quemándose en el sol de Mecatán. Me metí la mano a las piernas para aliviarme la comezón m'ijo, ¡vieras que agusto sentí aquella vez! Me quedé viendo buen tiempo hasta que uno de ellos se metió entre los árboles a orinar. Me le acerqué por la espalda, pensando en qué le iba a decir.

Todavía aquí m'ijo, en este lado, me retumban los oídos y me palpita la frente cuando me acuerdo de lo que pasó. El

muchacho se dio la vuelta cuando le hablé, me miró un momento y cuando ya le iba a decir algo, gritó y se desmayó. No sé qué fue lo que vio m'ijo, pero me dolió el corazón. Al caer se se pegó en la cabeza con una piedra y comenzó a sangrar, me agaché para ayudarlo pero un chingadazo en la espalda me tumbó a mí también.

El cura nos cuenta aquí abajo de una mujer que su cristos salvó. Les dijo que a ver quién se sentía don chingón para que le aventara de piedras, pero como el cristos era más chingón todavía, nadie se animó y así salvó a esa mujer. Yo no le creo nada al cura, porque si su dios existiera, a mí también me habría salvado. Me atinaron cuatro pedrazos: uno en la espalda, dos en las nalgas y otro en la frente; ese fue el que me dejó el hoyo que ya nunca cerró. Me levanté como pude y corriendo agarré camino, me siguieron aventando pedradas m'ijo, pero ya ninguna me dio. Llegué al árbol donde nos pusimos las ropas y me tumbé a llorar. La vieja llegó en la noche y ya traía el bulto, me miró tirada en el suelo y ahí mismo lo degolló; me dijo que me lo tomara todo, que me iba a hacer bien, ¿y sabes qué, m'ijo?, me lo tragué con gusto aquella vez.

TERCERA PARTE

Veintiuno

Bajo el cielo caliente de Mecatán el hombre apenas puede respirar. Recuerda su vida para dejar constancia de que algún día estuvo aquí. No quiere morir en el olvido. Es por eso que le cuenta su historia al último ser que verá con vida su cuerpo cadavérico, un tlacuache. Cada palabra dicha es acompañada por el áspero sonido que hace el aire al salir con dificultad de su cuerpo. La garganta punza y arde con cada esfuerzo y aun así no se detiene, porque dejar el pasado en la vida es ya no cargarlo en la muerte. Por eso sigue hablando, aunque completa una frase al pensarla y otra al decirla, el animal lo entiende (porque para eso vinistes aquí, para escucharme y no para mirarme morir). Tiene que apresurarse, ya puede sentir en sus polvorientos huesos el frío macilento que antecede a la muerte. Necesita terminar pronto: el sol está por caer y lo único que le da miedo a estas alturas de la vida, es morir en la oscuridad.

Y WITA VI

No sé quién fue el que nos castigó m'ijo, si fue un dios olvidado o uno de tantos de los que viven aquí; quizá fue don Ehécatl o don Xochiquetzal; o a lo mejor fue el tal cristos o ese otro que está allá, al que le dicen el belcebú. Ellos dicen que son dioses, o que lo fueron mucho tiempo antes de que yo llegará a la vida por primera vez. Yo no les creo m'ijo. Yo los he visto llorar, y si ellos lloran igual que uno, entonces no pueden ser más. Ellos también tienen alas y crestas, y hay otras como una, con cuerpo de víbora y cola de alacrán. Son igualitos a uno m'ijo, pero ellos dicen que no, que a ellos los tenemos que respetar porque si no, nos van a castigar; pero ¡¿qué me piensan hacer a mí si ya me arrancaron lo que más quería a machetazos?!, ¿qué me van a hacer a mí si mi mamá nunca me perdonó?, ¿qué me van a hacer a mí m'ijo, que nunca me dejaron estar con el hombre que amé?, ¡¿qué me van a hacer ya, si lo único que hace una aquí abajo es pensar y pensar y verse morir a la gente; ver el tiempo pasar y a la ciudad levantarse y volverse a caer; a los otros matarse entre ellos y luego comerse las nalgas y quitarse con su sangre la sed; y así todas las tardes de todas las noches de todos los días, que duran aquí más de lo que me duró la vida la primera vez; y aunque una se desespere y quiera respirar para calmarse el dolor, ni eso podemos hacer, porque aquí ya no hay aire que podamos jalar; qué me van a hacer estos dioses y diablos a mí m'ijo, si ya nada me importa?!

¡Que me lo saquen del vientre de nuevo y que me lo den de tragar!

Y WITA VII

Los hombres sólo sirven para coger ¡Los hombres son unos hijos de la chingada!, lo único que quieren es que una les tenga planchada la ropa y lista la comida. Y que no los molestes porque están ocupados mirando a otras viejas, o pensando en otras viejas, o cogiéndose a otras viejas. Y tenemos que estarlos esperando en la casa listas para que cuando el cabrón llegue tenga donde meter el fierro. Y no puedes ni gritar ni decir nada, porque si te gusta eres puta y si no te gusta, pos te aguantas porque es tu obligación. Y hay que darles un puñado de chamacos pelones y mugrientos, pero ¡ay diuna si te sale una mujer!, porque ¡esas chingaderas no sirven!, y esa es tuya, éstos sí son mis hijos que salieron igualitos a mí. Y yo nomás pienso que ojalá éstos sean distintos y sí quieran a sus hembras y las traten como mujer; pero ¿cuáles mujeres?, ¡si éste es pinche maricón! y, ¡el hijo de su puta madre (porque una siempre es puta aunque ni las nalgas dé) se me larga de la casa!, y, ¡no me mires hijo de tu chingada madre porque te mato aquí mismo! Pero de una no dejan de ser sus hijos y los tene que defender. Y luego el berraco te mata y naiden le dice nada porque una es de su propiedá. Y el cabrón llega a la cantina y todos le aplauden porque así son los cabrones que se dan a respetar, y allá en la cantina le preguntan, ¿y tu hijo el maricón?, y, ¡ay hijo de tu puta madre (porque todas las madres semos putas aunque ya ni podemos coger), te vas a morir! Y luego anuncian en las bocinas del pueblo que dos se mataron en una pelea de cantina. Y entonces el güey llega aquí abajo y le dan de castigo volverlo mujer al nacer, porque nacer como mujer es un castigo que yo orgullosa cumplí, ¡voy! Y al nacer vieja el hombre, se siente violada por su nuevo papá sólo porque ya tiene dieciséis años y es de su propiedá.

¿Y la madre no dice nada?, es que, ¡así nos tocó vivir!;

¿y el hermano no dice nada?, es que, ¡yo nunca le jugué al contreras con mi apá!;

¿y su hermana la chica no dice nada?, es que está por someterla;

¿y la grande tampoco dice algo?

Sí: ¡no apá, mejor a mí, a ella no le haga nada!, mire que quietecita me estoy, hágamelo si quiere por detrás, ¡pero a ella no le haga nada por favor!;

¡qué barbaridad!, ¿y el padre, qué dice?

¡ora pues, pónteme así!

¡Jesús de Veracruz!

Y de luego el hombre-mujer castigado no puede cagar por un mes porque le rajaron allí; y la hermana pequeña la mira con odio porque su padre sólo a ella la abraza y la busca en las noches y para ella no hay nada, ni una caricia, ni una mirada, ni un grito de amor o dolor. Y el cochino berraco no tiene la culpa, la tiene la hermana porque se robó sus cariños y ‘tonces busca en otro culero los besos y los abrazos y los agarrones que no le hace el cabrón que dice ser su papá. Y a sus doce años jalla en otros canijos los besos y las nalgadas que no le ha dado su padre; pero también le dan otra cosa para que no vaya a hablar. Y ella no dice nada, sólo se dirige a la tienda a comprar cosas para comer, porque en su casa la hija de la chingada (porque para que yo naciera, a mi amá y a la tuya y

a la de Paz se las tuvieron que chingar) de su mamá no le da de comer. Y se atasca de comida la culera como si no hubiera mañana, y luego le da sed a la culera y el de la tienda le mira las nalgas y le ofrece algo mejor que el vino para vivir; pero sólo si no se lo cuentas a nadie y me haces un favor, y, lo que usted quiera don chente, y

ven, bésame aquí,

este señor quiere lo mismo que quieren los otros pero pos a ver cuánto me va a pagar; y,

¡Ten, métete esto!

¡Pero me sangra la nariz!

No te preocupes, te vas a acostumbrar.

te gusta, verdá de Dios que te gusta porque luego vas diario y cuando llegas a casa, lo haces contenta, verdá de Dios. Y más que nada ya no le importa que su madre no sea aseada y no le ofrezca viandas para fagocitar, ni que su consanguíneo masculino tenga una cara de pusilánime que no puede con ella, ni que su progenitor y su consanguínea mayor háyanle robado lo que por derecho era suyo, más que nada. Y: ¡a mí me vale madres todo!

Porque las madres no importamos. Porque valer madre es igual que no valer.

y, ¡chinguen a su madre por culeros! Y así creces odiando a tu madre, y odiando a tu hermana, y extrañando a tu padre porque te quedaste con ganas de un beso suyo, y el otro ni te va ni te viene, porque ese ni hablaba. Y cuando ves a tu jefecita llorando y gritando porque tu viejo la mata te haces bolita y te carcajeas para dentro. ¡Qué bueno, pinche vieja se lo buscó! Y cuando llegas un día al cuarto ves a tu hermana debajo del chente y, aunque miras la sangre que le cae de las piernas, y el ojo sacado, y la ropa rasgada, sólo piensas en que te quiere quitar a tu hombre como te quitó a tu papá. Y ni siquiera cuando tu macho te manda a la cárcel por homicidio calificado,

¡Qué raro que nadie conozca la palabra violación!

Es que fue pleito de viejas, ya déjalo así. Pero encierra a la otra, el estado quiere mejorar las estadísticas.

piensas que hizo algo malo; porque la culpa de todo la tuvo tu hermana por meterse con tu proveedor. Y en cana te van a agarrar de su puta porque eres la nueva y, ¡a ver hijas de su perra madre (porque las hembras siempre son malas hasta en el reino animal), quién se va a aventar! Y cuando sientes la carne cortada y te llega el olor de tu sangre lo único que puedes pensar es en tu papá y en cómo ni una sola vez te cogió.

Y llegas aquí, junto a nosotras, que no tenemos pelos, ni chichis, ni vientres, pero sabemos muy bien que somos mujer. ¡Aquí en que estamos en contra del heteropatriarcado falocéntrico opresor! Aquí en que no vas a jallar a tu hermana, ni jallar a tu madre, ni jallar a tu padre, porque aquí se vene

a aprender que nosotras valemos igual que esos güeyes y que no semos ni menos ni más. Aquí donde somos todas hermanas y madres e hijas; y no semos ni putas, ni perras, ni naiden pa' chingar; aquí, donde

¡No le hagas caso a éstas, mejor vente pa'cá!, ¿a poco no te dije ya que los hombres nomás sirven pa' coger?

todas venimos a llorar.

Los hombres nomás sirven para coger m'ijo, pero la vieja nunca lo entendió. Ella quería la sangre de los niños para poder ver a estos caras de pendejos que se andan por aquí. Quería escucharlos y que ellos le hablaran, así como yo te hablo a ti; pero ahora que está acá abajo siempre anda agüitada porque ya nos vio cómo somos de verdad: una bola de caras de sapo y bocas de zarigüeyas que nomás nos andamos oliendo las colas con los pies.

Aquí nomás venimos a hablar y a chillar; más que nada hablar m'ijo, no paramos de hablar y de oír y luego de decir que nosotros lo dijimos todo y que nadie sabe más que yo. Estamos muy lejos de lo que dijo la vieja que somos, muy lejos de saber la historia de la humanidad, por eso cada vez que la veo le recuerdo que los hombres nomás sirven para coger m'ijo.

Me gustaría verla arrepentirse por haber chupado sangre de bebé, por llegar a este lado del aire donde nadie sabemos nada; ni el señor quetzal, ni el señor tezca, ni el general lerdo de lastieneaguadas, ni el general de las calles de Toluca en que se compra el tulipán y ni siquiera el señor Nimay. Aunque el señor Nimay a veces me dice que no es éste el lado al que la vieja quería llegar; que si llegó aquí fue más por mí, que por otra cosa; pero pues ve tú a saber.

Yo no quería hacer lo que hacía la vieja m'ijo, pero tenía que comer. Yo nomás quería seguir cogiendo y hallar a mi mamá, pero la vieja me condenó a llegar aquí y por eso cada que puedo, me vengo a burlar. A mí no me gusta echarme la

culpa de nada m'ijo, la culpa la tienen los otros: la vieja, el Osvaldo, el cabrón que me mató y el mismo que me mató otra vez; la Hilda por presentarme al Etanislao y el Etanislao por coger tan bien. Todos tienen la culpa menos yo m'ijo, así me gusta pensar; pero yo no soy pendeja y aunque no lo digo lo sé. Sólo yo tuve la culpa m'ijo, por hacer lo que no se debe hacer, por haber olvidado a mi madre, por no haberle pedido perdón, por quedarme a coger con el niño en vez de salirla a buscar.

Yo tuve la culpa de todo porque la chingada calentura me dominó.

La vieja ya no me quiso mandar quesque para que no la fuera a regar otra vez. Me dejó a cuidar el cerro por si llegaba otra como yo, una que sí le sirviera. A mí nomás me iba a ocupar para esperar y luego, si llegaba la otra, ya vería qué hacer conmigo.

Vi a la vieja ir y venir montones de veces m'ijo. Siempre con el bule lleno y las manos vacías cuando se iba, y el bule vacío y las manos con niño cuando regresaba. La vieja iba y venía, una y mil veces, y a mí me daba más y más la comezón. Necesitaba un hombre y ya no me podía esperar. Llegó un punto en el que ya no me preocupaba ni por mi mamá; todo el día me la pasaba pensando en cómo hacer para cogerme un hombre otra vez.

Estaba desesperada, unas veces me metía la mano entre las piernas tanto rato que hasta me llegaba a desmayar, otras me cambiaba la mano por ramas secas de árbol hasta que se me abrían de nuevo las costras y sangraba de nuevo; hasta los perros m'ijo, ya no se acercaban a la casa porque a algunos les había arrancado la chingadera para aliviarme la comezón.

En el cerro tampoco se miden las horas m'ijo, pero a diferencia de aquí abajo, allá sí se puede ver al día y a la noche nacer y morir; y yo los vi por tanto tiempo m'ijo, que los cueros, los dientes, la cara y las chichis se me empezaron a caer.

6 / Y wita VIII

Un día, así nomás, se me empezó a ver la panza; ahí me cayó el veinte de que ya no podía dejar pasar más tiempo. Tu papá iba a saber de ti por primera vez y yo estaba nerviosa. ¿Se pondría feliz?, ¿estaría enojado?, ¿qué iba a pasar contigo, tu papá y yo? Le mandé a avisar con el Óscar, tu tío, que le tenía una sorpresa y que lo esperaba donde siempre, que él ya sabía dónde; tu tío se echó a reír y me dijo que sí, que él le avisaba; yo quería llegar antes para ensayar lo que le iba a decir a mi barrigón. Hacía frío y estaba granizando cuando llegué, me senté en la piedra que tantas veces nos había servido de cama, a esperar, mientras veía la lluvia caer. Para no tener miedo te canté ¿te acuerdas que te canté?

*A la rorro niño,
a la rorro ya,
duérmase mi niño,
duérmase ya.
Este niño lindo
que nació de noche,
quiere que lo lleven
a pasear en coche.
Este niño lindo
que nació de día,
quiere que lo lleven,
con su tía María.*

Cómo me gustaría hacerlo ahora y que me escucharas mi niño, para ver tu carita sonriendo y tus manos agarrar mis dedos que juegan con tus pies. Sé que sonríes mi niño, porque estás feliz de verme, de conocerme por primera vez. Te alzo

y te sobo tu espalda, tú me dices ¡mamá!, y tu papá, que está aquí a mi lado llora también. Somos una familia feliz.

¿Sabes? Él no quería decir esas cosas, pero es que le agarró la preocupación de que tú ya tenías dos hermanos y no sabía cómo mantenerlos. No creas que fue tu culpa, ¿tú que podías haber hecho mal si apenas tenías tres meses? Lo que pasa es que tu papá siempre fue un hombre de carácter fuerte, por eso me enamoró.

Yo no quería que se fuera mi niño; pero ahí, en la humedad de la cueva, me di cuenta que lo más importante de mi vida ya eras tú. Que yo no te iba a sacar de mi vientre como él decía, que aunque no quisiera y me dejara el corazón destrozado, yo iba a tenerte; y al tenerte a ti, también lo iba a tener a él, o por lo menos un recuerdo de él, mi niño. Por eso le dije que si esa era su decisión, que se fuera; que tú y yo, juntos, nos la íbamos a arreglar; que estaba dispuesta a trabajar para comprarte tu ropa y mandarte a la escuela para que un día fueras doctor, o arquitecto o cualquier cosa que quisieras.

Le dije que ya no lo iba a necesitar a él m'ijo, que mi niño y yo íbamos a salir adelante solos, que por mí se podía ir mucho a chingar a su madre con sus otras putas y sus otros escuincles, que yo no era ninguna pendeja m'ijo, que me la había hecho una vez pero que dos ya no.

Nunca pensé que esa noche acabaría así m'ijo, porque yo iba dispuesta a rogarle y llorarle para que se quedara conmigo y con mi hijo; pero cuando el cabrón me pidió que lo abortara no me pude contener. Aunque no debí haberle dicho esas cosas, porque yo sabía adentro que lo quería, que era mi Etanislao; pero es que algo se me metió que me hizo sacar lo mero malo de mí. Y aunque ahora ya sé que no debí pendejear a mi prieto de esa manera, ya es tarde otra vez.

Sentí el mundo acabarse cuando me aventó mi niño. Me fui de nalgas y me pegué en la cabeza al caer. Traté de pararme poniéndome de ladito, pero no pude hacerlo, porque al girar la cabeza lo vi: ¡parado atrás de tu padre, estaba el cabrón que me mató!

El señor Nimay dice que a veces, en la hora de la muerte, se pueden ver todos los lados del aire; que no todos podemos y que no todos vemos lo mismo; que algunos ven a la que les cortó la cabeza y los dejó en una playa a contar su historia; otros ven sus tortugas morir en otras partes de las estrellas, donde no llega eso; y otros, como yo, reconocemos las caras de las personas que ya habíamos visto la primera vez que nacimos; y eso si se lo creo m'ijo, porque yo ya sabía quién era ese cabrón.

Me miró primero a mí y luego a tu padre. Yo traté de gritarle a tu papá que se volteara, porque sabía de lo que era capaz ese hombre, pero nomás saqué sangre de la boca. Ya no supe qué pasó después m'ijo, me cerraron los ojos de un chingadazo y cuando los abrí de nuevo ya estaba aquí.

No vi, pero sentí el dolor mi niño, sentí cuando el machete se metió entre mis piernas y te destazó; y yo, tirada como pendeja m'ijo, no pude hacer nada por él. Lo dejé morir en el pisoapestado de una cueva mugrosa, y no te pido perdón mi niño, porque hay cosas que no se pueden perdonar.

Pero te extraño, y a veces quisiera que estuvieras aquí.

AL OTRO LADO DEL AIRE

Dicen que lo encontraron porque uno de los peones jalló el sombrero en el agua, les chifló a todos que a lo mejor por ahí estaba y resultó que sí. Encontraron el cuerpito tasajeadado, porque las aguas lo jueron rebotando en las piedras y encontraron una manó allá y la otra acá, y la cabeza atorada en la rama de un arrayán.

¡No, no, no! No le haga caso a ese viejo que ni sabe cómo estuvieron las cosas, si al niño lo hallaron vivo; lo que pasa es que se había ido con unos amigos al cerro pero el tarugo se perdió y se quedó en una cueva a guardarse del agua, ya cuando dejó de llover escuchó los gritos y salió a buscar a la gente. ¿Cuál se va a morir? si es el que se casó con la Toña, la del Pitayo y se fueron a vivir para Huaynamota.

No amigo, yo era el niño amigo. No me perdí amigo, lo que pasa es que me metí a buscar unos botes y luego dijeron que andaba perdido; pero no me perdí, ¿edá estrellita, que no me perdí, eda'? No amigo, regresé y me dieron cien pesos nomás por los puros botes amigo ¿edá estrellita que sí? ¿Te acuerdas estrellita, cómo te reías aquella vez? ¡Ay amigo, pura risa entre ella y yo!

¡Es el diablo el que castiga, por escribas y fariseos!; por eso se llevó al chamaco ese, por andarse yendo al jaripeo. ¡Esas cosas no son de jehová!, por eso yo a los míos ni los dejo ir, no les vaya a pasar como a ese cabrón que lo sacó el diablo y se lo llevó al cerro y ya nunca lo pudieron encontrar. Póngase a rezar mejor, ¡póngase a rezar porque el fin del mundo ya va a llegar!

¡Hey, yo lo vi oiga!, se llamaba Cenaido, era mi amigo antes de que me cayera del toro, oiga. Me caí en la yerba; en un jaripero, hey. Me pisó oiga, la cabeza, hey. ¡Aquí, 'ire, véale

bien! Hey, oiga. ¿No trai un peso? Es para curarme el pie, hey. Mire cómo lo traigo, hey. Sí, sí lo vi, era mi amigo antes de que me cayera del toro, oiga, se llamaba Engracio. Me caí en Pintadeño, en un jaripero, hey. Me pisó, oiga, la cabeza, hey.

Tú eres un fantasma, ¿'edá amigo?, jalas las patas. Yo los conozco a ustedes, amigo, yo los puedo mirar. Hey, yo la conocí amigo, a tu amá, cuando todavía era Águeda Nodal. Jugábamos a los disfraces, ¿'edá estrellita que sí?, se ponía uno de espanto y se reía de cómo se veía, ¿'edá estrellita, pura risa traías, 'edá? Tú no habías ni nacido cuando yo la miré amigo, antes de que me volviera así, éramos amiguitos, ¿'edá estrellita que sí? Pero tú no eres fantasma, ¿'edá amigo?, ¿qué eres? No me quieres jalar las patas a mí, ¿'edá? ¿'Tonses a quién? ¿A quién vienes a buscar?

Ya déjelo compa, es mi tío pero no está bien, habla solo. 'Ire, yo nomás sé que fue hace un chorro de años, muchos de los que lo buscaron ya ni están, pero lo puedo llevar con don Jordán, él se sabe la historia completa. 'Ire, primero pícheme de almorzar y ya luego vamos. Véngase, ahí en el restoran las palmas venden un ceviche al millón. 'Amos pues.

Quedamos en que nunca íbamos a hablar de eso porque eran cosas del Diablo; pero los chismes vuelan rápido, vale, y más tardamos en llegar nosotros, que el pueblo en contar su versión de lo que pasó; pero sólo nosotros vivimos la verdad. A todos nos fue mal vale. A todos: míreme a mí, apenas tengo cincuenta años pero parezco de cien. No puedo caminar, ni dormir, ni comer sin sentir un dolor en los huesos, como si se me quisieran salir. La verdad, entre usted y yo, quisiera dormir un día y ya no despertar. ¡Por eso qué bueno que vino a preguntar vale, porque si me llevo esto conmigo, ni difunto voy a descansar!

Fuimos cuatro: mi hermano Remedios al que le decíamos el Chato; mi primo Chon, la Cundina; mi compadre Felipe Atilano, (el papá, porque el chamaco se llamaba igual), y yo. Los demás que nos acompañaron a buscar al muchacho se fueron por otros lados y no hay un día en que no me arrepienta de no haberlo hecho yo también.

De primeras no hallamos nada y mi compadre, que ya estaba desesperado por su chamaco, no dejaba de gritar como loco por todo el camino. Compa, le dije yo, no se canse, si aquí anduviera su huache ya lo hubiéramos encontrado, de aquí todos saben llegar, hay que meternos más en el paso y de ahí empezamos la gritadera. Mi compa nomás movió la cabeza y seguimos caminando, nos metimos por el lado de las huertas de con doña Tere, pa' darle la vuelta al mamey y salir por atrás del paso zacate.

Fue la Cundina quien lo miró primero y nos habló a todos. Nos habíamos metido en lo más profundo del paso, en un lugar que no conocíamos muy bien. Las ramas de los árboles nos tapaban la luz del sol, pero el calor no se dejaba de sentir, vale. Llevábamos ya una hora buscando sin encontrar nada, ya mero nos íbamos a volver pa' buscarle por otro lado cuando mi primo gritó que lo fuéramos a ver. Traía una tejana de niño en las manos; mi compa se la quitó y nomás al verla se puso a chillar diciendo que era la de su muchacho, que se la había comprado en Tepí. Tuve que volver a calmar a mi compa porque parecía niño chiquito el cabrón. 'Pérese compa, le dije, va a ver que lo vamos a encontrar. Le pregunté a la Cundina que 'onde había visto el sombrero y nos llevó mucho más adelante, a un lugar que ninguno conocía. Curveamos varias veces el camino y subimos tras lomita hasta llegar a la sombra de un arrayán que crecía encima del cerro, al otro lado del río; la Cundina nos dijo que debajo de las raíces del árbol, entre el

agua y las piedras, había encontrado el sombrero; mi compa me voltió a ver y me preguntó que pa' dónde le dábamos.

¿Ha sentido usted vale, que a veces le da por hacer algo, o por ir a algún lado; así nomás, sin saber por qué, pero hay que hacerlo? Pos así nos pasó a los cuatro. 'Onque mi compa me había preguntado a mí, ya todos sabíamos a donde teníamos que ir. 'Tas seguro, me preguntó el Chato todavía, y yo le dije que sí, pero ya las piernas me empezaban a fallar.

El arrayán se levantaba en mero medio de una arboleda frondosa que se perdía de la vista por izquierda y derecha, muy por encima del río vale, en el mero cerro, como formando una pared verde y maciza que no dejaba mirar nada detrás. Por abajo, sus raíces se metían hasta el fondo del agua, por eso el arrayán había crecido tan grande y verde; en medio de las raíces, justo arriba del agua, se abría un boquete cubierto de ramas, que atravesaba la piedra caliza. De verlo se me vino a la mente un corazón al que le hubieran cruzado una estaca a la fuerza para hacerle un agujero, vale, quién sabe por qué.

Atrás del boquete, que nos quedaba a la altura de la cara, se miraba luz. No había otra manera de atravesar; el cerro se levantaba derechito como una barda, como a seis metros arriba de nosotros y encima los árboles subían más alto. A los lados tampoco se podía pasar vale, porque no se miraba, ni por dónde habían empezado a crecer los árboles ni hasta dónde hacían ladera de vuelta. Nos santiguamos mirando pa'l cielo, cruzamos el agua y nos metimos al hoyo, porque teníamos clarito que al otro lado del cerro lo íbamos a encontrar.

Primero se metió mi compadre, luego fue el Chato, la Cundina y al último yo. Desde que nos empezamos a acercar al agujero sentí las piernas hacerse duras como piedras y la cabeza crecerme, de adentro pa'fuera; los pelos de los brazos se me pararon toditos y mi corazón parecía querer reventar.

Le quise decir a los muchachos que mejor nos regresáramos, que el huache no estaba ahí; pero la voz no me salió, y si no me cagué fue porque mi Dios es muy grande y no me dejó.

Fue un tramo largo, apenas si cabíamos en fila india y arrodillados; no nos podíamos ver ni las patas, ni la cola y varias veces chocamos con el de enfrente y con el de atrás. La tierra se movía abajo de nosotros vale, subía y bajaba, y el aire, que se sentía espeso y pesado, hacía un ruido seco al pasar. Parecía como si el chingado agujero estuviera respirando, vale, se lo juro por Dios. Nunca lo hablamos pero sé que todos sintieron lo mismito que yo.

Cuando salimos del hoyo nos levantamos y nos quedamos ahí sin saber qué hacer; parados así nomás vale, mirándonos los pies. Yo no traía nada en la cabeza; podía ver la hierba y mis patas, pero nada podía pensar. Sentía como si algo me hubiera chupado las ideas; como si me hubieran vaciado todo mi ser. ¿Y sabe algo vale?, estoy seguro que nos hubiéramos quedado así toda la vida si no es porque escuchamos al chamaco gritar; sólo así nos volvió el alma al cuerpo.

Salimos corriendo pa' donde se escuchaban los gritos, y yo sé vale, que todos traíamos la misma pregunta en la cabeza pero ninguno la soltó. Si habíamos empezado a buscar al chamaco a las ocho de la mañana, una hora nos tardamos en llegar al paso zacate y luego otra más hasta que atravesamos el agujero, entonces vale, ¿cuánto tiempo estuvimos mirándonos los pies, para que ya fuera de noche en ese bendito lugar?

Ya no aguantaba la comezón m'ijo, por eso hice lo que tuve que hacer. Es bien chistoso porque a mí la vieja nunca me ha reclamado que la maté; creo que es más grande el dolor de haberse topado con esto, que todo lo demás.

Esa noche llegó con uno güerito, me puso a mí a tasajearlo y me dio mi mitad; pero yo no traía hambre, guardé mi pedazo y mi sangre en el traste que usábamos para quemar la ropa y me quedé sentada afuera de la casa hasta que la vieja se durmió. Cuando escuché los ronquidos, entré de nuevo, saqué el machete que usábamos para los cortes y me acerqué a su catre despacito. Yo creo que ese día a la vieja le había costado trabajo robarse a aquel niño porque ni siquiera se movió; otras veces, hasta con que me levantara a miar la vieja se despertaba y se me quedaba viendo para que no fuera yo hacer alguna chingadera, yo creo que ya desconfiaba de mí m'ijo.

Agarré mi machete con fuerza y sin decir agua va, le dejé ir el primer fierrazo a la cabeza. La vieja abrió los ojos y quiso gritar pero no la dejé, le saqué el machete de la cara y se lo clavé en el mero pescuezo. Del agujero que le dejé en la cabeza y de la segunda boca que le abrí, le brincaron chorros de un líquido negro que parecía más lodo que sangre y que apestaba a podredumbre. Me bañó todo el cuerpo con esa madre m'ijo; me dieron ganas de vomitar pero no me dejé hacerlo, porque la vieja todavía se quería levantar. La machetié hartas veces m'ijo, pero su cuerpo no era como el de los niños y me costaba más trabajo sacar el fierro de su carne.

Le clavé dos en el pecho a la altura del corazón; cuatro en los brazos para que los dejara de mover; tres en cada pie por si se levantaba y donde en verdad me ensañé fue en la panza m'ijo, ahí le dejé ir más de diez. Uno por cada niño que nos habíamos comido, uno por cada niño que ya no iba a ver su mamá. Le destacé el vientre m'ijo, y, al final, cuando ya casi no se movía, le metí el machete entre las piernas y se lo removí, como si fuera la chingadera del Osvaldo que entraba y salía, o las ramas que yo me tenía que meter. La vieja todavía estaba intentando pararse cuando me fui a buscar el frasco con formol. Lo guardaba debajo de un árbol afuera de la casa, adentro traía un cuerpo de bebé, pero de esos que no se alcanzaron a hacer.

Lo había encontrado por pura casualidad una vez mientras buscaba una buena raíz para la comezón. Lo saqué, lo miré bien y lo dejé ahí mismo, pero me puse viva para ver después si era de la vieja. Pasó tanto tiempo sin pasar nada que ya lo iba a dejar por la paz, cuando la escuché salir una noche sin avisar. Me hice la dormida hasta que estuvo afuera y luego con cuidado me asomé por la ventana. La vi sacar el frasco del árbol, abrazarlo y arrullarlo como si estuviera vivo. Me ganó la risa m'ijo, pero ella ni cuenta se dio. Todavía me estaba riendo para adentro, cuando la vieja se metió a la casa otra vez.

Le saqué el machete que le había clavado en la panza para que no se fuera a ningún lado y le acerqué el frasco a la cara. Casi se le salieron los ojos m'ijo, cuando miró qué era y quiso gritar, pero en vez del grito le brotó más chingadera negra del pescuezo. Saqué al bebé del frasco, se lo agité frente a la cara y lo tiré al piso; la vieja me miró de nuevo con sus ojos blancos y vi que una lágrima le corrió. Puse el frasco en el suelo y con el machete la degollé. Eché la cabeza en el frasco con formol y

lo cerré. Ahí la dejé para que se ahogara, ¡para que se muriera de una vez!; y sólo así lo logré m'ijo, porque la vieja ya estaba de este lado cuando llegué aquí la primera vez.

Fui al cazo a sacar la mitad del cuerpo que me había tocado y lo puse a escurrir; junté la sangre del niño con el preparado que le había sobrado a la vieja y eché la carne en un morral. Antes de salir para siempre de esa casa en el cerro, puse el frasco con la cabeza en el suelo, junto al cuerpo del feto. No sé si aún vivía m'ijo, pero me gusta pensar que sí, porque frente a sus ojos, aplasté con mi pie a su bebé.

Veintidós

Me cantó encima de mí, burlándose de que yo no podía moverme. Le grité a mi apá y a mi amá pero ella nomás se rio porque ya sabía que mi amá se había muerto; se bajó a besarme la boca y me desperté. Ya llevaba dos meses escuchando los pujidos en la cueva de al lado, pero no me importaba porque cada quien hace con sus nalgas lo que quiere, además, a mí me servía para bajarme un rato la calentura cada que escuchaba a la muchacha pedir más. Pero esa noche no estaban pujando tlacua, la muchacha más bien cantaba una canción que a mí a veces me cantaba mi amá, por eso me desperté y me pegué a la piedra para escuchar mejor. Nos quedamos como media hora así, la muchacha con sus canciones pa' niños y yo con mi botella de aguarrás, pensando en cómo pudieron haber sido las cosas si nos hubiéramos quedado en Mecatán. A lo mejor yo ya estuviera casado y tendría mi casa en la colonia nueva, mis hermanas tuvieran sus maridos y mis apás vivieran juntos en la casa que les había dado mi abuelo.

Me acuerdo que cuando era niño, algunas noches yo le decía a mi amá: amá, va a ver que cuando crezca le voy a comprar un chorro de ropa y zapatos pa' que se vaya con mi apá a bailar; y a mi apá le voy a comprar su camioneta pa' que se la lleve a pasiar. Mi amá me abrazaba y me daba un beso y me decía que ella nomás quería que yo creciera bien. Luego me cantaba una canción para que me durmiera y a mí me encantaba oír su voz.

Me agarraron las ganas de ir al baño y me salí a un matorril. Miré cuando se metió el otro canijo a la cueva y me puse a cagar; me limpié las nalgas después de un rato con unas hojas y me subí el pantalón. Debí haberme metido de vuelta a

mi cueva a escuchar los pujidos, pero es que escuchar a la muchacha cantando me había subido la calentura y quería verlos montarse mejor. Me asomé con cuidado pa' cacharlos en el mero sangoloteo, pero en vez de escuchar pujidos me llegaron mentadas de madre que se decían entre los dos.

Dicen que la curiosidá mató a tu pariente y a mí no me mató, pero sí me dejó muy madreado; me fui metiendo despacio y alcancé a mirar justo cuando el vato empujó a la chamaca, que se cayó y se dio un chingadazo en el suelo. Nomás la pude ver de reajo, porque el cabrón se le fue encima, liso con una cadena adiamantada y la empezó a madrear; igualito que mi apá cuando le pegaba a mi amá; igualito a mi apá cuando mató a mi amá; igualito que mi apá, pero éste no era mi apá y con éste yo sí le iba a jugar al contreras.

Sentí mi sangre quemarse y mis tripas retorcerse. Agarré un machete que estaba en el suelo y me le abalancé; pero pa' mi chingada mala suerte le jerré al machetazo y di contra el suelo. Lo malo de andar siempre briago es que ya no apuntas bien. El cabrón se dio media vuelta para levantarse y nos quedamos mirando; me sacaba más de medio cuerpo por todos lados.

¡Ya te cargó la verga por madreador!, le grité, y le solté otro machetazo. El vato se agachó como pudo y de un chingadazo en la cara me tumbó; traté de pararme pero de tres patadas en los huevos me volvió a tirar; me ardió todo el cuerpo del pinche dolor y me puse a vomitar. El cabrón volteó a ver a la chamaca y, como si pudiera escucharlo, le preguntó que si yo era el culero con el que se había ido a coger.

El dolor de pegarse en los huevos duele como la chingada y lo peor es que las patas no te pueden sostener después, por eso me volví a caer cuando quise levantarme. El cabrón me miró a los ojos y me gritó: ¡Este pinche escuincle es tuyo ver-

dad cabrón, pus mira lo que le va a pasar! Agarró el machete con el que yo había intentado matarlo y se lo clavó entre las piernas a la chamaca. Lo retorció entre sus manos hasta que el bebé, al que la muchacha le estuvo cantando sus canciones bonitas, se le salió de la panza. Me volteó a ver de nuevo, pero antes de que pudiera hacerme algo me eché a correr; no me di cuenta cuando llegué al final de la cueva hasta que ya estaba cayendo. Una piedra me dio en la cabeza y ahí me quedé hasta el otro día. Tirado, en el suelo, como cuando mataron a mi amá; me quedé igual, con mi cara de pendejo, sin poder hacer nada otra vez.

XVI

¡Caivamá capicasí núani! Los dolores empiezan hasta decir la oración completa *¡Cásitá, Catépuaca, Cauyúmari queneutácuai, queneutácuai, queneutácuai!* *¡Alza las manos niña, para que te vean desnuda como eres! ¡Cuési, cuerití, tepivácuítu!* para que vean que quieres llegar a ellos y que los quieres escuchar *¡Cuési, Cuísí, nepíticime!*; *¡baila niña, baila para la tierra!* y ahora tírate al suelo que viene lo bueno.

Y entonces el dolor empieza de nuevo m'ijo, el dolor de morir poco a poco y morirse cien muertes para no llegar a la verdadera; el dolor de resucitar al tercer día para sentir las heridas abiertas en la carne; el dolor de nunca resucitar y quedarse encerrado en una caja a podrirse; el dolor de ser cercenado y quedarse en una playa perdida; el dolor de no ver a tus hijos llegar porque ya los mataron; el dolor de perder a tu hermano por no querer entregarles sus cosas; el dolor de ser penetrada y no recordarlo en la cruda; el dolor de perder a tu hija porque estabas enferma y no lo sabías; el dolor de no verte volar, mariposa, y tener que rayarme en el cuerpo para nunca olvidarte; el dolor de perderse en la morgue porque nunca te reconocieron; el dolor de apretarse en la fosa junto a otros cien cuerpos de los que nunca supieron; el dolor de perder a tus padres por el control de la plaza; el dolor de perder a tus hijos en un fuego cruzado; el dolor de morirse de aburrimiento porque todo lo tienes; el dolor de las pinzas que mutilan y sacan tu cuerpo porque no tienes padre; el dolor del metal cuando gira y te destroza la cara y los pulmones y los

ojos que nunca llegaron a ser; y el corazón de tu madre que no siente nada porque fue un error de una noche y no vuelve a pasar; y el dolor de ser aplastado por cientos de pies; y el dolor de ser aplastado por un solo pie; y el dolor de ser desatazada por el que te enseñó del amor; y el dolor de saber que la vieja ha vuelto a nacer; y el dolor de saber que en todas las vidas si matas a hierro, a machete te van a matar; y el dolor de saber que la historia es un círculo y que nada es que no haya sido y que no será: y el dolor de que te cortó la cabeza porque tú se lo hiciste primero; y el dolor de todo tu cuerpo cuando comienza a cambiar; y el dolor de los huesos quebrados y la sangre que hierve y el único ojo que cae por el suelo y que te tienes que volver a poner y todo ya ha terminado y ahora ya eres niña otra vez ¡*Cuési, cueritĩ, nepeucumici!*

Me convertí antes de salir de mi cerro m'ijo, porque del otro lado ya no se puede hacer. Caminé por un buen rato hasta que me topé con otra casa que por fuera se veía igual a la de la vieja. Adentro había un catre, un cajón con unos vestidos viejos, un clavo en la pared para colgar cosas y nada más. Saqué todos los vestidos y escogí uno blanco que me gustó. La casa ha de haber sido de otro guardián m'ijo, porque afuera encontré un cazo igual al que usábamos para quemar la ropa de bebé. Caminé unos metros más hasta que me topé con el final del cerro. Me metí por un agujero que se abría entre la tierra y salí debajo de un arrayán, era de día y agarré el rumbo del mamey para llegar a Mecatán. No pasé mucho rato caminando cuando lo encontré.

No podía saber que ese cabrón me terminaría matando, nunca lo hubiera pensado. Si tú hubieras visto la cara de pendejo que tenía m'ijo, no me creerías que me mató; por eso me confié. Le hablé al cabrón pensando que no vendría pero empezó a moverse sin voltear siquiera a verme; le volví a ha-

blar y caminó más rápido. Yo no sabía por qué el cabrón me obedecía; hay cosas que la vieja nunca me contó, pero que ahora ya sé.

El cerro tiene poder m'ijo: te deja vivir por más años que los normales, te enseña a pensar y a hablar, hace que algunas personas y también algunos animales te obedezcan, m'ijo, y otras muchas más cosas que ni de este lado del aire hemos podido aún descubrir. Por eso el cabrón vino a mí.

¡Qué chulo se veía m'ijo, cuando se acercó!, con su cara de pendejo y su chingadera que traía entre los pies, casi me lo como con los ojos m'ijo. Le agarré el fierro como el Osvaldo me enseñó hasta que escupió. Sabía tan dulce m'ijo, que me comí todo lo que me echó en la mano; me lo hubiera cogido ahí mismo pero el preparado que le había robado a la vieja no servía bien y ya empezaba a sentir cómo los huesos se me querían tronar otra vez.

Lo dejé ir m'ijo, pero antes de que se fuera me preguntó que si vivía por ahí y le dije que sí; me preguntó que si podía regresar al otro día y también le dije que sí. Que el pendejo hiciera lo que quisiera m'ijo, total, para entonces ya iba yo a tener a mi macho encima de mí.

El cabrón se fue por donde había llegado y yo me regresé a la casa otra vez, a tirarme en el catre a regresar a mi persona normal. El dolor es cabrón pero puede más la calentura; saqué el resto del cuerpo que traía en el morral y me puse a comer para aguantar la otra convertida. Cambiarse de persona es muy cansado m'ijo, por eso me quedé bien dormida después de tragar. Desperté con la noche encima, pensé que si me apuraba todavía podía llegar a buena hora a Mecatán y por lo menos meterme a la cantina a llevarme un borracho que no se fijara mucho en mí. No sabía qué iba a hacer después de que el cambio pasara m'ijo, pero no me importaba, la pinche comezón no me dejaba ni pensar.

Del otro lado del cerro no se sienten las cosas normales m'ijo, también llueve allá pero el cuerpo ni se da cuenta. Cruqué al otro lado y sentí el agua fría y fresca caer sobre mí; no sé cuánto llevaba desde la última vez que había sentido llover, por eso me quedé ahí un buen rato. Creo que lloré m'ijo, con mi único ojo, porque aunque mi cara fuera otra, yo seguía siendo yo; lloré junto con la lluvia y me puse a pensar por primera vez, después de bastante tiempo sin hacerlo, en mi mamá.

Allá de tu lado le llaman casualidad, m'ijo. Aquí dice el señor Cientocuentaycinco que tales cosas no existen, que todos somos movidos por unas manos que escriben lo que debemos hacer, o lo que nos debe pasar; que si él quisiera nos borraría a todos con un botón y entonces ni tú me podrías escuchar; pero yo digo que ese está loco m'ijo, como todos los demás, porque aquí mi historia la cuento yo, y yo solita hago lo que yo quiero hacer. A mí nadie me va a escribir, ni a editar, ni nada de esas chingaderas que dice don Cientocuentaycinco que se hacen para leer. Aquí mando yo, y aunque tampoco creo en la casualidad m'ijo, sí creo que el cerro hace ciertas cosas nomás para ver qué caras venimos a poner.

Pensando en mi mamá y en cómo me cantaba de niña, escuché la voz del cabrón. Lo venía arrastrando la creciente, se pegaba con todo y gritaba como mujer; en una de esas una rama le dio en la cabeza y dejó de llorar. Miré cómo lo chupaba el agua para abajo m'ijo. A lo mejor si lo hubiera dejado que se lo llevara no estaría contándote esto; pero las cosas no salen siempre como una las quiere m'ijo y a mí me pudo más la calentura que otra cosa. Pensé que si el pendejo seguía vivo ora sí me lo iba a poder coger, por eso cuando el cabrón se acercó a donde yo estaba, me agarré de una raíz que le salía al arrayán y estiré la mano para sacarlo de ahí. Lo metí cargando

al boquete y justo al pasar al otro lado del cerro el pendejo sacó toda el agua que se tragó.

Me lo llevé a la casa para bajarme el calor; pero no creas que seguí pendeja, antes de montarme en él, lo conjuré a cerrar los ojos. Una tiene que protegerse m'ijo; si por algo el cabrón me veía como en verdad era, ya que estuviéramos en la revolcadera, una de dos: o se me moría, o se me echaba a correr; y entonces si m'ijo, ¿quién me iba a quitar la comezón? Pero el pendejo era obediente y no los abrió ni cuando le di de comer. Ya ves m'ijo, la calentura no sólo me chinga a mí, todos queremos coger.

ENTRE TUS BRAZOS

LA MACHETEARON COMO PUERCO

(...) por lo que las autoridades lo clasificaron como un brutal hallazgo, no encontrando un símil en los anales pasados de la historia roja de la capital del Estado de México. Por su parte, el secretario de seguridad pública, Josefino Mota, prestó singular atención a las características de la carnicería que la hacen única en su haber, por lo cual, declaró que no descansará hasta esclarecer el móvil y encontrar a el o los causantes de tan atroz hecho.

La redacción de esta su revista preferida, *Órale, no seas sangrón*, asume el grueso peligro de encontrar la verdad hasta sus últimas consecuencias, por lo cual, billete en mano, buscamos a un oficial del incorruptible y honroso cuerpo de seguridad pública para que pudiera darnos su versión de los hechos. El tamarindo, quien para no comprometer su cargo pidió no se revelara su identidad, nos relató lo siguiente (pedimos discreción a nuestros finísimos lectores por el lenguaje altisonante que leerán a continuación, pero aquí en *Órale, no seas sangrón*, consideramos que no debe perderse ni un ápice del relato de los oficiales, por lo que transcribimos la historia tal y como nos fue descrita, todo con el fin de no faltar a la verdad):

Yo estaba activo ese día caray; sí, me tocó, pu's es que nos tenemos que presentar una vez a la quincena por lo menos a pasar revista y hacer como que sí chambeamos y para mi mala suerte me tocó ca'. Pu's eran como las once y media, ¿no pareja?, cuando nos hablaron por radio, que nos presentáramos en el

parque del calvario porque un vecino de los que salen a correr reportó un olor muy fuerte de adentro de unas cuevas, y pu's ay tiene que fuimos mi pareja y yo a ver. La neta sí olía regacho ca' pero pu's nos tuvimos que meter. Adentro había como cinco perros que se nos pusieron bravos porque estaban tragándose algo y no nos dejaban acercar; le tuvo que meter aquí mi parejota un balazo a uno para que se quitara, luego todos se echaron a correr, bien putos.

Yo no había almorzado todavía pero acá mi pareja acababa de echarse unos revolcados y pu's no se pudo aguantar y guacareó; es que la verdá sí hemos visto cosas bien cabronas jefe, pero ni una así. En el piso estaba tirado un cuerpo, así mire, de ladito, y se veía que era de una damita porque todavía traía vestido. Aún no estaba podrida pero ya empezaba a oler y los perros y las ratas ya le habían comido una buena parte; y eso no es lo peor, ¿veá pareja? No, si me cae que hay pinche gente bien enferma; la muchacha no tenía cabeza, el que la mató se la ha de haber llevado, porque no la han hallado por ninguna parte. Le digo que está bien cabrón, pero es que luego ellas mismas se lo buscan jefe, porque se van con el primer cabrón que les hace ojitos y no saben ni cómo es, pero pu's uno está para servir y no para juzgar, sólo Dios sabe por qué hace las cosas.

Pu's ya le hablamos a la estación y reportamos lo que vimos y pu's ya llegaron los peritos y cerraron el lugar. Sí, pero aguante, no se vaya, ¿quiere escuchar algo todavía más cabrón? pero pu's póngase guapo mi jefe. Ándele. Ya ve que le digo que el cuerpo quedó de ladito, pu's tenía los brazos cerrados, como si estuviera abrazando algo y ¿qué cree?, que resultó que sí. Uno de los peritos halló un bebé, bueno no, un feto más bien. Lo traía entre sus brazos la difunta ¿veá pareja? Éste dice que a lo mejor

la muerta lo quería proteger, pero ¿usted cree?, de los pinches perros será (sic).

Con sendas risas estrepitosas los oficiales Miguel Díaz y Silvestre Barajas cerraron su relato a este redactor. La declaración previa dictaminó la hora del deceso de la fémina entre las ocho y diez de la noche del día viernes veintiocho de septiembre, presumiblemente por hemorragia interna. Se realizará la autopsia correspondiente para dictaminar las causas oficiales del deceso y se espera contar con una identificación de la occisa, es por eso que se insta a toda la población de la ciudad de Toluca a que, si han extraviado a algún familiar en días pasados, se dirijan a las instancias correspondientes para la identificación del cuerpo. En caso de no ser reclamado el cuerpo, pasado el tiempo que dicta la ley, se procederá a ser enviado a la fosa común y el feto recuperado pasará a quedar a disposición de la Universidad para su estudio.

Por último, Mota aseguró que la cabeza del cuerpo será buscada me-to-do-ló-gicamente, así como a el, o los responsables, de tan deleznable delito; sin embargo, al cierre de esta edición, no se han encontrado pruebas ni indicios de el o los asesinos. Este es un asunto que no tiene ni pies ni cabeza, más sin en cambio en su momento le seguiremos manteniendo informado, estimado y finísimo lector.

FOSA COMÚN

Y en eso terminaste, Madre, convertida en una nota roja; en un chisme de lavadero; en una historia de terror y muerte; en comida para los perros y las ratas de esta ciudad que tanto amaste.

Te aventaron como animal en un agujero porque mis abuelos nunca te fueron a buscar; te dejaron ahí, a apestarte de sudor y cola de los demás; a podrirte abajo de la tierra sin que nadie te rezara ni un rosario. Para que nadie te amara. Para que nadie te recordara. Para que nadie te extrañara como te extraño yo.

La culpa fue de Hilda, Madre, porque ella te lo presentó y ella misma fue a contarles a los viejos que te habías ido con él; por eso dejaron de buscarte, porque ellos no criaron a una hija para que se fuera con el primer cabrón que se encontró. ¿Les habló de mí, Madre?, ¿supieron mis abuelos de mi existencia?, ¿conoció alguien, además de Etanislao García y Gabriela Salvador al Sujeto C-LJ-145 embrión humano, doce semanas, rescatado primero por la preparatoria oficial número uno “Lic. Adolfo López Mateos”; roto, barrido y aventado en la caja de una camioneta, después; y dejado por fin, a descansar en una pila de porquería bajo el sol requemante del basurero municipal número tres de la ciudad de Toluca de Lerdo, y que fue conocido en vida como Ehécatl Salvador?

Nunca lo sabré, mamá.

La culpa la tuvo también tu ciudad sin límites ni policías, la ciudad por la que caminabas y nadie te volteaba a ver; tu

ciudad en la que no dejaste un rastro que yo pudiera seguir; tu ciudad que te dejó conocerlo todo porque casi no tiene nada, sólo una terminal y un centro y una Héroe del Cinco de Mayo. Tu ciudad con colonias podridas en dinero y otras que sólo están podridas y ya. Tu ciudad tuvo la culpa, Madre, por sus nubes aplastadas y cargadas siempre, con sus calles sin leyendas y su volcán que no los protege de nada; tu ciudad tuvo la culpa que murieras, porque no supo cuidarte.

La culpa fue de mi padre, Madre, porque nunca se mostró real, porque te engañó como la niña que eras, con sus juegos de manos como prestidigitador; porque jugó contigo como con cualquiera y te hizo un hijo, que al igual que sus hermanos, nunca fue de él. La culpa la tuvo mi padre, que no supo ser hombre para cuidar de ti; la culpa la tuvo mi padre cuando te mató .

¡Y la mayor culpa la tuve yo por querer nacer!; la culpa la tuve yo, Madre, porque no te defendí y te dejé morir como un puerco y dejé que te vinieran a comer las ratas y los perros y que te fotografiaran como si fueras la última diversión; la culpa la tuve yo porque no pude encontrarte, ¡porque no sé cómo llegar a ti!

Y tú no tuviste culpa de nada, Madre, porque te entregaste con amor a un hombre y con amor a un hijo y con amor a una ciudad. Porque tenías tus propios sueños y aun así pensaste en mí antes que en ti. Porque dejaste que te penetraran para que viniera yo a nacer. Porque me cuidaste hasta después de muerta de la vida.

¿Y cómo te pagamos todos el amor, Madre?

¡Dejándote morir como un vil animal!

¡Echándote al olvido en la fosa común número quién sabe qué!

Allá no es como aquí que de noche no se ve ni madres, allá veíamos todo como si fuera de día, bien clarito, por eso en chinga alcanzamos al chamaco. Llegamos corriendo hasta una casita de madera gruesa y ahí se nos paralizaron las piernas otra vez. Se escuchaban los gritos que venían de adentro, pero ninguno se movió. Se lo juro vale, no he vuelto a sentir tanto miedo como aquella vez, y la verda' es que ya viví más de lo que me hubiera gustado.

A mí me tocó ver cuando balacearon al Tuchi en la cantina porque no le quiso pagar al papayero, yo estaba ahí, mero un lado, cuando le descargaron la treinta y ocho súper; también estuve el día en que al chamaco de los Chávez le voló la cabeza el tren por andar metiéndose entre las vías. He visto de todo vale, desde chamacas muertas que se le suben a uno cuando viene manejando, la danzante que se aparece en plan de barrancas y hasta la carreta del diablo; pero le juro que nada me ha dado más miedo que pasar al otro lado del cerro y más aún, lo que encontramos ahí.

¡Por fin tenía un hombre abajo!, ¡por fin sentía alivio en la comezón! Por fin volvía a ser yo m'ijo, a sentirme otra vez mujer y no la chingadera en la que terminé. Varios días nos la pasamos brincando sin parar; yo aguanté porque ya tenía hartos tiempos sin macho y el cabrón aguantó porque estaba nuevecito y porque lo alimenté bien.

Comimos rápido lo que llevaba en el morral y le seguimos; el cabrón de primeras no podía, pero yo le hice lo que me había enseñado el Osvaldo, con la boca y funcionó m'ijo. Me le subí otra vez; luego cambiamos de lugares y él se puso encima y atrás y en todos los lados que me había enseñado el marido de mi mamá. Sentía bien adentro la chingadera del cabrón m'ijo; sus manos agarrándome las chichis y las nalgas; sus jadeos y sus gritos; y sus lágrimas cuando ya no quiso seguir.

Lo quité de arriba y me le puse encima, pero ya no le respondía la chingadera m'ijo; ni con mi boca, ni con mis manos, ni con el otro agujero. Nomás ya no se le paraba y a mí me seguía la comezón m'ijo; me empecé a desesperar porque no dejaba de llorar para que lo dejara irse y yo con un dolorón de cabeza porque ya empezaba a sentir que me iba a cambiar de nuevo. Me punzaba el cerebro m'ijo y el cabrón no paraba con su gritadera hasta que de un chingadazo en la boca lo callé; pero se me pasó la mano y empezó a sangrar de la nariz. Me dio miedo de que se me fuera a morir en el catre, la sangre no le paraba y para que se estuviera tranquilo le di de tomar el resto del bule, por si servía de algo. Funcionó bien m'ijo

porque se fue de espaldas, callado y con la chingadera lista para la acción.

A lo mejor si lo hubiera dejado irse no me habría matado m'ijo, pero es que la calentura pudo más que yo. Arriba de él se me olvidaba todo, el cerro, mi mamá, el Osvaldo, el aire, la lluvia, los niños que nos tragamos; las otras cosas que hicimos y que nunca voy a decir porque son peores; las pedradas y los chingadazos de mi madre; la vieja que me encontró y me salvó para que no muriera y la misma vieja que maté y le moché la cabeza con un machete; el niño muerto que saqué del frasco y aplasté; los animales con dos caras y cien cuernos que vi en el cerro la primera vez; las sombras de los sueños y todo lo que no sabía cómo vivir; todo se me olvidaba con el fierro adentro m'ijo. Hasta el dolor de cuando empecé a cambiar se me olvidó; por eso no me di cuenta cuando tiré el ojo izquierdo y las chichis se me empezaron a colgar.

Me caí de encima del cabrón que aprovechó que me quedé tirada gritando para levantarse todo tembloroso del catre. Traté de gritarle pero de la boca me salió pura sangre; el cabrón se me quedó viendo con cara de espantado porque ya empezaba a cambiarme la persona, ¡y el hijo de su puta madre vomitó encima de mí! Nomás cerré mi ojo para no sentir m'ijo, pero el perro infeliz me tiró dos patadas y lo tuve que volver a abrir. Se echó a correr para fuera de la casa y yo, como pude me paré y salí atrás de él. Lo seguí rengueando hasta que lo alcancé antes de que se metiera entre los árboles. Lo agarré por las greñas y le di vuelta; el cabrón lloró como mayate cuando me vio de frente m'ijo, y yo me reí de él: me reí porque lloraba como niña y porque se cagó; me reí porque su chingadera seguía parada esperándome; me reí por la vieja que me había enseñado a convertirme; me reí por el Osvaldo que se aprovechó de que yo estaba enferma de la comezón;

me reí por mi Madre, que sin importarle que yo fuera su hija me sacó un ojo y casi me mató.

¡Me reía por la perra vida que me había tocado y por la perra vida que me iba otra vez a tocar!

Yo nomás era una niña que buscaba amor, m'ijo,

¿por qué nadie me lo quiso dar?

Veintitrés

Desperté al otro día y me fui a buscar a mis hermanas. No regresé a la cueva por nada de lo que dejé, no sabía nada de la muchacha y la verdá ya no me interesaba; ya no quería saber nada de esa pinche gente, ni de su ciudá. Fui a buscar a mis hermanas pa' que me prestaran un dinero pa' regresarme a Mecatán. No había nadie en el cuarto en que una vez vivimos cinco; fui a preguntarle a una vecina, pero vaya a saber Dios cómo me habrá visto, que me gritó que me largara o le hablaba a las patrullas. Me salí corriendo y no voltié ni a ver por última vez el cuarto en que mataron a mi amá.

Enfrente de la vecindá vivía todavía don Chente, el que me había dado mi primer trabajo y lo fui a ver. Le dije que me había ido mal en la vida y que ya me quería regresar pa' Mecatán, que si me prestaba él una feria yo se la mandaba en cuánto consiguiera un trabajo allá. El cabrón escuchó como pendejo toda mi historia y al final me mandó a la chingada diciendo que ya no vendía como antes. Le di las gracias de todos modos y ya me iba a ir cuando el pinche viejo me dijo que me esperara, que a lo mejor podía hacer algo para que se convenciera; le dije que lo que quisiera y el cabrón me dio la llave de su casa para me fuera a bañar y rasurar. Ay me esperas, yo en un rato llego, me dijo el hijo de la chingada. Llegó como a la hora y me enseñó doscientos pesos que eran los que ocupaba para irme de esa desgraciada ciudá. Se bajó los pantalones y me dijo, ora sí, convénceme cabrón.

Todo el camino a Mecatán me la pasé sangrando y duré todo un mes sin poderme sentar bien. Cuando llegué me encontré con que mis abuelos ya habían muerto y que todos mis tíos se habían largado del pueblo. Yo no sabía qué hacer amigo

tlacua, busqué a todos los que conocí de niño pero ya no había muchos por aquí y los que quedaban apenas podían ayudarme con vasos de agua y tacos de frijol. Todos 'tan igual de jodidos que uno.

Por eso fue que me metí en la chingadera tlacua, porque la verdá ya no sabía qué hacer y le había aprendido bien al don. Fue uno de ellos el que me dio la casa, pa' que tuviera 'ónde dormir. Ese cabrón venía del norte y creo que se enamoró de mí; me dejó doscientos dólares antes de irse, que yo me gasté en una noche con las putas del depósito. También me dejó las llaves de la casa de aquella huerta tlacua, era del cuidador pero como ya no la sembraban, nadie se quedaba ahí; me dijo que me fuera a vivir pa'llá pa' que ya no me quedara 'ónde me agarrara la noche. Nunca lo volví a ver, creo que lo mataron en el norte. Yo me seguí quedando aquí, lejos de Mecatán.

Y no creas que nomás ando de mayate, me cae que si he buscado chamba, pero nadie me quiere dar. Dicen que no les sirvo por maricón y por borracho, pero es que dime, cómo soporta uno la vida si no es estando briago.

Ya no hay nadie que se preocupe por mí tlacua, lo bueno es que tú me vinistes a ver. Ya sé que me está llegando la hora, siempre estoy enfermo y a veces hasta la pura tos me tumba, algo me pegaron, algo que yo también pegué. Sé que me va a cargar la chingada esta vez tlacua, pero ¿sabes qué?, no le tengo miedo a la muerte, porque sé que del otro lado me va a estar esperando mi amá pa' cantarme sus canciones que me hacen dormir, y si no llega a estar, pues ni modo, ¿qué le vamos a hacer?, ni así me da miedo la muerte, porque ¿qué va a ser peor que esta perra vida que me vino a tocar?

Quiero descansar; descansar y dormir; dormir y ya no despertar.

XVIII

Y de tanto que me reí se me llenó el ojo de agua y por eso no vi cuando el cabrón se me soltó; nomás sentí que el cuerpo se me dobló por el pedradón que me dio m'ijo. Caí boca abajo y traté de taparme la cabeza para que no me pegara otra vez pero no le importó y lo volvió a hacer. Me quedé ahí, en la calle de piedra esperando a que mi madre se detuviera; pero no lo hizo m'ijo, porque yo ya no era su hija, era otra puta más; y me llovieron piedras y piedras y piedras hasta que sentí que la muerte llegaba.

Yo no me quería morir aún; quería ver otra vez a mi madre y pedirle perdón, quería volver a jugar con mis muñecas de trapo y que me cantara antes de dormir. Intenté darme la vuelta, pero ya no tuve fuerza y sólo giré la cabeza; tenía el ojo lleno de tierra y de lágrimas pero aun así pude ver m'ijo; llevaba una piedra en la mano, la levantó por arriba de su cabeza y yo ya no quise ver, cerré el ojo para siempre y me dejé morir.

AL OTRO LADO DEL AIRE III

Adentro no gritaban, berreaban vale. Estuvimos afuera sin podernos mover un buen rato hasta que se dejaron de escuchar los berridos y yo nomás miré cómo a mi compadre se le llenaban los ojos de lágrimas, a lo mejor pensó que le habían matado a su chamaco, pero ándale que vemos la puerta abrirse de chingadazo y al hijo de mi compadre salir rengueando. Daba lástima el chamaco vale: estaba todo encuerado y lleno de sangre de la cabeza a los pies; no nos miró porque se fue para el lado contrario del que nosotros estábamos y luego salió esa cosa.

Era una mujer o algo muy parecido vale, aunque se le miraban por todo el cuerpo unas bolas como de carne que se movían vivas, como si algo le estuviera corriendo por debajo de la piel y quisiera salirse; y se escuchaba una tracatera, como cuetes tronando, que le salía de adentro. La cosa cojeaba porque tenía una pierna más chica que la otra, y una mano le colgaba a un lado como si fuera de chango, y el otro brazo lo traía pegado al cuerpo, como un muñón. No llevaba ropa y pude verla bien: la joroba, las piernas llenas de pelos y costros, las nalgas guangas y la cosa blanca que le caía de donde las mujeres tienen las verijas. La mitad de la cabeza la llevaba pelona y de la otra mitad le colgaban unos cuantos mechones; también tenía un hoyo en la nuca del que le salían un chingo de moscas.

¡Mire compa, mire nomás cómo se me pusieron los pelos de los brazos! Si nomás de acordarme, me vuelve el miedo otra vez. ¡Tenga, tómese otro bote! No, no se preocupe, orita traen más. Además, después que termine de contarle voy a tener que seguirla hasta olvidarme de todo, ¡salud y diga bueño, pues!

Y ahí estábamos: cuatro cabrones, huevudos y ya con pelos por todos lados, llorando como niños chiquitos, sin podernos mover del miedo, viendo cómo la cosa le daba alcance al chamaco. Lo agarró por los pelos no muy lejos de donde estábamos parados, lo apretó del pescuezo y lo alzó.

Yo lloré vale, no me da pena decir, lloré porque sabía que ora sí el chamaco se iba a morir; pero mi compa al ver a su niño cagarse, porque se cagó vale (y si yo hubiera sido al que agarró la cosa esa con sus manos, me hubiera cagado también), se fue a pasos cortados a salvar a su huache.

Después se echó a reír y eso fue lo más cabrón. Esa risa fue la que dejó loco a mi hermano, de ahí ya nunca se recuperó; ora lo puede ver en el pueblo juntando botes para comer, hablándole a la gente del aire, escondiéndose de los pinches chamacos que siempre le quieren pegar.

Mi hermano quedó loco por causa de la risa vale, ¡esa maldita risa de la que siempre me voy a acordar!; pero a mi compa eso no lo detuvo, él siguió caminando paso a pasito hasta llegar a la cosa. Me cae que mi compadre era de huevos: agarró una piedra del suelo y antes de que la mujer dejara de reírse se la sorrajó en la cabeza. La cosa se cayó de frente al piso y mi compadre se le fue encima a seguirle dando; el chamaco cayó desmayado, y ya no le tocó ver a mi compa defenderlo. Le dio como veinte chingadazos y aun así la cosa no dejó de moverse, todavía cuando mi compa se paró giró la cabeza, pero le dejó ir el último piedrazo y por fin ya no se movió. Los que sí nos movimos fuimos nosotros cuando vimos que mi compa agarró a su chamaco del suelo y se lo trajo cargando. Compa, le pregunté, ¿quedó bien muerta?, pero mi compa no respondió, tenía la mente ida y se siguió derecho con su hijo en brazos.

Llegamos a Mecatán cuando ya estaba clareando. La Cundina se vino chiflando todo el camino una canción de Chalino *¡Ay indita que vendes tus flores, no le vendas a nadie tu amor!* para calmarnos según él. Él fue el primero que se murió vale, a las dos semanas de lo que pasó lo encontraron tieso en su casa, dicen que murió dormido y que no sufrió. El que pensábamos también que se iba a morir era el chamaco, estuvo en cama como dos meses hasta que lo llevaron a curar con el brujo; ya luego de eso se puso bien, pero mi compa nunca se recuperó. Se quedaron un tiempo aquí en Mecatán, aunque Felipe ya no era el mismo; no quedó loco como mi hermano, pero poco le faltó. Se empezó a pelear con todo el mundo y en el cerro lo dejaron de contratar. Yo hablé con él y le platiqué de uno de mis primos que trabajaba en el Distrito; le dije que allá le podían dar trabajo. Nos pusimos los tres de acuerdo y mi compa se fue al mes con toda su familia. Nunca volví a saber de él.

¿Sabe qué es lo más feo vale? Mi compa nunca había probado alcohol porque decía que no quería darles un mal ejemplo a sus hijos, ni terminar como su papá que se murió en una cruda; pero después de lo que pasó, empezó a tragar mierda. Primero una vez al mes, luego una cada quince días, una vez a la semana, y ya para cuando se fueron, tragaba casi diario. Mi compa era el más fuerte de los cuatro, pero él fue el que mató a la cosa y el que la vio de frente, por eso nunca le dije nada, yo también hubiera hecho lo mismo, quizá hasta peor.

Y WITA

Dicen que ya te moriste y te estoy esperando.

La vieja dice que no, amigo. Que no vas a verlo, porque la sangre que se toma en el cerro debe tomarse en conciencia, amigo, y tú se la diste a beber, estrellita, y él nunca supo qué fue lo que se tomó ¿'edá?, ¿'edá que sí? Dice que no lo estés esperando, que por eso no te reclamó que la hayas matado, porque la vieja sabía que tú te ibas a morir otra vez cuando vieras que no va a llegar allá. ¡Que te vas a morir de a de veras! ¡Que nunca va a ser tuyo y que tú ya no vas a nacer!

¡Jajaja! Te curo, niña, te curo. ¡Jajaja!

CAUYUVATĪ

El hombre exhaló por última vez bajo la sombra de un guamúchil crecido en la tierra fértil de Mecatán, pueblo de sombras cortas y luces largas donde la vida no pasa, al parecer. El tlacuache se quedó ahí, mirándolo, por tanto tiempo que el cuerpo comenzó a deshacerse, luego se dio media vuelta y corrió bajo el sol iracundo que todo lo quema; pasó a gran velocidad sobre el zacate y la hierba, atravesó a trote firme la maraña de virgen vegetación que rodea el paso zacate y nadó bajo las aguas frescas del río que alimenta la vida, hasta llegar al corazón abierto del cerro y cruzar hacia la tierra espesa de verde y penumbra que guarda la última entrada hacia el otro lado del aire, que hay en esta región.

En el túnel de tierra va dejando las garras, el hocico y el grueso pelaje para salir detrás de un viejo arrayán, convertido en el hombre que no llegó a ser. Camina hasta alcanzar las puertas de una antigua casa de madera; entra, encuentra sobre el suelo un par de botas de piel de cocodrilo, un pantalón de mezclilla, una camisa a cuadros y un vestido rasgado que pudo ser blanco alguna vez; hace un paquete con todo y sale con él. Coloca el bulto en la tierra, enciende con dos palos un fuego y echa la ropa a quemar.

Es una cálida mañana de agosto; sin embargo puede sentir en su cuerpo desnudo el húmedo anuncio del aire que augura un día de tormenta. Ha terminado con lo que vino a hacer a este pueblo: cerrar el ciclo de todas las vidas que tuvo su madre. Mira a su alrededor y ve que la vida es verde, por lo menos en este lado del país; infla el pecho absorbiendo el aroma de los plátanos y los nanches y los mangos y de todas las frutas y de todas flores y de las costumbres y de los rituales y de la sangre marchita y del corazón enfiestado que flota en

el aire tembloroso, cálido y quieto de Mecatán; cierra los ojos y escucha el sonido del viento corriendo entre las hojas de palma, el de los pájaros de lumbre que cruzan el cielo azulado y el de los animales sin alas que buscan refugio en la tierra. Abre los ojos despacio, sonrío y respira por última vez el aire del cerro, antes de aventarse hacia el fuego que abre sus lenguas ardientes para envolverlo en su beso de muerte que cura el olvido y el amor.

Al mismo tiempo en que el hombre-tlacuache se quema en el cerro; al otro lado del aire, un tal Carlos Nimay es elegido para salir. El hombre-tlacuache en el fuego no lo conoce, es una sombra apenas, un murmullo de lo que tiene que ser y sin embargo, está destinado a nacer de él. Si es que todo sale bien, piensa, y no me quedo de feto otra vez. Cierra lo poco que queda de sus párpados y deja que el fuego termine por consumirlo, para mezclarse entre el humo y el viento y seguir el rumbo que lleva hacia el pueblo clavado a la fuerza en el valle, al otro lado del aire, que se extiende más allá del mamey.

ÍNDICE POR HISTORIAS

PRIMERA MUERTE DE ÁGUEDA NODAL

I	21
II	27
III	49
IV	79
V	101
VI	107
VII	119
VIII	125
IX	129
X	133
XI	137
XII	143
XIII	153
XIV	167
XV	179
XVI	185
XVII	197
XVIII	203

GABRIELA SALVADOR, MADRE VACÍA

1	38
2	66
3	95
4	109
5	139
Mi hogar entre tu vientre	141

6 / Y wita VIII	170
Entre tus brazos	190
Fosa común	193

EHÉCATL SALVADOR, HIJO DE NADIE

Y wita IV	92
Alfeñiques y diablitos	102
6/Y wita VIII	170
Y wita V	111
Mi hogar entre tu vientre	141
Entre tus brazos	190
Fosa común	193
Cuaxiya	89
Ocho de Mayo	29
Uno	15
Veintiuno	159
Cauyuvatí	208

FELIPE ATILANO

Uno	15
Cuatro	25
Cinco	33
Siete	43
Nueve	58
Doce	98
Catorce	116
Dieciocho	134
Veinte	149
Dieciséis	126
Diecisiete	130

Al otro lado del aire	173
Al otro lado del aire II	196
Al otro lado del aire III	204
Ocho	53
Dos	18
Tres	22
Seis	36
Diez	73
Once	93
Trece	105
Quince	120
Diecinueve	138
Veintidós	182
Y wita VII	161
Veintitrés	200
Veintiuno	159
Cauyuvatí	208

AL OTRO LADO DEL AIRE

Y wita VI	160
Y wita II	40
Y wita I	32
Y wita III	71
Y wita	207

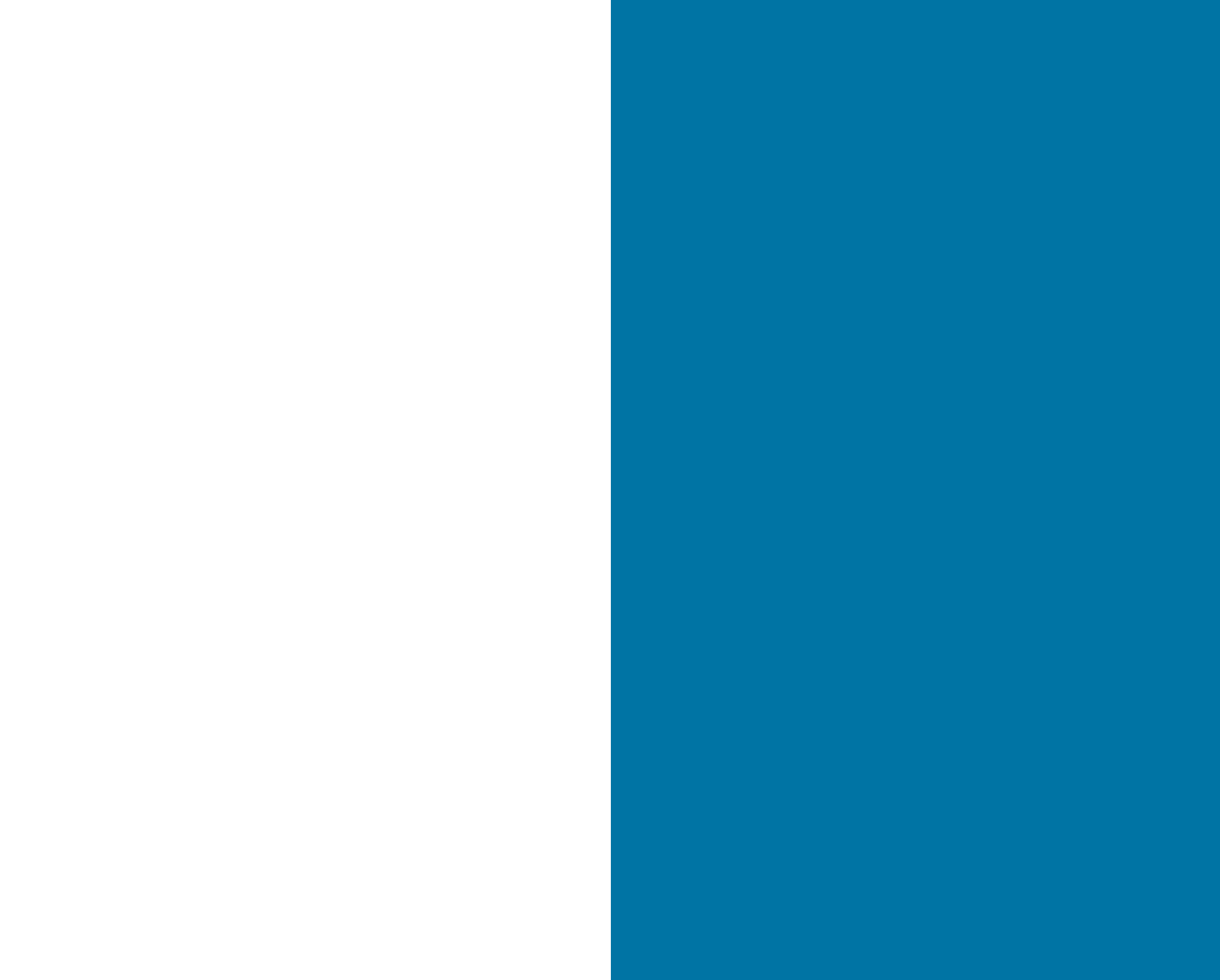
AL OTRO LADO DEL AIRE

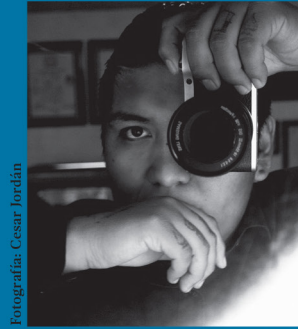
de Cesar Jordán, se terminó de imprimir en agosto de 2017 en CEDIMSA. El tiraje consta de 500 ejemplares. Coordinación editorial: Lucina Ayala López. Corrección de estilo: Edith Muciño Martínez. Formación y diseño: Eva Laura Rojas Almazán. Diseño de portada: Ángel Alejandro Esquivel López.

Editora responsable:

GABRIELA LARA







Fotografía: Cesar Jordán

CESAR JORDÁN. Nació en Tepic, Nayarit, el 28 de septiembre de 1990; desde los cuatro años radica en la ciudad de Toluca. Estudió la Licenciatura en Administración en la Universidad Autónoma del Estado de México. Ha contado historias desde que era un niño; esta es la primera vez que escribe una.

AL OTRO LADO DEL AIRE

Al otro lado del aire es una novela fragmentaria y fragmentada: varias historias intercaladas convergen en el personaje de Gabriela Salvador, la madre de Ehécatl, el narrador de la historia. De acuerdo con Juan Arnau, escritor valenciano, jurado del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” 2016-2017, esta es una “obra con ritmo, atrevida, arriesgada, que no es fácil de seguir pero que engancha”. Se trata de una novela “dura”, donde la brujería, los diablos, los muertos y los resucitados —incluso la antropofagia— tienen cabida, y en la que el talento narrativo del autor se hace evidente. Carlos Fuentes y Juan Rulfo dan aliento a esta joven voz, cuya *opera prima* se hizo merecedora de una mención honorífica del citado premio.

SDC

ISBN: 978-607-422-835-9

